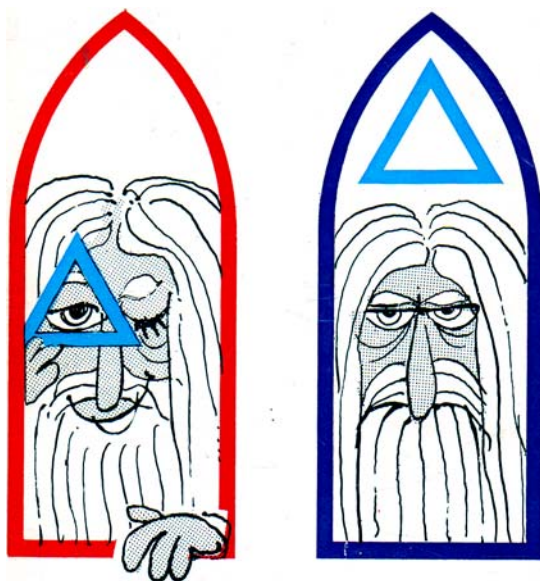


TEOLOGIA

EN BROMA Y EN SERIO



JOSE MARIA DIEZ-ALEGRIA

[El número rojo entre corchetes corresponde a la página en el libro original del texto a continuación.]

Edición digital de los «Servicios Koinonía»
(servicioskoinonia.org)
para disposición pública, por voluntad del autor.

<i>CARTA AL PROFETA JONAS</i>	<i>8</i>
<i>EL LIMBO</i>	<i>16</i>
<i>FUTBOL TRINITARIO</i>	<i>21</i>
<i>CRISTIANISMO Y FOLLON</i>	<i>27</i>
<i>JESUS Y LA IGLESIA.....</i>	<i>33</i>
<i>COCA-COLA ESPIRITUAL</i>	<i>40</i>
<i>EL ESPIRITU SOBRE LAS AGUAS</i>	<i>45</i>
<i>LAS LLAVES DE PEDRO</i>	<i>48</i>
<i>PEDRO, LOS PAPAS Y EL VATICANO</i>	<i>51</i>
<i>DERECHO CANONICO</i>	<i>55</i>
<i>LA IDOLATRIA DE LA OBEDIENCIA.....</i>	<i>59</i>
<i>PUREZA DE INTENCION</i>	<i>62</i>
<i>PABLO Y LA MUJER</i>	<i>66</i>
<i>SEXO, MATRIMONIO Y CURAS</i>	<i>71</i>
<i>LIBERTAD CRISTIANA</i>	<i>76</i>
<i>LOS CRISTIANOS, EL SOCIALISMO Y EL COCO</i>	<i>81</i>
<i>TEOLOGIA DE LA CRUZ E HISTORIA HUMANA</i>	<i>88</i>
<i>QUERER A JESUS</i>	<i>96</i>



TEOLOGIA
EN BROMA Y EN SERIO



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Editadas en:
DESCLÉE DE BROUWER

¡YO CREO EN LA ESPERANZA!

El libro religioso más polémico y más vendido.

El Padre Díez Alegría, como el niño del cuento, se ha atrevido, como nadie, a mirar al rey desnudo y a decir en voz alta que lo está.

CRONICA DE UN LIBRO

José María Díez Alegría ha querido informar a quienes con buena intención quieren saberlo, de cómo llegó a escribir y publicar su libro «Yo creo en la esperanza», de las dificultades que encontró por parte de sus superiores religiosos y del desenlace del asunto.

JOSE MARIA DIEZ-ALEGRIA

TEOLOGIA EN BROMA Y EN SERIO



DESCLÉE DE BROUWER

© EDITORIAL ESPAÑOLA DESCLÉE DE BROUWER - 1975

Henao, 6 - BILBAO - 9

ISBN: 84 - 330 - 0520 - 0

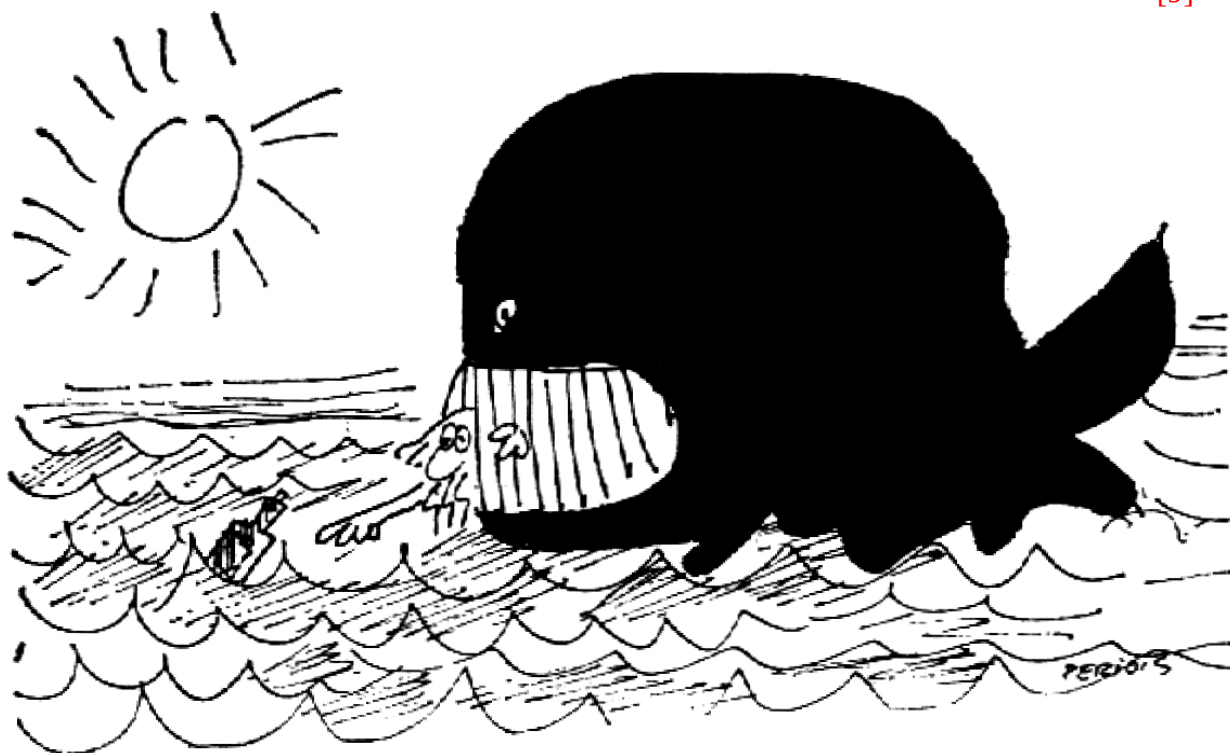
Depósito Legal: BI - 546 - 1975

Imprenta E. BELGAS - Ntra. Sra. de la Cabeza, 2 - BILBAO - 12



*Se ruega a quienes carezcan de sentido del humor,
que se abstengan de leer estas páginas,
pues quizá no entendiesen nada,
o entendiesen algo, pero al revés.
Muchas gracias.*





CARTA AL PROFETA JONAS

Mi querido Jonás:

Empiezo mi librito de Teología en broma y en serio escribiéndote a ti. Y esta carta va a ser como una introducción al librito, que no puede llevar una introducción propiamente dicha, porque una introducción tiene el peligro de ser una cosa «seria», y el librito no es «serio».

A lo mejor, Jonás, me replicas a esto que el librito es «Teología en broma y en serio» y que, por lo tanto, es, por lo menos en parte, serio.

Pero es que yo hago una distinción entre serio y «serio», puesto entre comillas.

«Serio», puesto entre comillas, es lo contrario de humorista. Mientras que simplemente serio no es incompatible con el humor. (Bueno, la palabra humorista tiene también su peligro, incluso empleada como adjetivo. porque puede parecer orientada hacia una especie de profesionalización del humor. Y el humor más auténtico, es gratuito y vital).

[10] *Una teología en broma y en serio no es nunca «seria», aunque tenga cosas simplemente serias.*

Pero además, en el mundo de la fe (digamos, en la teología, sin tomarnos la palabra en «serio»), frente a lo humorístico (o, quizá mejor, humorista o, con un neologismo, humoroso), está casi siempre no lo simplemente serio, sino lo trágico.

Lo trágico es la negación de lo «serio», (puesto entre comillas), mucho más fuertemente todavía que pueda serlo lo humoroso.

El mundo de lo «serio» es el mundo de la chistera (caballeros) y del corsé (señoras). Un conjunto de convencionalismos, de conveniencias, de buenas maneras, de manos enguantadas (limpias o sucias importa menos, sobre todo si los guantes están discretamente perfumados de tabaco o de lavanda). Un equilibrio algo hipócrita.

Chesterton, que fue en su tiempo un gran escritor, miró con humor la «seriedad» victoriana de la sociedad inglesa del siglo XIX.

En el humor hay un cierto cosquilleo que es incompatible con el estático equilibrio de la «seriedad».

Pero el tremendo desequilibrio de lo trágico es todavía mucho más opuesto al hieratismo de peluquería de lo «serio».

Espero que acierte a terminar mi librito con algunas reflexiones sobre la cruz de Jesús y su significación histórico-escatológica. Aquí la dimensión trágica será evidente. Pero quizá haya también, en función de una teología de la cruz, algo de humoroso en lo que se vislumbre del sentido de la historia.

* * *

Si quieres que te dé ahora una idea del contenido del Libro encabezado por esta carta dirigida a ti, puedo intentar satisfacer tu curiosidad. (En realidad —sabes?— es mi edi-[11] tor quien me ha pedido que te meta aquí este cuento. Dios perdone a los editores).

Verás: pienso tratar del sentido auténtico de la religión de Jesús, procurando deshacer malentendidos peligrosos, que tienden a convertirla en «opio del pueblo». Esto lo tocaré muy humorísticamente en el capítulo «Fútbol trinitario», con un toque de humor en «Los cristianos, el socialismo y el coco», y con dimensión trágica en «Teología de la cruz e historia humana».

Hablaré mucho de desviaciones autoritarias que se han producido en la iglesia a través de la historia, sin negar con ello los «ministerios» cualificados ni la legítima «autoridad pastoral», pero tratando de reconquistar de veras para todos la «libertad» cristiana. Utilizaré mucho el humor. No habrá ni una gota de hiel contra los pobres jerarcas, pero habrá bastante cachondeo. Siempre con un afecto benévolo, sin la amargura de la cólera. Y con «los debidos respetos», que adelanto aquí. No pienso negar nada de lo que tenemos en el Nuevo Testamento acerca de la estima y docilidad a los que nos presiden y dirigen. Ni ningún dogma definido. No hace falta eso para rechazar con firmeza el yugo de la esclavitud, como nos exhorta a hacer San Pablo (Gálatas, 5, 1).

Trataré dramáticamente de «Jesús y la iglesia», humanamente del follón que hubo en el cristianismo primitivo, y con mucho humor de la estructura empresarial a que se ha visto abocada la iglesia, del derecho canónico y de los avatares históricos y humanos de la herencia de Pedro. No habrá en el libro negación de la «función petrina», sino una gran nostalgia de ella y de su perpetuación entre nosotros. El libro constituirá un cariñoso homenaje a Pedro. Y

contendrá alguna crítica afectuosa del grande y admirado Pablo. (Era un hombre tremendo, a quien puede ser saludable tomarse a veces con un poco de humor, Estoy seguro de que me lo perdonará).

En el libro habrá también algunas anécdotas de mis relaciones con obispos y superiores, que espero podrán «enseñar [12] deleitando». Recuerdos nada amargos y significativamente divertidos.

En un capítulo que se titulará «Sexo, matrimonio y curas» pienso hacer un llamamiento al sentido común, recordando la límpida benevolencia de Yahve Dios, que es el culpable de que los hombres y las mujeres gocen tan bellamente haciéndose el amor.

Pienso terminar el libro con una proclamación esperanzada del bien inaudito que es «querer a Jesús».

* * *

Bueno, mi querido Jonás. Según el texto bíblico, tú sacaste de tu aventura en Nínive un dolor de cabeza tan grande, que llegaste a desvanecerte. Y es posible que te haya quedado alguna tendencia a la neuralgia. Por eso, me temo que mis disquisiciones filosófico-filológicas sobre lo serio (simplemente) y lo «serio» (entrecomillado), sobre lo trágico y lo humoroso, sobre lo humorista y lo humorístico, te hayan reproducido la vieja hemicrania. Y dado tu mal genio, me expongo a que empieces a maldecir de mí o a desearte a ti mismo la muerte, cosa que yo no quiero, porque tú eres una figura imperecedera.

Vamos, pues, al asunto de esta carta.

¿Por qué empiezo mi librito con una carta dirigida a tí? Pues porque eres una de las figuras más limpiamente humorísticas de todo el Antiguo Testamento y también del Nuevo.

En primer lugar, tú no has existido nunca. Y esto es ya un rasgo de humor realmente extraordinario. Eres una creación literaria, como Don Quijote de la Mancha. Y, sin embargo, estás lleno de vida y eres ejemplar. Nos enseñas muchas cosas. Más que Don Quijote. Por lo menos a los hombres religiosos. Y sobre todo, a los hombres de iglesia.

Pero, en segundo lugar, tú has sido ocasión de algo divertido, que también resulta aleccionador.

[13]

Porque durante siglos, los hombres religiosos se empeñaron en que todo lo que decía la Biblia tenía que ser verdad, pero entendiendo la verdad en un sentido monolítico y «serio» (entre comillas) Entonces se volvían locos pensando cómo te habías arreglado para pasar a través de las barbas de la ballena, hechas para que pasen los chanquetes.

Es curioso, porque el grandioso literato que te dio el único ser que tienes (y Yahve Dios, que de alguna manera, incomprensible e indescriptible —y desde luego poco «serio»—, estaba detrás de él), se esforzaron en acumular las inverosimilitudes y los anacronismos, para que todo el mundo se diera cuenta del carácter humoroso de la narración.

Pero, con lo de que «Dios puede hacer milagros», los hombres religiosos se empeñaban en

que todo había pasado materialmente. Y entendían (o *desentendían*) sin el menor sentido del humor una de las páginas más humorosas del libro por excelencia.

Y lo peor del caso es que los exegetas católicos, bajo la amenaza jerárquica de ser acusados de «modernistas», se pasaron decenios deglutiendo ruedas de molino, probablemente con más fatigas de las que hubiera tenido la ballena de Jonás para tragarse al recalcitrante profeta. Pero la historia de esos exegetas no fue una historia de humor, para deleite y enseñanza, sino una historia de sangriento realismo, aunque, eso sí, también aleccionadora.

Pero, bueno, Jonás, lo que yo quiero ahora es recordar contigo tu historia y, con permiso tuyo, recontársela a mis lectores.

* * *

No se puede decir, Jonás, que tú fueses un cura. Eras un profeta, que recibe misiones de Dios. Un predicador ambulante. Pero, en todo caso, un hombre religioso profesional, una especie de clérigo, más o menos regular. Tu creador nos da una enseñanza a todos los hombres de iglesia, a todos los «sa-[14]grados ministros». Una enseñanza que está ahí desde hace veinticinco siglos, y que todavía nos resistimos a aprender. Eras un tipo curioso.

Yahve Dios te manda ir a Nínive, muy metida en Asia, y tú te marchas a Cádiz (Tarsis). Como quien dice, al quinto pino, (el «non plus ultra»). ¡Y te fuiste de más mal humor! Tú ibas callado y torvo, sin soltar prenda. Pero, al final de la aventura, le volcaste el saco a Yahve Dios, y salió todo lo que llevabas dentro.

Yahve Dios te había mandado a Nínive para anunciar que, en vista de sus pecados, dentro de cuarenta días la ciudad iba a ser destruida.

Y hay que confesar, Jonás, que tú no eras de la estofa de un Abraham, a quien lo primero que se le ocurrió cuando Yahve Dios le dijo que iba a destruir a Sodoma, fue interceder a ver si podía hacer cambiar de parecer a Yahve Dios.

Parece mentira, pero lo que a ti te preocupaba era que Dios pudiese ablandarse y que la amenaza proclamada por ti no llegase a cumplirse. Lo importante era el prestigio y el poder del clero. Que la gente pereciera, resultaba secundario.

No creo yo que fueses tú tan inhumano, que desearas que Dios abrasara la ciudad y sus habitantes. Por eso no tenías muchas ganas de que a Yahve Dios se le ocurriese anunciar la catástrofe. Ahora, eso sí, de anunciarla por medio de un profeta, hay que cumplirla, porque el profeta no puede quedar mal. Tú sabías o sospechabas que Yahve Dios es tan bueno, que se ablanda, y además que es tan poco «serio», que no le importa perder «prestigio». Pues bueno, allá Yahve Dios con sus cosas. Pero a ti que no te meta en esos líos, porque tú eres un clérigo «serio».

El caso es que te embarcaste para Cádiz, pagando religiosamente tu pasaje, porque ni eras un hombre formal y digno.

Los marineros eran buenas personas, y cuando estalló una borrasca de no te menees, mientras tú te estabas durmiendo en el sollado, te despertaron para que rezaras a tu Dios, Luego

[15] echaron a suertes, a ver quién era el gafe, y te tocó a ti la china. Entonces empezaron a preguntarte cosas. Entonces tú, que no eras mala persona, en el fondo, aunque fueras muy antipático, les dijiste que venías huyendo de Yahve Dios y que por eso había venido la tormenta.

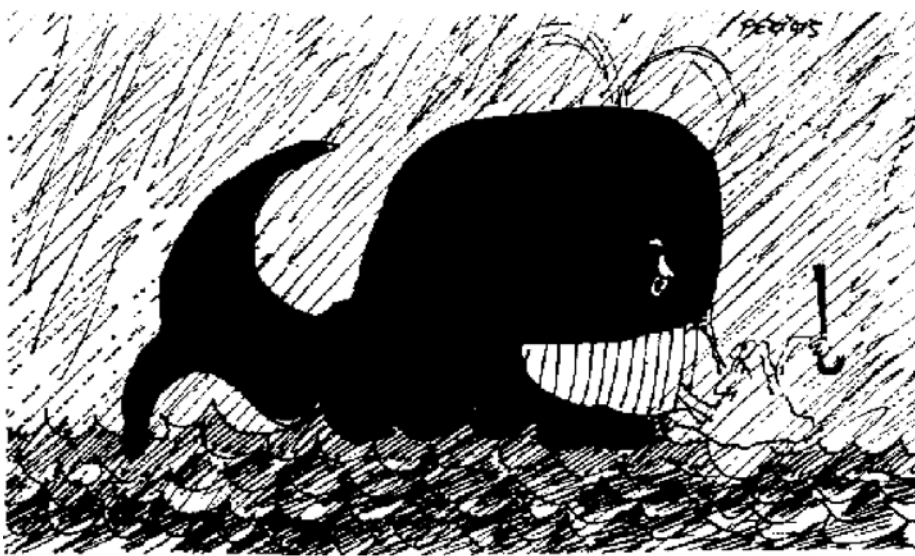
Realmente te tocaron unos marineros que eran unos benditos, a pesar de no ser católicos. No querían hacerte mal. Pero tú les convenciste de que había que echarse al mar. Ellos no querían y hacían todo lo posible por llegar a la costa, remando como desesperados. Pero no había medio. Yahve Dios te quería gastar una broma. Los hombres se convencieron de que era verdad que había que echarse del barco. Te cogieron y te tiraron al mar. Y el mar se calmó. Entonces te tragó aquel monstruo marino, que el creador de tu historia no especifica, pero que la gente dijo después que era una ballena. Y estuviste en la barriga del pez tres días con sus noches.

Aquí el gran autor que te creó, que además de gran humorista era poeta, puso en tus labios un cántico lleno de fuerza, una especie de antología de frases de salmos y de expresiones sobrecogedoras, como éstas:

*«Me envolvían las aguas hasta el alma,
me cercaba el abismo,
un alga se enredaba a mi cabeza.
A las raíces de los montes descendí,
echó la tierra sus cerrojos tras de mí para siempre,
mas de la fosa tú sacaste mi vida,
Yahve, Dios mío».*

El pez te devolvió a la tierra sin muchas finezas, pues para sacarte de su barriga no le quedaba otro procedimiento que vomitarte.

Entonces Yahve Dios, como sí no hubiese pasado nada, te dijo suavemente: «Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y anuncia lo que yo te diga». Para mí Yahve Dios tiene una [16]



dosis impresionante de humor, a la vez que una paciencia conmovedora. Es un gran señor.

Tú te fuiste a Nínive sin rechistar, aunque inquieto y malhumorado, y predicaste lo que él te dijo: «*Dentro de cuarenta días Nínive será destruida*».

* * *

Y ahora vino lo bueno. Tú, Jonás, te portaste como un bicho. Hubo para matarte. ¿Te acuerdas?

Resulta que los ninivitas creyeron en Dios y se pusieron a hacer penitencia. Eso sí, de una manera un poco primitiva. A lo integrista. Porque la penitencia se organizó bajo la batuta del rey y de los grandes. Y además obligaron a ayunar a los animales, que no se habían metido en nada. Pero Yahve Dios, con su humor y su misericordia, tuvo por bueno aquello, y pasaron los cuarenta días y la ciudad seguía en pie.

¿Te acuerdas, Jonás, de la rabieta que te entró? A pesar de que desde dentro de la barriga del pez habías estado tan [17] humilde, y eso te había hecho levantarte a las cumbres de la poesía, ahora se te olvidó la humildad, te vino la rabieta, y la tomaste nada menos que con Yahve Dios: «¡Ostras, Yavhe! ¿No es esto lo que yo te decía cuando estaba allá en mi tierra antes de meterme en estos líos? Por eso me di prisa por irme a Cádiz (algo así como ¡tomar las de Villadiego!) Si es que me sé yo de memoria lo que tú eres, un Dios clemente y misericordioso, que no te enfadas ni a tiros, que quieres a todo el mundo con locura, y que después de haber amenazado, te arrepientes y no haces nada. Me has hecho una faena, dejándome en ridículo. De modo que nada, ahora lo que te pido es que me quites la vida, porque prefiero la muerte a la vida».

Yahve Dios, con inefable cachaza te dijo: «Pero hombre. ¿te parece decente enfadarte de ese modo?». Y no dijo más, pero estaba pensando en la broma que iba a organizarte.

Tú te fuiste de la ciudad, hacia el Este, y allí te hiciste un chamizo, te preparaste una sombrita, y te sentaste tranquilamente a ver qué pasaba con la ciudad, todavía con la secreta esperanza de que viniera la catástrofe, para que tu poder clerical no quedara desautorizado.

¡Ay, Jonás, qué bestia eras! ¡Y cuánto Jonás anda por ahí suelto! ¿Qué pensará el humanísimo Yahve Dios de tanto clérigo jonasista, sea descarado o disfrazado, como anda por ahí?

Bueno, lo que piensa Yahve Dios es precisamente la moraleja de este portentoso libro que te dio el ser, Jonás.

Porque Yahve Dios te preparó a ti, inaguantable profetilla, una buena.

¿Te acuerdas?

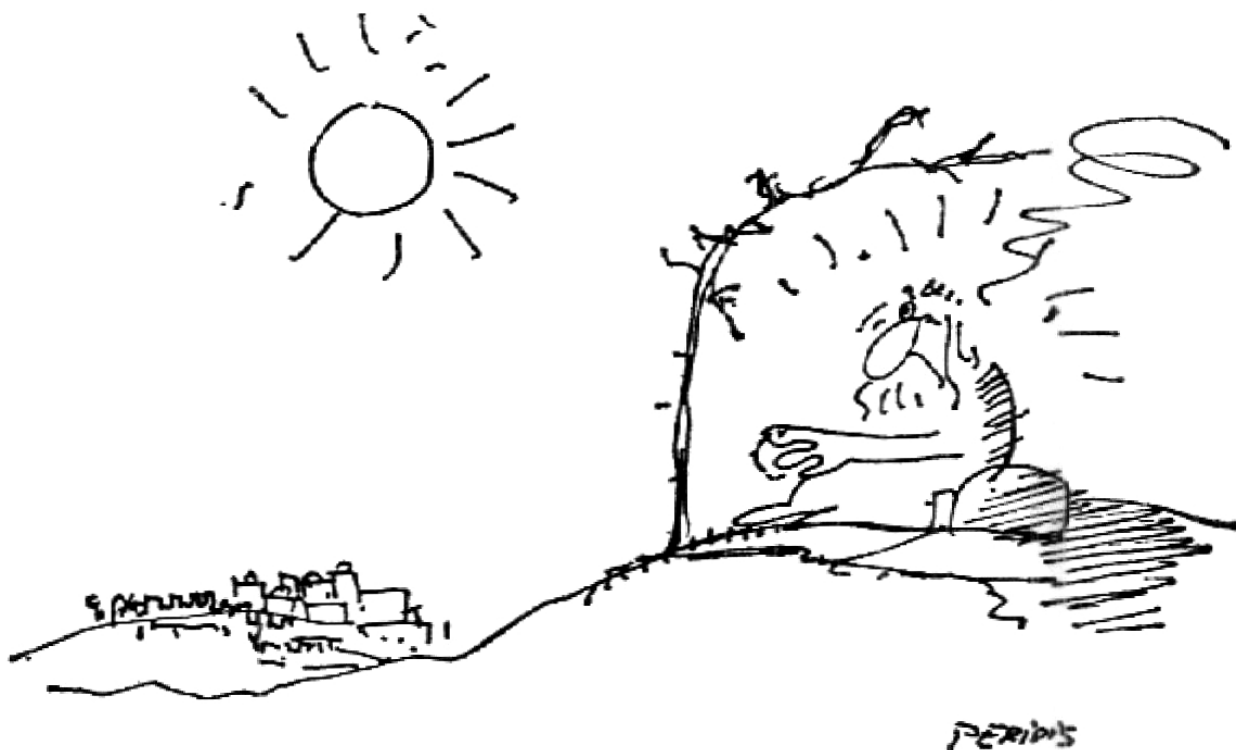
A ti te dolía la cabeza. Y la sombra del chamizo no era suficiente. Y todo venía de tu rabieta porque Yahve Dios no hacía nada.

Entonces hizo él crecer un ricinillo, tanto y tan deprisa, que te daba sombra bastante a la cabeza. Tú te pusiste tan [18] contento. Y a esperar la ruina de la ciudad, para contemplarla desde delantera de sombra.

Pero, al amanecer del día siguiente, es decir, cuando el sol iba a empezar a cascar de firme,

el guasón de Yahve Dios mandó un gusanito para que picara el ricino. Y el ricino se secó. Y por si la broma no fuera suficientemente pesada, al salir el sol, envía Yahve Dios un viento solano achicharrante.

Te pegó el sol en la cabeza y te mareaste.



¡Madre mía, cómo te pusiste! ¡Ojalá me muera —decías—, mejor es para mi la muerte que la vida!

Bueno, al fin y al cabo, era un poco más digno desesperarte por el dolor de cabeza, que por despecho de que la gente no muriese para que tú quedases bien.

Pero entonces viene Yahve Dios y nos dice —no sólo a ti, sino a todos nosotros— lo que tenía que decirnos. Y lo dijo con un poco de sorna, haciéndote a ti hacer el burro hasta el final, para cogerte en tus propias palabras.

¿Lo recuerdas? Un poco zumbón, te preguntó: «Pero hombre, Jonás, ¿te parece a ti que está bien enfadarte de ese modo[19] por el ricino de marras?», Y tú, hecho un basilisco, respondiste: «¡Sí señor, me parece bien irritarme hasta reventar!».

Y fue cuando Yahve Dios, con una bondad infinita y un poco triste, dijo esto: «Te dueles por un ricino por el que no te habías tomado ningún trabajo, que no habías hecho crecer tú, que creció en una noche y se marchitó en una noche. ¿Y no me voy a doler yo por Nínive, la gran ciudad, en que hay más de ciento veinte mil niños que no tienen todavía uso de razón, y una gran cantidad de animales?».

Esto dijo Yahve Dios, y tú desapareciste de la escena.

Y las palabras de Yahve Dios que las piense cada uno, porque yo no me siento capaz de comentarlas. Me acuerdo, eso sí, de lo que el Evangelio de Marcos cuenta de Jesús.

«Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó: ¿De qué discutíais por el camino?

Ellos se callaron, porque en el camino habían discutido entre sí quién era el mayor.

Entonces se sentó, llamó a los doce, y les dijo: Si uno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.

Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó estrechamente, y les dijo: El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió a mí» (Marcos, 9, 33-37).

Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían.

Pero Jesús, al ver esto, se enfadó, y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el reino de Dios. Yo os lo aseguro: quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

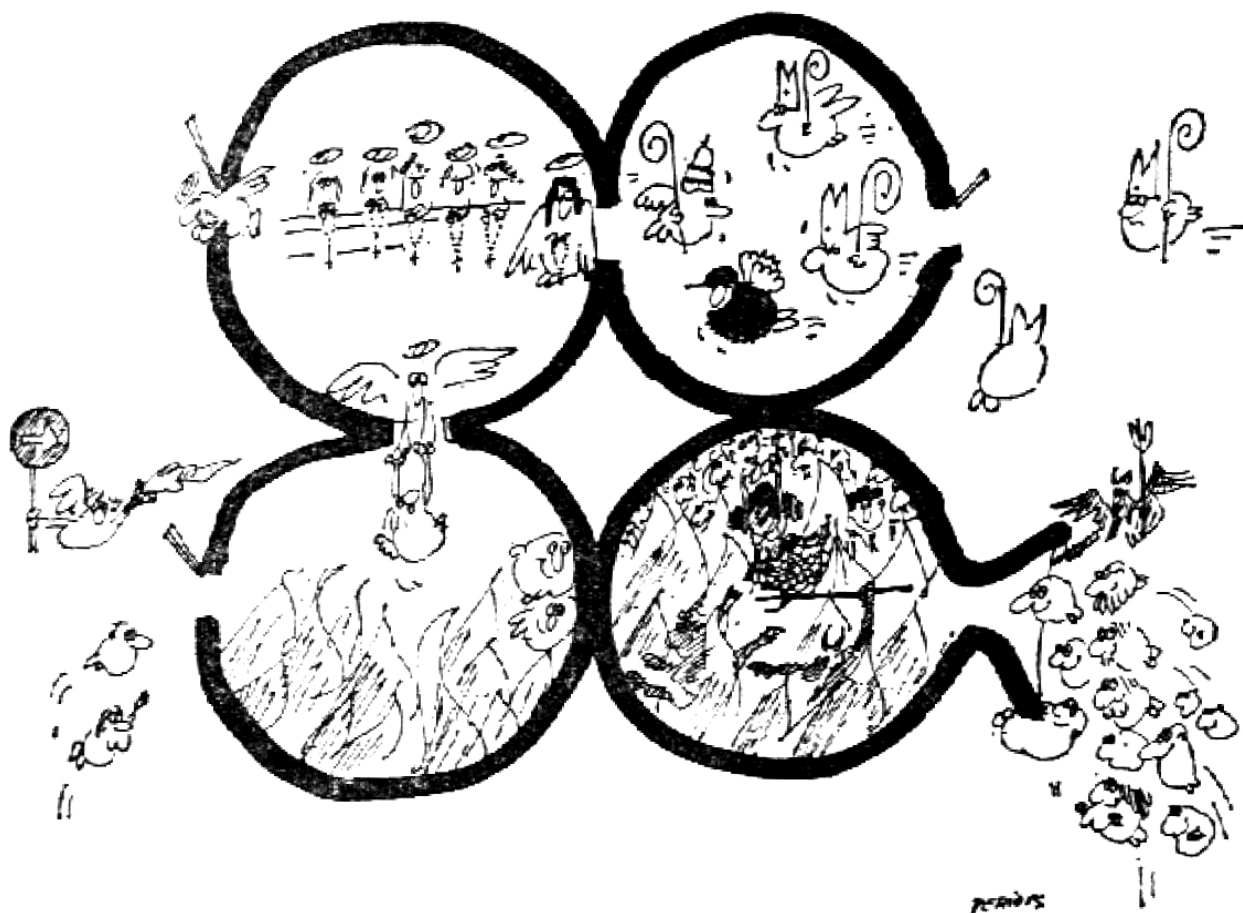
Y abrazaba a los niños y los bendecía poniendo las manos sobre ellos» (Marcos, 10, 13-16).

[20]

Mi querido Jonás: aquí termino mi carta. Tu autor me anima a hacer un poco de teología con humor. Y a no tener miedo a ser crítico. Con todo el humor posible.

Porque entre el admirable librito que te dio el ser y Jesús de Nazaret, debieron pasar unos cinco siglos. Y entre Jesús y nosotros, casi veinte. Pero ni eres duro para morir... o para cambiar.

A pesar de todo, te envío un abrazo con los mejores deseos de que no vuelvas a echar más bilis en tu vida. Porque con Yahve Dios no podrás nunca.



EL LIMBO

Durante siglos, los teólogos estaban empeñados en que los niños pequeñitos que morían sin el bautismo no podían entrar en los cielos.

A mí me parece que estos teólogos estaban en la línea de Jonás y no en la de Yahve Dios.

Porque Jesús había dicho: «*Si no os hacéis como los niños pequeñitos, no podéis entrar en el reino de los cielos*». Mientras que los hombre de iglesia dijeron: «Si los niños pequeñitos no se hacen como los mayores (es decir, no reciben un sacramento y hacen una profesión de fe), no pueden entrar en el reino de los cielos». Y se pusieron a bautizar a los niños pequeñitos, haciéndoles renunciar a Satanás y creer en Jesucristo por persona interpuesta.

No quiero condenar el bautismo de los pequeños, pero desde luego es cosa muy problemática. Y me parece que el bautismo en masa de los niños en los países de vieja cristiandad, es uno de los factores que impiden una clarificación y una revivificación de la comunidad eclesial. [22]

Pero dejemos eso. Me contento con alabar a los padres cristianos que no quieren bautizar a niños «que no distinguen su derecha de su izquierda» (como le decía Yahve Dios a Jonás), no por menosprecio del bautismo, sino por respeto al niño y al bautismo.

Lo malo fue, que una vez que decidieron bautizar a los niños chicos, decidieron también que los niños chicos que no se bautizaran, no podían ir al cielo. Porque la entrada del cielo, que era el

bautismo, era de los hombres de iglesia. Y sin pasar por los poderes de éstos, no había cielo. Es verdad que, como eso de que los niños se quedasen sin cielo era muy gordo, procuraron abrir la mano, diciendo que puede bautizar cualquiera, pero con tal de hacerlo con intención de hacer lo que hace la Iglesia. En todo caso, había que dejar a salvo «los poderes» de la Iglesia.

Los más brutos de los teólogos decían que los niñitos sin bautizar se iban, al morir, al infierno. ¡Estos sí que eran de la línea de Jonás!

Pero a la mayor parte de los teólogos esto les parecía demasiado. Y dijeron que esos niños no iban ni al cielo (porque no habían sido bautizados por la Iglesia), ni al infierno (porque eso era demasiada burrada), ni al purgatorio (porque los del purgatorio acaban yendo al cielo, mientras que aquellos pequeñines no podían ir nunca al cielo).

Entonces tuvieron que inventar el limbo de los niños, una especie de guardería infantil eterna y beata.

Esto condujo a una situación bastante curiosa. Porque la teología decía que dejar de ir al cielo, a «ver» a Dios, era una desgracia tremenda, y que los niños del limbo eran unos desgraciados para toda la eternidad. Pero, a la vez, insistían en que se lo pasaban muy bien, que tenían toda la felicidad natural deseable. Y entonces la gran mayoría de los cristianos (para los cuales «ir al cielo» significaba antes que nada no ir al infierno), en el fondo fondo, pensaban que qué más daba ir al limbo que ir al cielo. Porque a estos cristianos la felicidad [23] natural deseable les interesaba mucho más que «ver» a Dios. No obstante, los cristianos de la «mayoría silenciosa», incluso los que no saben bien si creen o no, continúan bautizando a sus hijos, un poco por si acaso y un poco por el qué dirán.

Pero yo quiero pensar ahora en el limbo desde otro punto de vista enteramente distinto y totalmente humoroso.

Porque la mejor parte de los teólogos contemporáneos piensan que los niños que mueren van al cielo y no al limbo. Y si no son ya la mayor parte, lo serán pronto.

Entonces viene el problema: ¿no hay limbo?

Aquí yo voy a proponer una teoría nueva.

Pienso que hay limbo, por ejemplo, para ciertos hombres de iglesia, incluso obispos y tal vez papas, subjetivamente tan buenos, que sería insensato querer empaquetarlos para el infierno ni siquiera para el purgatorio, pero tan en la luna, que tampoco parece posible mandarlos al cielo (que es el reino de la plenitud del amor) en ese estado. Porque el cielo no es una reunión de gente beata, a quien se le cae la baba o se chupan el dedo para no babear.

A veces se habla del cielo de tal modo, que la gente se queda con una idea un poco así, aunque sin atreverse a decirlo.

De aquí la divertida exégesis que un amigo mío, profesor de teología pero bastante cachondo (en buen sentido), proponía de un paradójico texto del Evangelio de Lucas:

«Os digo —dice Jesús— que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lucas, 15, 7).

Mi amigo decía que el sentido del texto era éste: ¡Menos mal —decía la gente del cielo— que se ha convertido ese pe- [24] cador, que es un hombre normal y divertido, y que vendrá a alegrar un poco esto, porque los noventa y nueve justos son un verdadero plomo!

Naturalmente, mi amigo hablaba en broma. Pero es una broma que tiene su sentido.

El cielo no sabemos lo que es. Pero creemos que es una plenitud de comunicación, de amor y de vida. Lo contrario del estar beatamente en la luna, cantando de nariz.

De aquí mi teoría humorística del limbo.

Una teoría que no voy a demostrar con razones (sería insensato, además de «serio»), sino que voy a explicar con un amable recuerdo de mi vida.

* * *

Había hace no muchos años un obispo, que era una persona bonísima. Humilde, desinteresado, sencillo. Amaba a los obreros y no les tenía miedo a los patronos.

Este hombre escribió una carta pastoral, hablando de problemas sociales, en que criticaba el régimen sindical, porque estimaba él que el sistema vigente dejaba desamparados los derechos de los obreros.

La pastoral fue muy criticada, entre otros por un jesuita que escribía mucho de temas sociales y defendía acérrimamente la estructura que el obispo criticaba.

Algunos años después, en una conferencia pública, creo que en abril de 1955, aludí yo a la pastoral del obispo, diciendo que era una lástima que en torno a ella se hubiera montado una discusión sobre temas marginales, dejando en la sombra el núcleo de la pastoral, que yo estimaba certero e indeclinable.

Un amigo mío se encargó de multicopiar mi conferencia, para enviársela a diversas personalidades, entre ellas a todos los obispos de España y al entonces ministro del Trabajo, señor Girón, quien me contestó una carta correcta, pero que no revelaba entusiasmo por las apreciaciones de mi conferencia. [25]

En cambio, a los pocos días, recibo un telegrama del obispo, redactado aproximadamente en estos términos: «Ruego Sagrado Corazón bendiga usted por valentía defensa obreros».

Algunos años después, estaba yo en Roma, como profesor, durante la celebración del Concilio Vaticano II. Un compañero de claustro universitario, amigo del obispo, me dijo que éste deseaba conocerme personalmente. Se celebró la entrevista, cordialísima y de encantadora sencillez por parte del obispo.

Al año siguiente empezó a tratarse en el Concilio el tema de la libertad religiosa. El obispo era un integrista consecuente e irreductible, que estaba en el grupo de los que se debatían contra una declaración del derecho del hombre a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa. Yo, en cambio, en mi modesto papel de profesor poco importante, de conferencista y de escritor, hice cuanto pude en favor de la declaración.

Recuerdo que el director de la revista *Civiltà Cattolica* me pidió un artículo en apoyo de la tesis de la libertad. Lo hice. Se lo entregué. Pasó el tiempo. No se publicó. Un día el director me explicó lo sucedido. Dadas las servidumbres a que la revista estaba de hecho sujeta, no se había atrevido a publicar el artículo sin consulta previa. El artículo había llegado hasta la mesa de trabajo del papa. Este lo había devuelto con algunas razonables observaciones, pero encargando que lo viesan todavía dos teólogos curiales, uno de ellos de cerrazón más bien cerril. El primero de estos dos teólogos hizo observaciones menos razonables que las del papa, más numerosas y de más tiquis miquis, pero todavía hubieran sido integrables. Pero el teólogo cerrado-cerril se

descolgó con unos cuatro folios de observaciones sobre un artículo de siete, para acabar diciendo que no le parecía prudente que un artículo tal viese la luz en una revista como *Civiltà Cattolica*. Y no se volvió a hablar del asunto. [26]

Aquel año, la reunión conciliar terminó en punta, precisamente por lo de la libertad religiosa. Los afanes de los integristas obtuvieron que no se llegase a una resolución. Los amigos de la libertad religiosa quedaron amargados. Algunos casi con encono.

Me gustó mucho un artículo que leí, de un autor protestante muy ecumenista y muy comprensivo con la iglesia católica romana, que venía a decir lo siguiente: no hay que darle demasiada importancia al hecho de que no se haya conseguido este año la declaración de la libertad religiosa. Lo importante es que al fin se llegue a un buen texto. Porque, dado que la declaración va a venir con un siglo de retraso, no hay por qué hacer tanto drama de que se demore un año más. Había en el bondadoso artículo un delicioso humor latente, que brotaba de la realidad misma.

En los agitados días de aquel fin de sesión conciliar, procuré no encontrarme con mi amigo el obispo. Y me hice a la idea de evitar también un encuentro durante la reunión conciliar del año siguiente. Es que temía haber perdido su amistad, ya que para un integrista el punto de la libertad religiosa podía ser determinante.

Pero las cosas eran muy distintas. A su retorno a Roma, el obispo me envió un recado de que quería verme. Con su habitual sencillez, añadía que, como yo estaba más ocupado que él, vendría él a mi domicilio a encontrarme.

Llegó a casa tan cariñoso como antes. Me dijo que él lo de la libertad religiosa no lo entendería nunca, pero que él y yo estábamos de acuerdo en batirnos por los derechos de los obreros, y que eso era lo que contaba.

Yo me quedé admirado y conmovido. Y pienso que aquel hombre era un hombre de Dios. [27]

Eso sí, su integrismo era radical, no sólo en lo referente a la libertad religiosa, sino también al puritanismo sexual. El tenía la convicción de que bailar era pecado mortal. Con esto creaba un conflicto a los presbíteros de su diócesis, a quienes pretendía obligar a que negaran la absolución a las chicas y chicos que bailasen.

Naturalmente, los curas se arreglaban como podían en el confesonario, y chicos y chicas continuaban bailando bajo la mirada nada integrista de Yahve Dios.

Entonces el obispo, un año, mandó que, en todos los pueblos donde había baile, estuviesen las campanas de la iglesia tocando a muerto de siete a nueve de la tarde, por las almas muertas de los que bailaban. Con eso daba él paz a su conciencia.

Recuerdo con ternura a este obispo, que creo se parecía a Yahve Dios mucho más que a Jonás.

Pero este recuerdo amable me lleva de nuevo a mi teoría humorística del limbo.

Porque pienso que sería malvado pensar en enviar a un hombre así ni al infierno ni siquiera al purgatorio. Pero tampoco me parece razonable enviarlo sin más ni más al cielo. Deberá hacer una temporadita de limbo para caer en la cuenta de ciertas cosas.

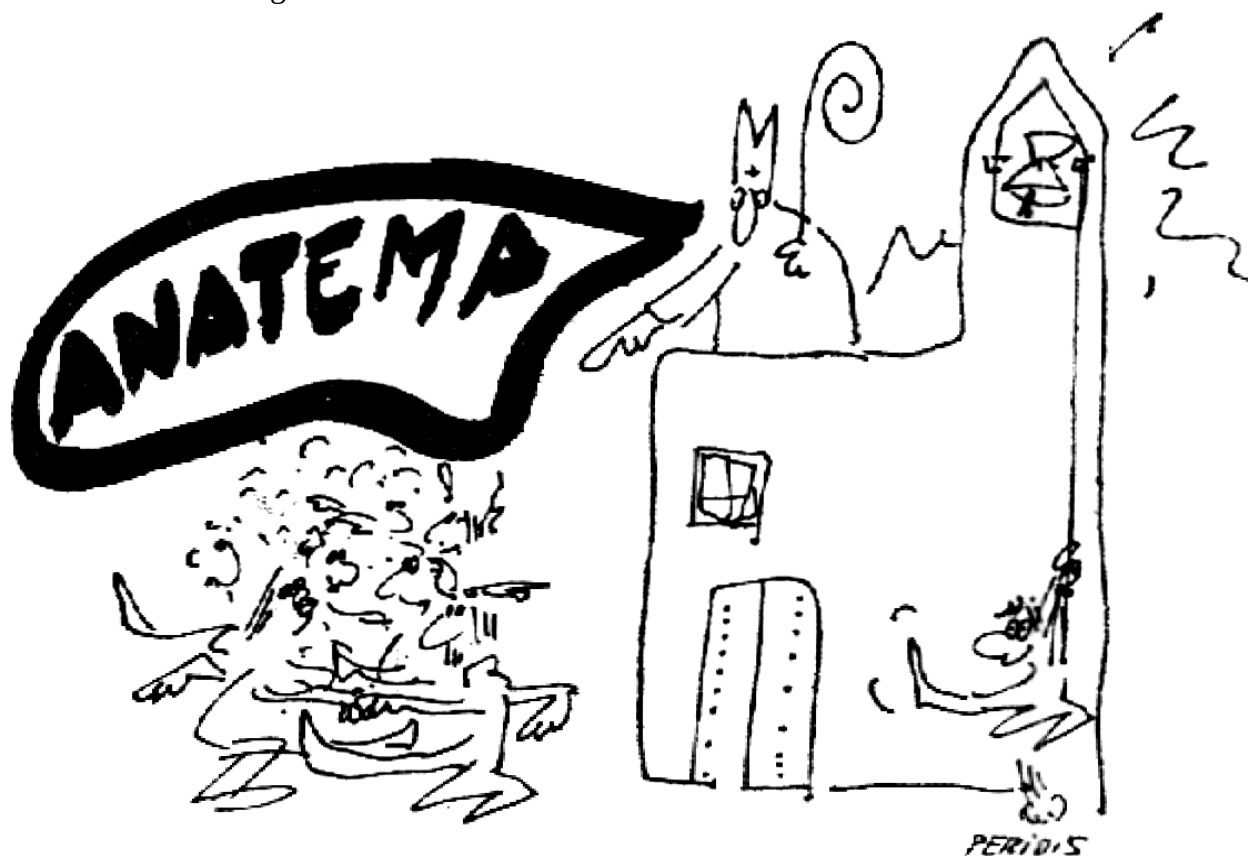
En cambio yo, cuando Yahve Dios me llame, creo que tendré que hacer purgatorio, y me daré por muy contento, pues creo que no tengo la virtud de mi amigo el obispo.

Y aquí termina mi hipótesis humorística con un pequeño rasgo de ficción.

Pienso que, como Yahvé Dios es tan genial y tan misericordioso, organizará también un pequeño recreo para los del purgatorio, que tendrán que pasarlo peor que los del limbo. Y se me ocurre que habrá, tal vez, un sistema de televisión en [28] circuito cerrado, por el que los primeros podrán ver un poco las aventuras de los segundos.

Y quizá veamos que aquellos obispos tendrán todos los días una sesión de baile con buenas chicas, para que se con- venzan de que tan poco eran las cosas como ellos se imaginaban.

Nunca conviene exagerar.





FUTBOL TRINITARIO

El título de este capítulo es ciertamente humorístico. Así debe ser tomado.

Pero en el fondo hay una cosa trágica.

En conjunto, el cristianismo histórico, lo mismo que otras religiones, ha actuado en gran medida como opio del pueblo, y como guirnalda de flores que recubre las cadenas del hombre, tendiendo, con esa cobertura, a perpetuarlas.

Se ha discutido tanto sobre teología política y sobre teología de la liberación. Los que condenan esas teologías en nombre del espiritualismo, suelen ser «condenados espiritualistas». Y si no lo son, serán de esos destinados al limbo. Dicho sea sin ofensa de nadie.

Pero, por debajo de las construcciones intelectuales de la teología política y de la teología de la liberación, está esta afirmación trágica: la religión de Jesús no puede ser opio del pueblo; tiene que ser todo lo contrario. Pero el cristianismo ha sido y es, en medida gravísima, opio del pueblo.

Aquí está la médula de la actual crisis del cristianismo. Si el cristianismo no deja de ser de verdad opio del pueblo, es justo que deje de existir, porque está contra Jesús.

[30] Pensando en esto, que me duele en el alma, porque el humor no significa ligereza ni inconsciencia, he llegado a ver una analogía entre la función de la religión cristiana, tal como ha funcionado y continúa funcionando en medida muy grande, y el «rol» del fútbol dominguero en nuestras sociedades neocapitalistas consumísticas, concretamente en la de mi país.

La sociedad española no es una sociedad «reconciliada». Es, hoy por hoy, una sociedad irreconciliable. Porque hay en ella contradicciones enormes, que nada viene a resolver de veras. Hay conflictos de clase, de raíz socio-económica, que no se resuelven. No se resuelven en los neocapitalismos cada vez más sofisticadamente productivistas y más racionalizados. ¡Cuánto menos en el «neo-capitalismo» hispánico, que es una especie de «niño-viejo»!

Pero hay en nuestra sociedad un «momento» de reconciliación, que de alguna manera es real y no puramente retórico. Ese «momento» es el fútbol, con sus copas y sus ligas. El fútbol dominguero, que extiende su influjo balsámico a través de la semana, mediante las revistas deportivas y las organizaciones de apuestas.

En el fútbol coinciden las clases sociales y encuentran allí una comunidad de intereses. Porque los antagonismos futbolísticos son interclasistas, y eso no con un interclasismo de mentira, para embaucar a las clases explotadas, sino, esta vez, de verdad.

Y, sin embargo, todos los estudiosos y los observadores de lo social, aunque no sean muy de izquierdas, están de acuerdo en el carácter «opióceo» que tiene la afición al fútbol en una sociedad como la nuestra. El fútbol, la «afición», es uno de los grandes resortes para mantener políticamente masificada a la población. Para hacerla «unidimensional». Para que las clases explotadas no hagan nada, aguanten mecha y tengan un juguetito que les ilusione un poco. El fútbol en esta sociedad, es una guirnalda de flores de trapo para cubrir las cadenas (en otra sociedad podría ser otra cosa).

[31] Ahora vamos a ver el «rol» de la religión católica tradicional, por lo menos en los últimos siglos, en el campo del desarrollo histórico. Pero vamos a verlo a partir de su analogía con el «rol» del fútbol en nuestra sociedad. Porque es una analogía iluminaste, tragi-cómica.

Esta religión tradicional estaba centrada en la idea de la «salvación del alma». Salvar el alma era librarse del infierno e ir al cielo. El cielo era un espectáculo en que se «veía a Dios». Se veía a Dios «por dentro». Es decir, se realizaba el eterno deseo de los niños de romper el juguete para verle las entrañas. Pero a Dios, en el cielo, no hacía falta romperlo, para poder verlo por dentro.

El espectáculo era tan maravilloso, que uno se estaba allí toda la eternidad, como en el asombrado embobamiento del primer minuto de contemplación de un objeto inaudito. Y es que en el cielo el tiempo no pasaba. Era como un instante de estupor, en que uno quedaba fuera de sí para siempre. Embelesado.

Los teólogos describían el «objeto» de la visión, materializándolo demasiado con ayuda de conceptos metafísicos de procedencia helénica, como el eterno relacionarse de tres personas que se comunican e intercomunican una naturaleza infinita. Es posible que un cerebro muy ejercitado en el análisis de «pases» futbolísticos y muy poco experto en el arte combinatoria de conceptos metafísicos llegue, en el fondo, a imaginarse aquellas cabalísticas teologías como una especie de inenarrable fútbol. Cruyff vendría a ser así la representación popularizada y consumista del logos beatificante. Pero de esto no se podría hacer responsables, sin más, a los más antiguos y venerables teólogos. Los de ellos eran otros tiempos y otras mentalidades.

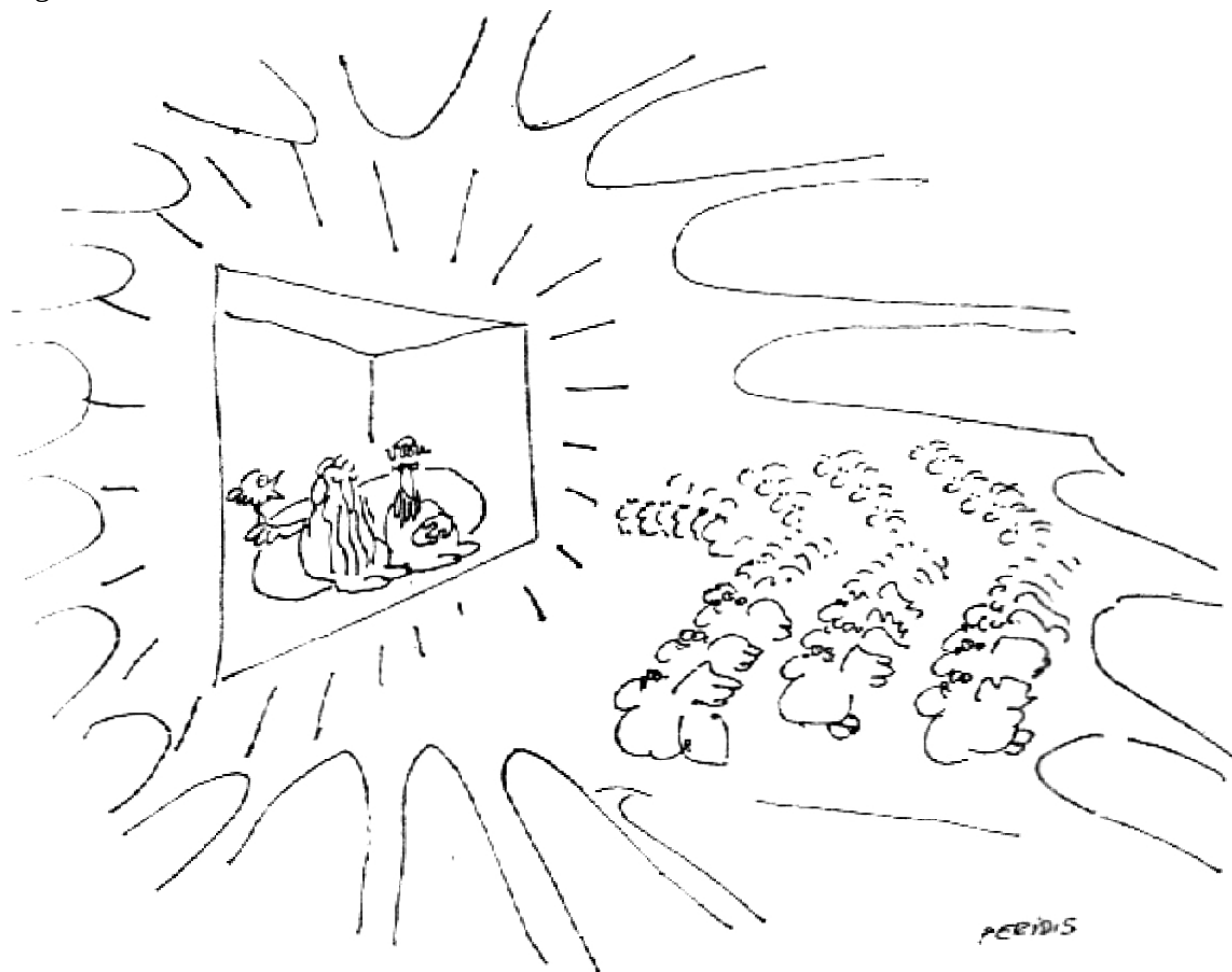
Lo que a mí me resulta análogo al fútbol dominguero no es el contenido del divino juego, sino el «rol» ejercitado en la sociedad y en la historia por el cielo de las almas en eterno descanso. No hablo de explicaciones conceptuales de los más [32] sabios teólogos, sino de la imagen operativa que el pueblo sacaba o podía sacar de la idea del «cielo».

Este cielo nada tenía que ver con la historia. Por eso los problemas de la historia no podían encontrar allí su solución.

Los problemas de la historia son problemas de opresión y de liberación, de hambre y de alimentación, de ignorancia y de cultura, de justicia e iniquidad, de antagonismo y de solidaridad.

En el «cielo de las almas» que «ven» el espectáculo divino, estos problemas desaparecen de los ojos, no porque sean resueltos, sino porque vienen eterna y definitivamente soslayados.

Exactamente igual que pasa con los problemas sociales en la tribuna del estadio de fútbol los domingos.



[33] El «cielo de las almas» es radicalmente individualista, porque cada uno ve el espectáculo. Como en el cine. Al lado tienes a otro señor que no te interesa. A ti y a él lo que os interesa es la pantalla. Y como los que ven son «almas», ni siquiera puede darse durante el espectáculo esa forma de socialidad elemental y gozosa de las parejas de enamorados que están viendo el cine juntitas.

El genial pintor medieval Fra Angelito pintaba el cielo con deliciosa ingenuidad, como un jardín, en que pequeños frailecitos jugaban al corro cogidos de la mano con santitas en camisón y ángeles cantores. Esta imagen del cielo era muy amable, pero también ambigua, porque los problemas de la historia quedaban negados, sin resolverse. Pero, al fin, el cielo venía representado como cariño. Esto ya era algo.

Pero con el Renacimiento, entre tantas cosas buenas, nos vino una malísima, el individualismo. Con eso, la imagen operativa del cielo se hizo mucho más análoga al puro «espectáculo».

Jesús había sugerido, para representarnos el reino del Padre, la comida gozosa en torno a la mesa familiar, cuando todos han logrado reunirse, al fin, después de un largo peregrinar y de una dura brega, luchando quizá hasta dar la vida por la liberación, el amor y la justicia.

En vez de esto, el cielo de la espiritualidad católica del barroco tiende a convertirse en la

familia que cena viendo la televisión.

Se ha dicho que la televisión es dañosa porque tiende a suprimir la intercomunicación familiar. El tremendo peligro viene algo paliado entre nosotros por lo soberanamente aburrida que es, con frecuencia, la tele. De esta manera los miembros de la familia se ven obligados a hablar un poco. Pero la pantalla celestial nos daría el telefilm perfecto y eterno. Y entonces ¡ojo a la pantalla!, y la vida de familia terminó.

Pero este cielo de almas individualísticamente segregadas [34] y eternamente mironas, embelesadas ¿qué tenía que ver con la historia?

Nada.

Salvarse o condenarse era cuestión de conducta individual, al margen de la gran corriente de la historia.

Cuando yo era adolescente me enrolé como catequista en una congregación de jóvenes católicos. Íbamos los domingos por la tarde a soltar nuestro rollo catequético (pedagógicamente muy malo, por nuestra impreparación), a unos chavales.

Yo creo que los chavales se aburrían, pero después de la lección le dábamos a cada uno un papelito verde, con el que podía entrar al cine.

Me parece que para ellos aguantar la tabarra del catecismo no tenía más sentido que obtener el papel verde.

Creo que, para muchos cristianos, ser bueno en la vida, era algo como para los chavales asistir al latazo del catecismo. Todo el problema era el papelito de entrada. Para esto se hacían también los nueve primeros viernes.

Pero, además, «ser bueno en la vida» era cosa de tipo muy individual y un poco familiar, pero nada histórico, nada social en el sentido grande de la palabra.

Cuando la expectativa del cielo se vivía de este modo, el problema de la marcha de la historia se vaciaba de todo interés. Lo único importante era luchar (casi siempre infructuosamente) con los pecados de la carne, que constituían un bosquejo inextricable, ir a la iglesia y confesarse incansablemente de esos pecados, obedecer al obispo y no votar a los socialistas (cuando se votaba).

Así se era un buen católico.

La función del ministerio eclesiástico era hacer y conservar buenos católicos.

Para esto no era necesario interesarlos del problema de la historia, del problema de la lucha por la justicia y la liberación.

[35] Mejor no meterse en muchos líos.

La Iglesia debe estar con el orden. Porque ¿qué más da que las riquezas estén mal repartidas, que no haya libertades, que haya discriminaciones de clase, que reine la opresión?

Con todo esto la gente puede seguir yendo al cielo. Y eso es lo que importa.

En cambio, si nos metemos a hacer justicia aquí, acabaremos en el socialismo. Y los socialistas no van al cielo. Porque son materialistas.

Todo esto es esperpéntico, pero es demasiado verdadero.

Por ese agujero de la concepción de un cielo espectáculo, de una moral individualística y asocial, de la indiferencia por la historia, que no cuenta nada, y del antisocialismo, el cristianismo histórico se ha vaciado de su fuerza, convirtiéndose en opio del pueblo y en freno de

la lucha histórica por la liberación y la justicia.

Pero ese cielo no responde a la realidad del misterio. Las tres personas de la Trinidad, que no sabemos lo que son ni cómo se relacionan, no se dedican a jugar al fútbol, pasándose una a otra una esfera divina, para deleite de celestes espectadores. De lo que se preocupan es de la historia humana.

Yahve Dios nos es conocido porque se presentó a Moisés en el fuego de una zarza, y dijo que estaba harto de oír los gritos de aflicción que los capataces arrancan del pueblo oprimido, y de ver los sufrimientos de la gente. Y que quería cambiar la historia para que aquello se acabare.

El Hijo de Dios fue un hombre, nacido de mujer, que vino a predicar el reino de Dios, reino de justicia y de liberación, que se opuso al orden establecido, porque era injusto y opresor, y acabó en el patíbulo.

Y en cuanto al Espíritu Santo ¿qué sabemos de él? Queremos sentir en el corazón su fuerza. Y basta. Lo de hacerlo bajar en forma de paloma, fue un rasgo humoroso de Yahve Dios, que ama a los animales. Y la paloma es bella. Pero es tímida y se deja dar de comer en la mano. Y eso no responde [36] bien a la realidad del Espíritu. El Espíritu es mucho más inimaginable, si cabe, que el Padre.

De todos modos, el Espíritu es un fuego que Jesús ha venido a traer a la tierra (Lucas. 12, 49). Y, según el Apocalipsis (2, 7), el fruto del árbol del paraíso se lo dará a los vencedores. Pero no a unos vencedores puritanos y un poco patológicamente inhibidos del encanto de sus novias (o ellas de ellos), sino a unos luchadores a muerte en la historia, que esperan ardientemente la ruina de la Roma mercantil y capitalista, y justicia hecha a los oprimidos, como fin de una lucha en la tierra. Algo así como si hoy se desease el hundimiento de los Estados Unidos (porque no hay duda de que a la Roma imperial de Domiciano se parecen más los Estados Unidos que la U.R.S.S.).

«Lloran y se desconsuelan por Roma los traficantes de la tierra, porque se han hecho invendibles los cargamentos de sus barcos: cargamentos de oro y plata, de piedras preciosas y perlas, de lino y de púrpura, de seda y escarlata, cantidad de maderas aromáticas y objetos de marfil, de maderas preciosas, bronce, hierro y mármol; cinamomo, amomo y perfumes, mirra, incienso, vino, aceite, flor de harina y trigo, bestias de carga y ovinos, caballos y carros; esclavos y mercancía humana» (Apocalipsis, 18, 11-13).

El cielo, en cambio, y los hijos del reino en la historia se alegran de la ruina de Roma, *«porque al condenarla a ella, Dios ha juzgado vuestra causa»* (versículo 20).

*«El canto de los citaristas y de los trovadores,
y de los que tocan flauta o trompeta,
nunca se volverá a escuchar dentro de ti;
ningún artista de ningún arte
se volverá a encontrar en ti;
el ruido de la muela de molino [37]
no se volverá a oír en ti;
la luz de la lámpara
no volverá a brillar dentro de ti;*

*la voz del novio y de la novia
no se volverá a escuchar en ti.
Porque tus hombres de negocios
eran los dueños de la tierra,
y tus embrujos extraviaron a todas las naciones»*

(versículos 22 v 23).

Nada, pues, de fútbol trinitario, ni de cielo dominguero que sirva para tapar el gran agujero abierto en la historia por la explotación y la opresión.

Un político marxista francés dijo hace bastantes años que el militante que caía era como una hoja de árbol que cae a tierra para convertirse en mantillo.

Los creyentes fáciles y tontines se rasgan las vestiduras. Pero no entienden.

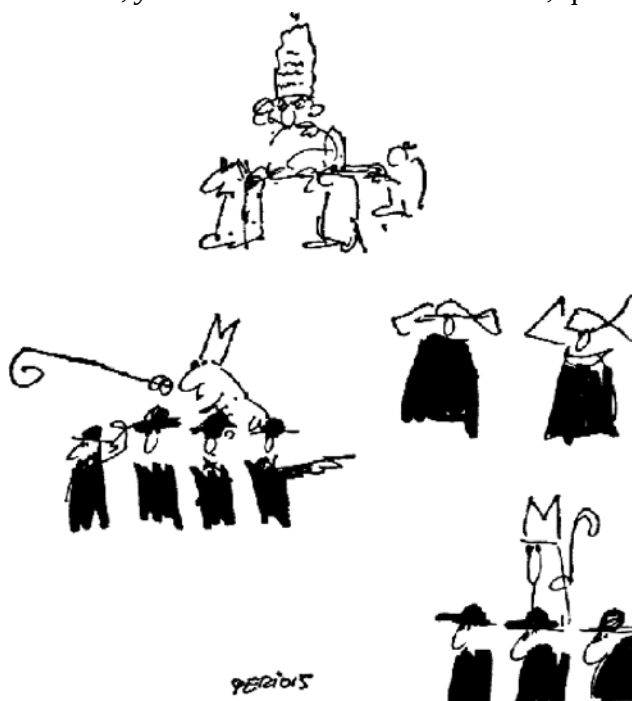
Lo que quería decir este político, que no creía en la resurrección, es exactamente lo mismo que el Evangelio de Juan pone en boca de Jesús, que sí creía en la resurrección:

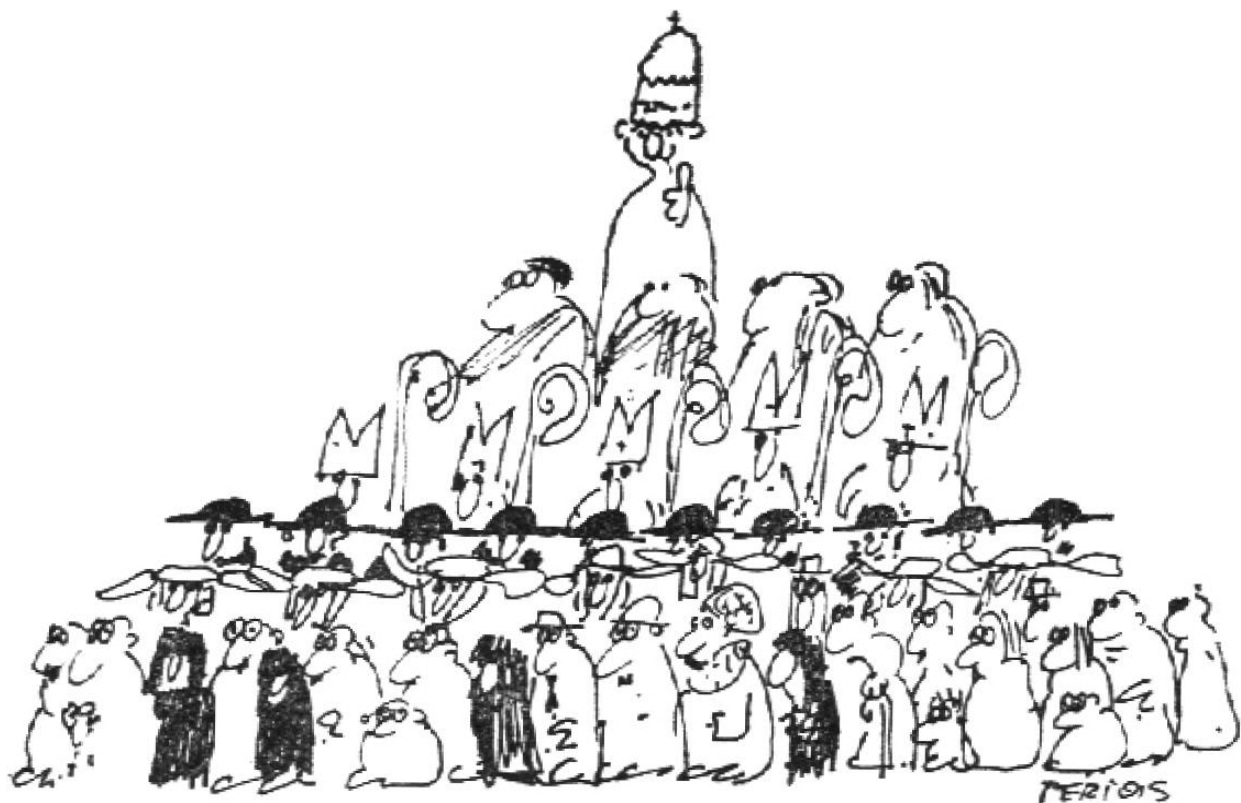
*«En verdad, en verdad os digo,
si el grano de trigo no cae en tierra y muere,
se queda él solo;
pero si muere,
da mucho fruto»*

(Juan, 12. 24).

Para mí la victoria personal de cada uno sobre la muerte, y la esperanza del reino de Dios, es algo vivo. Pero no sé ni el cómo ni el cuándo. Lo que sí sé es que está relacionado con la gran aventura de la historia. Y que si soy desertor de esa aventura, lo del ciclo, para mí, es puro camelo.

Lo más importante no es creer o no creer en el más allá. Lo importante es ser grano de trigo u hoja de árbol que caen en tierra, y resultan fecundos en esa tierra, que es la nuestra. [38]





CRISTIANISMO Y FOLLON

La gente tradicional se asusta mucho del follón que se ha armado en la iglesia católica después de Juan XXIII (¡bendita sea su memoria!) y del Concilio Vaticano II (de feliz recordación).

Pero este follón no es nada, comparado con el que hubo en la primerísima iglesia, en tiempo de los apóstoles.

La idea de una iglesia muy ordenadita, muy unitaria, en que uno piensa por todos, ningún otro piensa, para que ese uno sea el único, y luego al final también ese uno acaba por no pensar, esa idea no es la que se saca del Nuevo Testamento.

Esa iglesia-regimiento no responde ni siquiera al Concilio de Trento. Responde ya bastante a lo que entangarilló la inquisición española, sacando de quicio abusivamente los resultados del Concilio de Trento, y estableciendo un terrorismo antiteológico. Pero responde sobre todo a la reacción católica del siglo XIX, que se extiende hasta el pontificado de Pío XII, bien que éste, a diferencia de Pío IX y Pío X, fuera (hablan- [40] do en términos puramente sociológicos) un «déspota ilustrado» muy digno de aprecio.

(Si a alguno le parece que lo que queda escrito es poco respetuoso, le recuerdo que yo no hablo en «serio», y que el humor accede a la verdad por la vía de la paradoja. Lo que he dicho, no se puede decir y, por tanto, ruego que se tenga por no dicho. Pero es «paradójicamente» verdadero, y por eso queda dicho).

Jesús de Nazaret no tuvo el talento organizativo del Cardenal Gasparri.

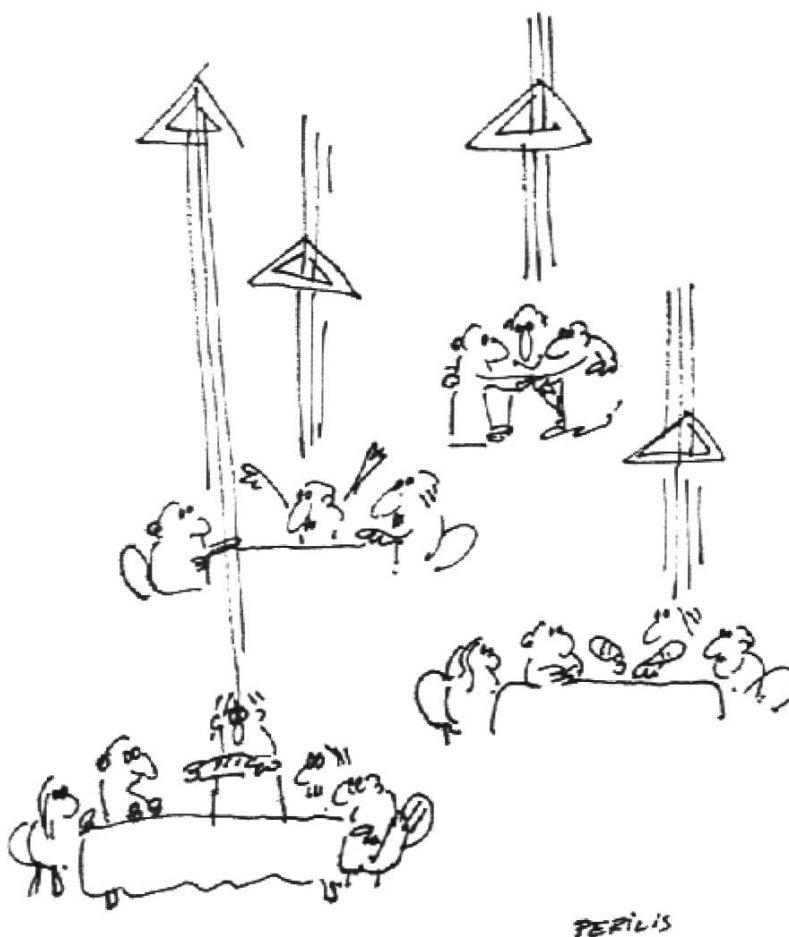
Por eso, después de su muerte en el patíbulo y de su resurrección, la iglesia nació en medio de un follón considerable.

Debemos atrevernos a rastrear ese lío de la iglesia apostólica, porque, visto desde aquí y desde ahora, es divertido y es aleccionador. Y puede ayudarnos a conservar la fe y la paz (y también el humor, ¡qué caramba!) en medio del follón contemporáneo.

Del lío originario, podemos hacernos alguna idea a través de lo que nos dice el libro «Hechos de los Apóstoles», y a través de algunas cartas interesantísimas que nos quedan de Pablo de Tarso.

El autor de «Hechos de los Apóstoles», además de ser un autor «inspirado» (con todo lo que esto tiene de misterioso, de problemático y de paradójico), era un hombre bueno y más bien optimista.

Es un hecho reconocido que tiende a disimular los conflictos que hubo en la primitiva iglesia. Desde este punto de vista, parecería un conservador y un hombre de iglesia «fiel», en el sentido no muy bueno de la palabra. Pero, por otra parte, es el más demagógico, el más clasista, el más «materialista» (en la cuestión de Evangelio para los pobres), de todos los escritores neotestamentarios. Es, pues, un «progresista» (discretamente «premarxista»), pero bondadoso, dispuesto a ver a la luz más favorable los líos de la iglesia, constructivo y opti- [41]



mista. Un poco como, entre nosotros, mi entrañable amigo José María González-Ruiz (Pablo de Tarso era mucho más cascarrabias. Quizá un poco como mi otro amigo del alma y compañero de morada José María de Llanos).

Nuestro Lucas, pues, el autor del tercer Evangelio y del libro «Hechos de los Apóstoles», elabora un poco sus fuentes, para poner sordina a les follones de la cristiandad originaria. Pero es

un hombre honesto, tiene una información muy rica y es fundamentalmente respetuoso con la documentación que utiliza. Es el más historiador de los escritores del Nuevo Testamento, aunque a su modo. [42]

De aquí que en los relatos lucanos sea posible leer entre líneas, y a veces se puede reconstruir muy bien, a través de su narración, la extensión verdadera del conflicto.

Esto ocurre con la historia que nos hace de la institución de los primeros diáconos.

Lucas presenta el episodio, como un problema de gestión de la asistencia a las viudas de la comunidad primitiva de Jerusalén. Había en ésta dos sectores: el de los helenistas, judíos que habían vivido en la emigración y luego habían retornado a Palestina, pero con un bagaje cultural y lingüístico griego, y el de los hebreos, judíos enraizados en Palestina. Lucas dice que los helenistas se quejaron de que sus viudas eran desatendidas. Y cuenta que los doce convocaron a la asamblea de los discípulos y dijeron:

«No resulta bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los nombraremos para este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra».

Entonces la asamblea escogió a siete, de los que el primero era Esteban.

La realidad de los hechos fue algo distinta. No se trató de elegir unos delegados para atender a la gestión de la asistencia en la comunidad, pues los siete elegidos eran todos helenistas. Tampoco se trató de crear un ministerio de asistencia benéfica contrapuesto al de la predicación, pues el primero de los elegidos, Esteban, aparece como dedicado a la predicación al igual que Pedro o que después Pablo. También el segundo, Felipe, sabemos que se dedicaba al ministerio de la palabra y no al de las mesas.

Lo que ocurrió es que los helenistas tenían una concepción del cristianismo muy distinta de la de los hebreos, que se agrupaban en torno a Santiago de Jerusalén, hermano o primo [43] hermano de Jesús. Se ve que la tensión entre los dos sectores de la comunidad llegó a ser tan grande, que los doce, es decir Pedro, Juan y los que hubiera, decidieron que había que conceder mutua autonomía a helenistas y hebreos, y reconocieron el ministerio de los prepósitos que la comunidad helenista se eligió. Lucas dice que los apóstoles hicieron oración y les impusieron las manos.

Las dos comunidades mantuvieron neta la diversidad de concepciones, con la consecuencia de que los helenistas vinieron a chocar con las autoridades religioso-políticas de Israel, llegándose a la ejecución de Esteban, que murió apedreado. Mientras que, por entonces, la comunidad cristiano-hebrea era respetada.

Lo interesante de este episodio primitivísimo es que en él se revelan dos cosas: la profundidad del pluralismo en el seno de la comunidad primitiva, ante los ojos mismos de Pedro, que ni quiere ni puede suprimirlo. Y el hecho de que las dos comunidades se dividen, sin excomulgarse mutuamente, pero institucionalizando su diversidad y una real autonomía. Los apóstoles sancionan esto y aseguran una unidad sin uniformidad ni autoritarismo.

Probablemente, una situación análoga, siglos más tarde, habría conducido a excomuniones, condenas de herejía y roturas de la iglesia. Porque los avances científicos de la historia de los dogmas y de las controversias doctrinales tienden a demostrar que los condenados como herejes eran en realidad ortodoxos, y que pudo tratarse de cuestiones de fórmulas conceptuales, si no de palabras, y de autoritarismos. Parece cierto que Pedro, cuya fe está a la base de la iglesia y de

todo el cristianismo, se tomaba mucho menos en «serio» la ortodoxia. Y era mucho más evangélico.

El follón enorme entre helenistas y hebreos se reprodujo ampliado en el tremendo conflicto que opuso a Pablo de Tarso helenista) y al grupo de Santiago de Jerusalén (no tanto a Santiago mismo).

[44] Este conflicto lo tenemos documentado en algunas cartas de Pablo. La lucha fue terrible. Pablo era enérgico (si ya no violento) y no se mordía los labios. Llama a estos predicadores cristianos adversarios suyos «*falsos apóstoles, operarlos engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo*» (2 Corintios, 11, 13), «*perros, obreros malos*» (Filipenses, 3, 2) «*intrusos, falsos hermanos*» (Gálatas, 2, 4).

Aunque entraban en juego problemas muy graves, y Pablo se sentía muy seguro de su misión, no es necesario dar por buena esa extrema violencia verbal. El era tremendo. Uno de esos progresistas *arrabbiati*, como dicen los italianos, que no es lo mismo que «rabiosos», porque la rabia italiana es más civil que la celtíbera.

Pero tampoco era siempre así Pablo. Cuando se enfadaba era excesivo. Una vez tuvo una diferencia con Bernabé, a quien debía muchísimo, y a pesar de que Bernabé era especialmente bondadoso, llegaron a ponerse fuera de sí. Lo cuenta el libro «*Hechos de los apóstoles*» (15, 39). En cambio, otras veces sabía ceder, aunque no demasiado.

No obstante su extraordinaria independencia, buscó el contacto con Pedro (aunque sólo tres años después de su conversión), y estimaba en su justo valor el hecho de que Santiago, Cefas y Juan, «*que eran considerados como columnas*», les tendieron la mano en señal de comunión a él y a Bernabé (Gálatas, 1, 18 y 2, 9). Sin embargo, se refiere con cierto desdén a estas «columnas»: «*los que eran tenidos por notables —¡qué me importa lo que fuesen! en Dios no hay acepción de personas—*» (Gálatas, 2, 6).

Algo después, se enfrenta con Pedro en Antioquía, siempre por el problema de la plena libertad de los cristianos frente a las observaciones de la ley mosaica y de la exigencia de no considerar cristianos de segunda clase a los bautizados no circuncidados. Pablo trata a Pedro sin remilgos, si ya no sin miramientos. Y se gloria de ello: [45]

«Cuando vino Cejas (Pedro) a Antioquía, me enfrenté con él cara a cara, porque era reprehensible. Efectivamente, antes de que llegaran algunos del grupo de Santiago, comía con los cristianos incircuncisos; pero en cuanto llegaron aquéllos, se le vio acobardarse y separarse de ellos por temor de los circuncisos. Y los demás judíos le imitaron en su disimulo, llegando incluso a arrastrar a Bernabé a esos tapujos. Pero cuando yo vi que no iban derechos por la verdad del evangelio, dije a Celas, delante de todos: —Si tú, que eres judío, vives como los paganos y no a lo judío, ¿cómo estás coaccionando a los paganos para que se hagan judíos?». (Gálatas, 2, 11-14).

El hecho de que Pablo refiera a los gálatas este episodio, en un contexto polémico, tratando de convencerlos de la necesidad de seguir sus puntos de vista, nos está demostrando que el incidente se resolvió favorablemente para él. De un modo o de otro, Pedro debió de ceder.

Desde luego, parece claro que Pablo de Tarso no hubiera cambiado sus puntos de vista por el hecho de que Pedro se hubiera lanzado a escribir una encíclica.

Lo que pasa es que Pedro no escribía encíclicas.

Y hacía muy bien.

Es curioso que el terrible e intransigente Pablo nos haya dejado un texto admirable, en que se traza una pista para poder bandearse en medio del follón de la iglesia. Es el capítulo catorce de la larga carta que escribió a los romanos.

En la comunidad cristiana de Roma había, como en las nuestras, gente de espíritu amplio, que buscaban la verdad profunda del evangelio con gran libertad de espíritu, rompiendo con viejos tabús. Y había otras personas de carácter excesivamente timorato, dominadas por invencibles prejuicios de ori- [46] gen históricamente complejo. Probablemente no se trataba ya de la cuestión de si los cristianos, para ser «buenos cristianos», (cristianos de primera), tenían o no que circuncidarse. Pero había cristianos que se sentían obligados a complejas observancias, a distinciones de alimentos permitidos o vedados, a obligaciones ligadas a tiempos definidos. Otros, en cambio, decían que aquello era estúpido y nada tenía que ver con la fe y la práctica cristiana, que son un manantial de libertad.

Pablo era indudablemente de los amplios y libres, no de los estrechos y timoratos. Es más, considera a estos últimos como débiles en la fe, y a los primeros, entre los que él se cuenta, como fuertes. Y sin embargo, recomienda a unos y otros la mutua tolerancia, más aún, el respeto, la comprensión y el amor. Subraya la primacía de la conciencia personal, a la que cada uno debe atenerse, y debe ser respetada por los demás.

Esto es lo que les dice Pablo a aquellos cristianos de Roma, a propósito del no leve follón que también ellos se traían entre manos:

«Con el que es débil en la fe sed acogedores sin querer discutir opiniones. Uno cree poder comer de todo, mientras que el débil sólo come legumbres; que el que come no desprecie al abstinente y que el abstinente no juzgue al que come; Dios le ha acogido. Tú, ¿quién eres para juzgar a un servidor de otro? Que quede en pie o que caiga, esto sólo le concierne a su dueño; por lo demás, quedará en pie, porque el Señor tiene la fuerza para sostenerlo. Aquél distingue entre un día y otro; el otro los estima todos iguales; que cada uno se atenga a su juicio. El que presta atención a los días, lo hace para el Señor; y el que come, lo hace para el Señor, puesto que da gracias a Dios. Y el que se abstiene lo hace para el Señor y da gracias a Dios. En efecto, ninguno de nosotros vive para sí mismo, como ninguno muere para sí mismo; si vivimos para el Señor, vivimos, y si [47] morimos para el Señor, morimos. Por lo tanto, en la vida como en la muerte, somos del Señor. Porque Cristo ha muerto y ha tornado a la vida para ser el Señor de los muertos y de los vivos. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano?, y tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? Todos, en efecto, hemos de comparecer ante el tribunal de Dios, porque está escrito: por mi vida, dice el Señor, toda rodilla se doblará ante mí, y toda lengua dará gloria a Dios. Así, pues, cada uno de vosotros dará cuenta a Dios de sí mismo» (Epístola a los Romanos, 14, 142).

Lo de que los débiles procuren no juzgar a los fuertes, y los fuertes no despreciar a los débiles, es de una finura psicológica y de una perennidad apabullantes.

Como yo soy de los fuertes (¡que Dios nos asista, a mí y a vosotros!), desearía que acertáramos en no despreciar a los débiles. Lo cual no significa que no podamos luchar con energía por lo que creemos deber luchar. Como San Pablo, que en eso era de abrigo. Incluso me atrevo a desear que acertemos a luchar con un poco más de humor que él. Aunque tampoco a Pablo le faltaba la ironía. Y era capaz de una gran ternura. Pero de «humor» no tanto.

La actitud, admirablemente rica de matices, de Pablo, en esto de los fuertes y los débiles, de la primacía de la conciencia, de dejar al Señor el juicio, y de no creer que Yahve Dios se va a ahogar en un dedal de agua, como los débiles, esa misma actitud creo yo que se podría aplicar muy concretamente a problemas contemporáneos.

Hace unos días, un joven periodista me pidió unas respuestas a una encuesta, para ser publicada en una revista exquisitamente «eclesiástica».

Yo me resistía.

El insistió. Al fin, acepté.

Me remitió las preguntas, y entre ellas figuraba ésta: «¿Cuál es su opinión sobre las relaciones prematrimoniales?». [48]

Yo pensé que la dirección de la revista no publicaría mi respuesta, porque las direcciones de las revistas exquisitamente «eclesiásticas», incluso las postconciliares, suelen estar más cerca de los débiles que de los fuertes.

Pero contesté así:

«No condeno a los jóvenes que tienen relaciones prematrimoniales con amor, sin abusar el uno de la otra (o la una del otro), y sintiendo sinceramente en conciencia que no hacen mal, sino bien. Es una conciencia que me parece muy respetable. Me parece muy bien que otros jóvenes se abstengan de ese tipo de relaciones, si lo hacen no por una inhibición impuesta, psicológicamente negativa, sino por un juicio ético-antropológico personalmente asumido. No creo que el problema pueda plantearse adecuadamente en abstracto. En abstracto se podrán dar algunas orientaciones importantes. Hay que procurar ayudar a que la gente haga lo que haga por conciencia, y no por un tabú antropológicamente insano y éticamente deleznable».

Esto respondí. Y añadiría que los que sean víctimas de esos tabús estructuralmente insanos, no deben ser despreciados, sino respetados y ayudados en lo posible. Sólo ellos serían, en este caso, los débiles.

Bueno, lo que pasó con mi respuesta, es que la dirección de la revista no llegó a conocerla, porque vetaron mi nombre, antes de saber cómo había yo respondido.

Evidentemente, el joven periodista había sido demasiado optimista metiéndome a mí en lista.

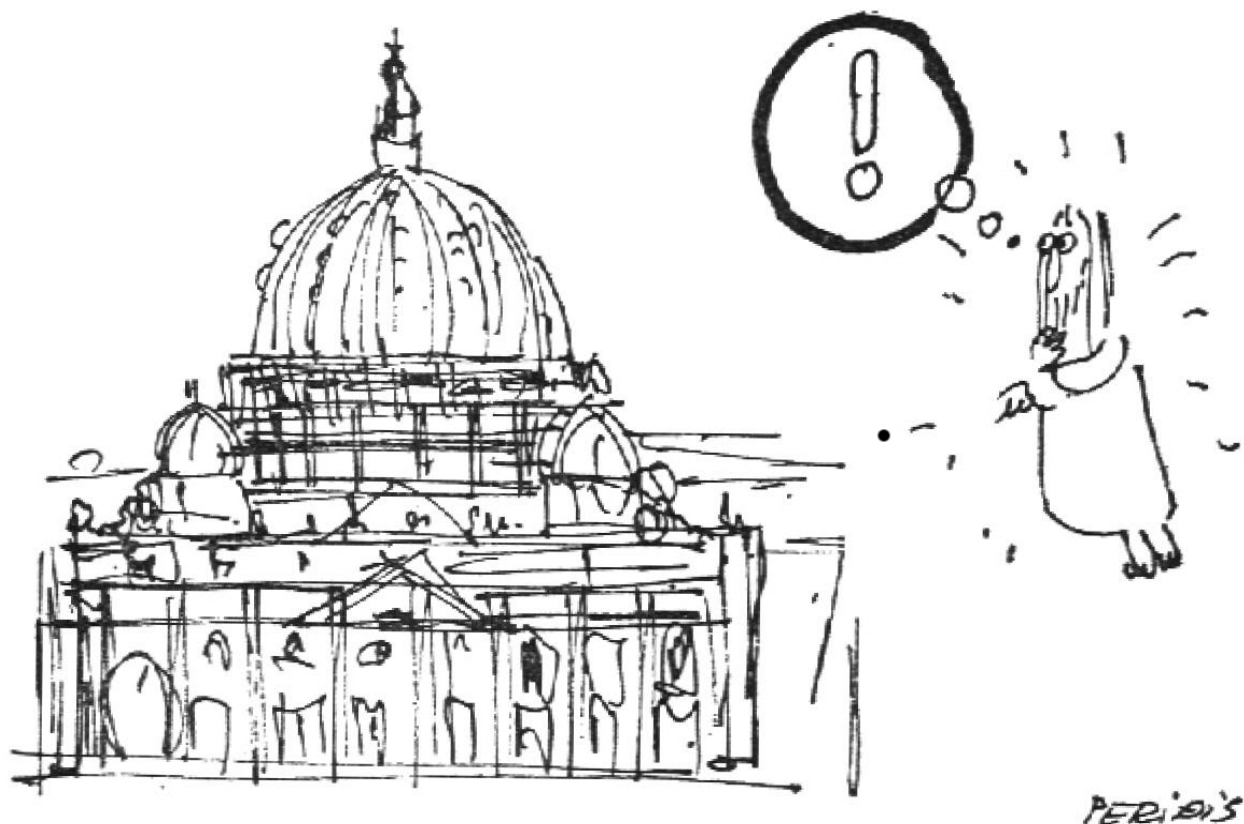
Y la dirección de la revista más «débil» todavía de lo que yo había supuesto.

Quizá ellos me habían «juzgado» un poco.

Pero yo he tratado de comprenderlos.

Y me parece que no los «desprecio».

Esta es una de las cosas para las que ayuda mucho el humor.



JESUS Y LA IGLESIA

Un escritor ruso contemporáneo, muerto en 1940, Michail Bulgakov, escribió una novela inolvidable: «*El maestro y Margarita*». Libro impresionante de humor y de poesía, abierto al misterio.

Allí presenta una narración del proceso de Jesús frente a Pilato. Es una reconstrucción imaginaria, que, con clarividencia poética, toca la realidad, aunque no se pueda hablar de exactitud histórica.

Su Jesús desmitologizado, reducido a un realismo social hiriente de vagabundo indefenso, locamente bueno, resulta convincente. No con exactitud histórica, sino con paradoja de intuición poética, que nos acerca al misterio. No sé si Bulgakov era creyente, pero yo, que creo en Jesús con alma y vida, lo siento hermano.

En un momento del diálogo de Pilato con Jesús, el procurador le echa en cara lo que está escrito en la denuncia: «Incitaba a destruir el templo. Lo atestigua la gente».

[50] El detenido, Jesús, responde: «Esta buena gente es ignorante y ha confundido todo lo que yo decía. Y empiezo a temer que este lío va a continuar para largo. Toda la culpa es del que ha transcrito mis palabras confundiéndolas... Un tipo me sigue por todas partes con su pergamino de cabra y transcribe continuamente mis palabras. Pero eché una vez una ojeada al pergamino aquél, y me horroricé. Yo no había dicho una palabra de todo lo que allí estaba escrito. Le supliqué: —¡quema tu pergamino, te lo pido por favor:—. Pero él me lo arrancó de la mano y echó a correr».

La intuición poética de Bulgakov, que presenta a Leví Mateo como un sectario ininteligente, obtuso y antipático (incluso cuando en el más allá viene a traerle a Satanás-Woland un recado de parte de Jesús), es una intuición paradójica y humorosa. No hay que referirla realísticamente (es decir, en serio), al Mateo histórico o al documento primitivo que se supone coleccionaba los dichos del Maestro.

Pero nos pone sobre el rastro de un hecho paradójico, que ése sí está presente en la realidad histórica.

Se trata, ni más ni menos, de lo que los cristianos hemos hecho con Jesús. A través de la historia, pero ya muy desde los comienzos.

Y lo han hecho, sobre todo, los dirigentes responsables de la comunidad cristiana.

* * *

Ahora todos estamos preocupados con la multiplicación de los secuestros de personas. Resultan de verdad, casi siempre, intolerables. Siempre penosos y ambiguos, por lo menos. En ocasiones, son de lo más criminal que pueda imaginarse.

Pero ¿quién piensa en el secuestro de Jesús por parte de la iglesia?

El secuestro ha consistido en quitar de en medio a Jesús para poner en su lugar a la iglesia. Lo quité de en medio la [51] iglesia, pero a la operación han ido contribuyendo, a través de la historia, sobre todo los jerarcas y, en general, los «hombres de iglesia».

Naturalmente el secuestro se ha realizado con guante blanco. Un poco como esos secuestradores (alguno ha habido), que tratan a cuerpo de rey al secuestrado.

El Señor está sobre las nubes, en un retiro celeste. Lo que cuenta en la tierra, es la iglesia. A Jesús lo tienen los «hombres de iglesia». Y hay que ir a ellos, para poder llegar a Jesús. (Que luego, en el fondo, casi no es llegar, porque los hombres de iglesia están siempre al acecho para decirte que ellos dominan tu relación con Jesús, y te lo quitan si tú no haces lo que a ellos les dé la gana).

Yo no digo que la acción de secuestrar haya sido realizada de mala fe. Habrá habido algo de mala fe, quizá larvada, en algunos o en muchos. Y habrá habido en otros, a lo mejor en muchos o en muchísimos, perfecta buena fe,

Pero el secuestro está ahí.

En vez de ir a Jesús y ponerse en contacto con él, y creer vitalmente en El (es decir, entregarse a su persona, y vivir la liberación inestimable de la fe en El), lo que hay que hacer es «entrar en la iglesia». Como quien entra en un edificio grandioso, en parte de mal gusto, en cuyo fondo, fondo, hay un icono resplandeciente, hierático y mudo, que te contempla con grandes ojos quietos. Pero los que se mueven por allí son los hombres de iglesia. Ellos mandan. Con ellos hay que entenderse. A ellos hay que obedecer. De lo contrario, no hay Cristo que te valga, porque ellos son los amos, y Cristo tiene que estar a lo que ellos digan.

* * *

Cuando no hay buena fe, este poder con que los hombres de iglesia aparecen (o aparecían) ante el pueblo, puede conducir a extremos esperpénticos.

[52] Siempre me ha chocado en este sentido un cuento del «*Deramerón*», de *Boccaccio*. No por la presentación que hace de un cura disoluto, sino por un detalle, que precisamente por ser secundario y dicho muy de pasada, parece resultar significativo. De hecho, Boccaccio refleja con irónico y alegre cinismo, (casi inocente), costumbres de su tiempo.

En la narración segunda de la jornada octava, nos cuenta del cura de Varlungo, que burla a Belcolore, mujer de un labrador, prometiéndole cinco liras, gozando de ella y dejándola luego defraudada con una estratagema. La mujer queda furiosa y no quiere volver a saber nada de los deseos del cura, con quien se había holgado en el granero. Así siguió —cuenta Boccaccio— hasta la vendimia. «Pero entonces el sacerdote la amenazó con hacerla entrar en la boca de Lucifer el mayor y, por miedo, ella accedió a subir al granero y, con mosto y con castañas calientes, se entendieron muy bien y se divertieron mucho».

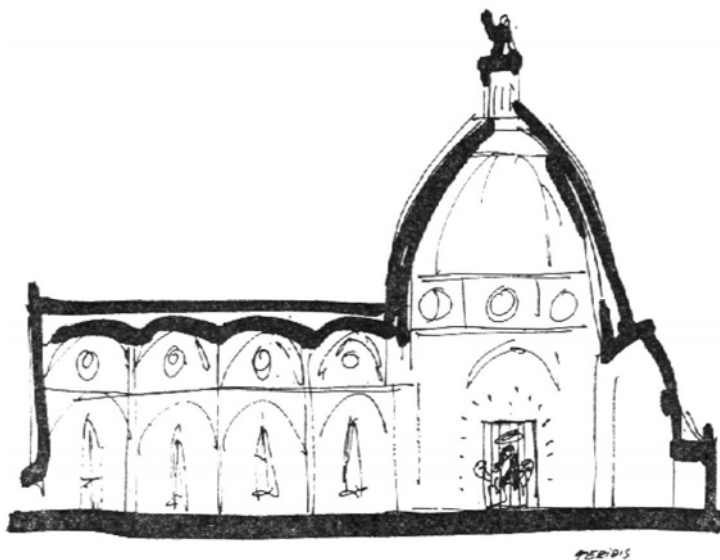
No hay duda de que este grotesco final responde a posibilidades reales, derivadas de una deformación extrema de la idea de que los sacerdotes tienen en sus manos los resortes del más allá. Si no les haces caso, aunque sea para una pillería, te pueden hacer caer en las fauces del diablo. Estamos en plena magia.

* * *

Pero el secuestro de Jesús se realiza también por gente personalmente digna, llena de «celo por las almas». Si nos descuidamos, se realiza un poco por todos. Por el «establecimiento» eclesiástico, sus funcionarios y sus jerarcas.

El fiel no puede simplemente amar a Jesús y buscar la inspiración del evangelio. Ha de amar a Jesús y a la Iglesia, e inspirarse en el evangelio, siguiendo la doctrina del magisterio de la iglesia. Y al final no es el evangelio la medida con que hay que justipreciar la doctrina del magisterio de la iglesia- [53] sia, sino que el magisterio es la vara con que hay que medir el evangelio.

Porque luego resulta que amar a la iglesia no es querer a los hombres que creen en Jesús, sino obedecer a la jerarquía.



Con esto, Jesús queda cada vez más lejos, más encerrado en una urna. Y la gente se encuentra con los hombres de iglesia. Y la gente, la buena gente del pueblo, hambrienta y sedienta de justicia, no cree en ellos, porque le ha perdido el miedo al poder de esos hombres de hacerla entrar en la boca de Lucifer el mayor.

Es absolutamente necesario liberar a Jesús del secuestro de que ha sido víctima desde hace casi dos mil años_

Hace no mucho tiempo, en un diálogo muy vivo sobre cristianismo y socialismo, un viejo militante obrero de setenta y cinco años me decía con la reposada convicción de una vida [54] vivida: «Yo en el Jesús carpintero, que murió a manos de los ricos y de los potentes, creo y he creído siempre; pero todos esos líos que dicen los curas, no los entiendo». Y quizá a Jesús esos líos de los curas tampoco le interesan. Y quizá no siempre los entiende.

Algún tiempo antes, en una conversación con obreros, una chica trabajadora en una fábrica, andaluza transplantada a Cataluña, me decía con sinceridad sencilla: «¡José María, es que para nosotros, los obreros, resulta tan difícil creer!».

Mi respuesta espontánea y primera fue: «¡No tengáis miedo a perder la fe!».

Esta respuesta creo que me salía de lo hondo de mi propia fe.

Porque la fe es y tiene que ser libre y liberadora. Y al pobre pueblo el «establecimiento» eclesiástico le ha llevado demasiado por el camino del temor. La amenaza del cura de Varlungo, de hacer entrar a la gente en la boca de Lucifer el mayor, era el clima que podía servir para mantener a la gente en la fe, y podía servir en ciertos casos para hacer subir a la bien plantada Belcolore al granero, a satisfacer los deseos del clérigo. Y esto no puede ser.

Pero una segunda respuesta fue esta otra: «nosotros creemos en Jesús, no creemos en la iglesia».

Probablemente hay problemas teológicos en torno a esta afirmación. Y posiblemente tales problemas teológicos no podrán ser nunca del todo clarificados. Y quizá no haga demasiada falta resolverlos.

Yo no niego el artículo contenido en los más viejos y venerables credos (llamados técnicamente en teología «símbolos de la fe»), «creo en la santa iglesia católica». Creo que en mi fe en Cristo se contiene algo que de alguna manera puede ser expresado en esa fórmula de los más antiguos credos. Pero ¿en qué sentido «creo» en la santa iglesia católica? Y ¿qué es propiamente la «santa iglesia católica» en la que creo?

Todo es infinitamente más nebuloso que la fe en Jesús de [55] quien tiene de veras esa fe. Y que el Jesús en quien creemos, si Dios nos ayuda, los cristianos.

Me parece que el «hay que creer en Jesús y en la iglesia» ha llevado a un «hay que creer en la iglesia como se cree en Jesús». Por ahí se va al secuestro de Jesús.

Por eso tiene un sentido profundo decir: «nosotros creemos en Jesús, no creemos en la iglesia». Porque creemos libremente en un Jesús liberador, ajeno a todo posible secuestro eclesiástico.

* * *

El secuestro de Jesús por la iglesia es tan antiguo, que ciertas bases se encuentran ya en el Nuevo Testamento.

En este punto me ha dado mucha luz un gran creyente y gran teólogo, *Ernst Küsemann*, en un libro sin par: *«La llamada de la libertad»*, editado recientemente en castellano por «Sígueme», en Salamanca. Quiero declarar esta deuda de gratitud.

La carta a los efesios, contenida en la colección de cartas paulinas, pero que puede no ser de Pablo mismo, da un paso hacia el secuestro eclesiástico de Jesús.

Es una carta que forma parte del Nuevo Testamento. La recibo y respeto como tal. Y todo puede y debe ser entendido en ella en su justa medida. Pero hay allí algo que podía ser malentendido.

El principio de la carta es bellísimo. Pero quizá el centro del campo, que en la primera generación cristiana estaba constituido por el gran himno cristológico, ha pasado aquí a ser un himno eclesiológico.

Al final de la carta, en una exhortación sobre la moral familiar, el autor de la carta, Pablo o quien sea, compara la relación del marido con su esposa con la relación de Cristo con la iglesia. No dice explícitamente: «la iglesia es la esposa de Cristo». Dice: «*el marido debe amar a su mujer como Cristo a la iglesia*». Y esto otro: la unión del varón y la mujer «*es [56] un gran misterio que dice referencia a Cristo y la iglesia*» (Efesios, 5, 32).

Luego se acentuó la comparación hasta cristalizar en la idea rígida de que la iglesia es la esposa de Cristo. Esto, siempre afirmando una relación de superioridad de Cristo, que servía, por otra parte, para mantener una situación injusta de sumisión de la mujer al varón, conducía, respecto a los fieles, a poner a la iglesia en el mismo plano de Cristo. Porque los fieles son los «niños», hijos de mamá-iglesia.

Por este camino, se llega, en el plano de la realidad social y psicológica, a una relación del pueblo fiel con la iglesia y con Jesús, análoga a la relación de los niños con la mamá que está en casa, mientras el papá está fuera, en sus cosas.

De Jesús se habla siempre, pero los fieles se relacionan con la iglesia.



[57] Como los niños con la mamá esposa de un hombre ocupado, que está siempre fuera. Se supone que la mamá habla con él por la noche. Pero los niños no lo ven nunca, porque cuando él

llega ya están en la cama. Y cuando se despiertan sólo está la mamá, que les prepara el desayuno.

* * *

La concepción de la iglesia mamá de unos niños chicos que están en casa, viene a conjugarse con una especie de platonización idealista de la iglesia. La iglesia no es una realidad. Es una idea. Porque es la esposa de Cristo, madre de todos los fieles de todos los tiempos. Por tanto es distinta de todos los fieles de todos los tiempos. Algo que está por encima de ellos. Pero como no es una persona real (como lo es Jesús, de carne y hueso, muerto realmente y realmente resucitado, según «cree» el creyente), es una especie de idea platónica.

También por esta vía, se sustrae la iglesia al juicio de la palabra de Dios. Y al juicio de la historia.

Por grandes que sean los abusos, y aunque el funcionamiento de las estructuras organizativas de la comunidad eclesial llegue a ser, en un momento dado, puro antievangelio, la iglesia es la inmaculada esposa del Señor, por encima de toda crítica. Y tú debes amarla, cerrando los ojos, y obedeciendo a los hombres de iglesia. Si para esto hay que renunciar al evangelio, te dicen que esa renuncia pertenece al misterio de la cruz. Pero esto es un nuevo secuestro. Te secuestran el misterio de la cruz. Porque el misterio de la cruz no es renunciar al evangelio en aras de una obediencia a los hombres, que se ampara en la cobertura de un «misterio» platónico. El misterio de la cruz de Jesús fue renunciar a la vida por no renunciar al evangelio, y por no someterse a las fuerzas que querían ahogarlo. Por ahí fue Jesús, y por ahí deben ir sus fieles y la comunidad de los fieles creyentes. Y las estructuras [58] de esa comunidad deben ser un servicio a esa fe de los creyentes.

Nada de platonismos nebulosos. No hay madre-iglesia. Ya sé que la expresión tiene una tradición venerable. Y como todas las expresiones alegóricas, puede ser entendida en su justa medida. Pero hemos llegado a un punto de rotura, en que se impone la verdad de un realismo sin nubes.

En realidad, la misma carta a los efesios excluye la platonización eclesial. Esa iglesia somos nosotros. Al exhortar a los maridos a ser acariciadores con sus mujeres (una hermosa recomendación), les dice:

«Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Y a la propia carne ninguno la aborrece; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la iglesia, pues somos miembros de su cuerpo» (Efesios, 5, 28-30).

Para el más eclesial de los cuatro Evangelios, el de Mateo, la iglesia es la comunidad de los fieles, no una entelequia idealista. La alegoría de Mateo no es el esposo y la esposa, sino el novio y los invitados, que no pueden entristecerse mientras el novio está con ellos. Los invitados son los discípulos, hombres de carne y hueso. Aquí no hay agarradero para una platonización.

No hay una iglesia etérea, que sería el «cuerpo» de Cristo, (una especie de ectoplasma), en el que nosotros entraríamos para incorporarnos a Cristo. Somos nosotros, gente de carne y hueso, quienes por la fe nos incorporamos a Cristo, persona concretamente viva, aunque por su resurrección con una forma de vida inenarrable.

Nosotros somos miembros de Cristo, con una identificación indescriptible de persona corpórea a persona corpórea, sin [59] platonismos. Somos, como dice San Pablo, «miembros,

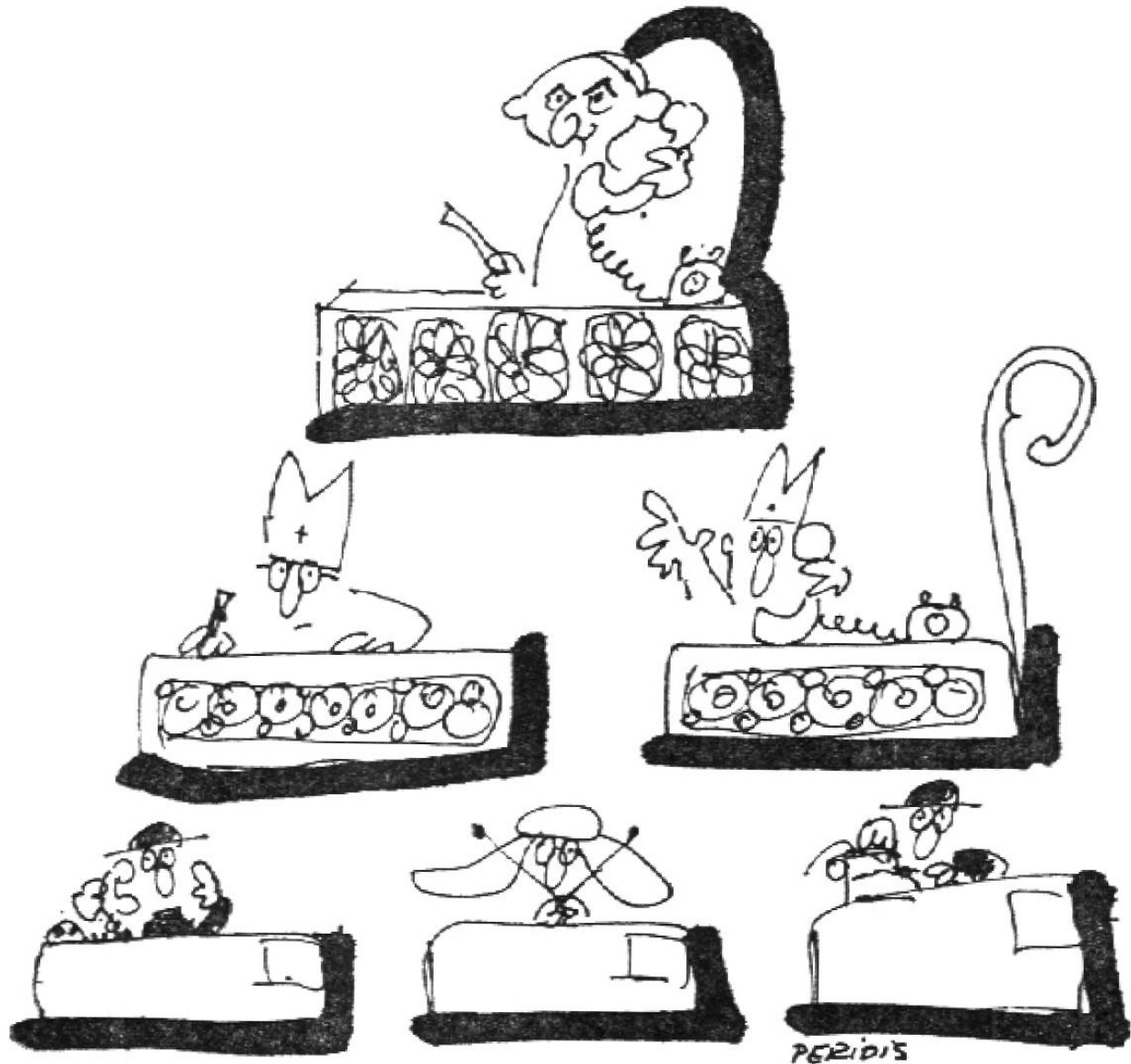
cada uno por su parte» (1 Corintios, 12, 27), Pero, por el amor fraterno y la comunión de una fe auténtica, estamos vinculados unos a otros. Y creemos, como dice el Evangelio de San Mateo, que donde están dos o tres reunidos en nombre de Jesús, allí está El en medio de ellos (Mateo, 18, 20). Y no echamos en saco roto lo que Pablo les decía a los fieles de Tesalónica:

«Os pedimos, hermanos, que tengáis consideración con los que trabajan entre vosotros, que os presiden en el Señor y os amonestan. En razón de su trabajo, estimadles con el mayor afecto. Vivid en paz unos con otros» (1 Tesalonicenses, 5. 12-13).

Esto, y no otra cosa, es la iglesia.



PERIODIS



COCA-COLA ESPIRITUAL

Una alegoría que va un poco en la dirección de la iglesia platonizada, la encontramos en el Apocalipsis. Es la imagen de una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

Una tradición posterior aplicaba la alegoría a la Virgen María, madre de Jesús. También había aquí una especie de platonización.

Porque María fue una mujer del pueblo-pueblo. Parece ser que no entendía mucho las cosas de su hijo. Pero las guardaba en su corazón. Ella fue humilde y buena. El Evangelio de [62] Lucas, simbólicamente, pone en sus labios un canto, el Magnificat, que es progresista cien por

cien. Ella llevaba en el alma las esperanzas del pueblo-pueblo. Asistió a la crucifixión de su hijo. Y estaba con la comunidad cuando se hizo presente el Espíritu. Debió de ser muy callada. Humilde. Aguantando el desprecio que aguanta el pueblo-pueblo.

Yo la quiero inmensamente. Confío en que ella me quiere y, de una manera misteriosamente efectiva, intercede por mí.

Por eso me joroba extraordinariamente que una Virgen platonizada sirva de cobertura al secuestro de Jesús por la iglesia, y sea instrumentalizada como opio del pueblo.

Protesto en nombre de María, que es para mí como una madrecita pequeña, cristalina, niña, y por eso más grande y más santa que todos.

Pero, en realidad, la alegoría del Apocalipsis se refiere a la iglesia, con una cierta tendencia platonizante.

Eso sí, la alegoría es poética.

Y, sin embargo, la realidad a que ha conducido la platonización de la iglesia, es tan prosaica como la fabricación de la coca-cola.

Me explicaré.

La platonización idealista de la iglesia, el secuestro de Jesús por los jerarcas, que se han puesto entre Él y el pueblo, ocultándolo más o menos, y el consiguiente autoritarismo de esos hombres del «establecimiento» eclesiástico, han dado al traste con la comunidad eclesial.

El moderno mundo capitalista está lejos de la poesía de Platón. Su idealismo, o sea su superestructura conceptual, no se plasma en la suprema idea del bien, sino en la Sociedad Anónima por acciones.

Y la iglesia, bajo la cobertura de un etéreo abstraccionismo, ha ido a parar, estructuralmente hablando, en una cosa muy parecida a una empresa anónima de producción y distribución de artículos de dietética religiosa. Una especie de fábrica de coca-cola espiritual.

[63] Una empresa anónima, una razón social que no se identifica con ninguna persona de carne y hueso. Y con eso la «responsabilidad limitada». Se pueden cometer atropellos. Pero no responde nadie. Es «la empresa». (Es la iglesia: —si Vd. es buen cristiano, debe callar; contra la iglesia no se puede decir nada).

El presidente de la empresa. Los altos ejecutivos. Los empleados y empleadas. Y el público, que es el consumidor. Y que, para la empresa, sólo tiene esa función: ser cliente.

El consumo es individualista; se va al comulgatorio como a la barra del bar. Yo voy a hacer mi consumición. Y el de al lado va a hacer la suya. Y cada uno a su casa.

Esto no es ninguna caricatura. Es un esquema sociológico que sirve lo mismo para la empresa de coca-cola que para la iglesia católica. Ciertamente hay en esto un humorismo esperpéntico. Pero no es literario. Viene de la realidad.

El papa dirige. Los obispos son jefes de departamento. Los curas y monjas fabrican sacramentos, catequesis, liturgias. Y el público de fieles consume. No hace más que recibir. Consumir. Los locales son públicos. Se entra a ellos como al cine o al bar. Individualmente, a recibir el servicio, la consumición.

Y no existe la comunidad eclesial sino la empresa eclesial de servicios, de suministro de celestiales ultramarinos. Y luego el público, la clientela.

Y la clientela está fuera de la empresa.

Esto es de tal manera contrario a la esencia de la iglesia, que es comunidad de creyentes, que nos deja perplejos. Es una tragicomedia, como «*La Celestina*».

La iglesia es hoy, con apabullante realidad, una criatura con la cabeza en el suelo y los pies por el aire.

No hay nada que hacer, mientras no ponga los pies en el suelo y se apoye en ellos.

Los pies son la comunidad de creyentes. Creyentes con fe personal, que es una opción esencial de cada uno, y nada [64] menos que una «gracia», una revelación del Espíritu en cada uno.

¿Pero cómo darle esta vuelta de campana, sobre todo teniendo en cuenta que se ha convertido en una armadura pesadísima, con una cabeza muy caliente y unos pies muy fríos? (Fríos no por culpa de ellos, sino porque la cabeza los puso hace mucho tiempo en hibernación).

Con todas las dificultades y las ambigüedades que se quiera, el porvenir está en verdaderas comunidades de base. Y en que el «ministerio» sea servicio de la comunidad, apoyado en ella y viviendo de ella, La comunidad está a la base del ministerio. Y no al revés.

El primer paso sería renunciar al autoritarismo de los «hombres de iglesia», sobre todo de los más altos.

Pero es éste un hueso duro de roer. No es blando y dulce como los «huesos de santo».

Quizá estamos en una época en que hay que ir adelante con una gran libertad interior, recordando que donde están dos o tres reunidos en nombre de Jesús, allí está Jesús en medio de ellos. Y procurando ser pacientes con todos, como Pablo recomendaba a los fieles de Tesalónica; o, como les decía a los romanos, en su carta: «*en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres*» (Romanos, 12, 18).

* * *

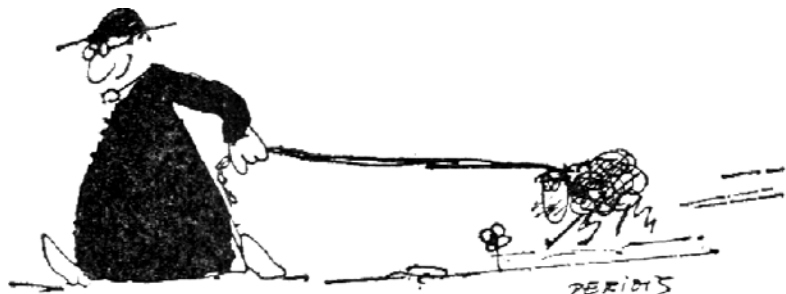
Algunos católicos, incluso de buena voluntad, se creen que el autoritarismo es esencial a la vida de la iglesia.

Y se fundan en que el Evangelio de Mateo tiene estas palabras, puestas en boca de Jesús:

«*Todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo*» (Mateo, 18, 18).

[65] Según buenos exégetas, «atar» y «desatar» son dos términos técnicos del lenguaje rabínico, que se aplican primariamente al dominio disciplinar de la excomunión. «Atar» es condenar a la excomunión y «desatar» absolver de ella.

¿Se contiene aquí una exigencia de autoritarismo incontrolable, de suene que «el cielo» esté en manos de los jerarcas?



Probablemente eso sería entender lo que haya dicho Jesús de una manera tan horripilante, como los apuntes del Leví Mateo de Bulgakov.

En el Evangelio de Mateo, esas mismas palabras son dirigidas primero en singular a Pedro (lo que ates y lo que desates) y luego en plural a la comunidad de los fieles (lo que atéis y lo que desatéis).

El espíritu del Evangelio de Mateo está tan lejos del autoritarismo, que es este Evangelio el único, entre los cuatro, que ha conservado estas palabras, puestas en labios de Jesús:

«Vosotros, por vuestra parte, no os hagáis llamar «Maestro mío», porque vosotros no tenéis más que un solo Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis a nadie «Padre» vuestro en la tierra, porque no tenéis más Padre que el del cielo. Ni os hagáis llamar tampoco «Dirigentes», porque el único que os dirige es Cristo» (Mateo, 23, 8-10).

[66] En estas palabras hay una reafirmación de lo que había previsto siglos antes el profeta Ezequiel: Yahve Dios se ha cansado de los pastores de Israel, porque en vez de apacentar a las ovejas se apacientan a sí mismos y las tratan con violencia y con dureza. Ahora no va a haber más pastor que El. Enviará al Cristo. El Cristo será pastor y dirigente. Y sólo El. Yahve Dios estará con su pueblo (*Ezequiel, capítulo 34*).

También en el Evangelio de Juan hay una referencia a este texto profético. El buen pastor es Jesús. Él sólo. Cualquier otro ha de entrar por El, que es la puerta. Y no hay pastores humanos establecidos por Jesús jurídicamente con poderes absolutos, incondicionados e incontrolables sobre la tierra, como señores de horca y cuchillo, aunque a éste se le llamase púdicamente «espiritual».

No tengo el menor interés en negar que en la iglesia hay y debe haber ministerios cualificados. Y que ciertos ministerios tienen una peculiar autoridad. Y que el ministerio del papa de Roma sea el más cualificado y su autoridad la más singular.

Pero es verdad, a la vez, que en la iglesia, cuando se llega al punto de la autoridad, todo resulta paradójico. Lo que de autoridad pueda venir de Jesús mismo, para dominar, resulta insuficiente. Para servir, puede estar bien.

Tomarse en «serio» la autoridad jerárquica en la iglesia, y quererla constituir jurídicamente como un poder absoluto, es empresa perdida.

Quizá la única manera de acercarse a una comprensión de la autoridad en la iglesia, sea sustituir la categoría de la «seriedad» por una categoría muy profunda de «humor», que sea una quintaesencia de la caridad.

Los doce se tomaban en «serio» lo de la autoridad, y discutían sobre su naturaleza y sus límites.

Jesús, en vez de aclarar las cosas en «serio», contestó sólo con una divina paradoja.

Esto lo cuenta, mejor que nadie, Marcos: [67]

«Llegaron a Cafarnaún, y estando ya en casa, Jesús les preguntó: —¿De qué discutíais por el camino?

Ellos se callaron, pues lo que habían estado discutiendo por el camino, era que quién era el mayor.

Entonces se sentó, llamó a los doce, y les dijo: —Si uno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el esclavo de todos.

Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo estrechó en sus brazos y les dijo: —El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino a aquel que me envió.

Juan le dijo: —Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y que no es de nuestro grupo, y hemos procurado impedirselo por no ser de nuestro grupo.

Pero Jesús dijo: —No se lo impidáis, porque no hay ninguno que obre un milagro invocando mi nombre y enseguida se ponga a hablar mal de mí. Los que no están contra nosotros, están por nosotros» (*Marcos, 9, 33-40*).

Así dejó Jesús las cosas. Y para que pudiéramos ir adelante, en vez de una organización muy sólida, con poderes de hierro, nos prometió el Espíritu.

Sospecho que habrá que reconocer que Jesús era poco «serio».



EL ESPIRITU SOBRE LAS AGUAS

Hay una preocupación por la situación de crisis en que se encuentra la iglesia.

Estudian los sociólogos. Los teólogos desconfían, a veces, de los sociólogos. Desconfían más cuanto peores teólogos son. Los obispos, con cierta frecuencia, desconfían de los sociólogos y también de los teólogos.

Voy a tratar de hacer una aportación sin pretensiones. Una teoría humorista de la crisis de la iglesia. Si se la toma como lo que es, una modesta aportación, a lo mejor sirve para algo. Por lo menos para los sociólogos, para los teólogos que no desconfían de los sociólogos y para los obispos que no son incapaces de humor. (Últimamente hubo uno admirable que se llamó Angel Roncalli y, como papa de Roma, Juan XXIII).

Lo que pasa, quizá, es que Jesús, para que la iglesia fuera adelante, confió la cosa al Espíritu Santo. Pero además hizo Cosas (como elegir a los doce y distinguir a Pedro), y dijo [70] cosas, que dieron lugar ineluctablemente a que en la iglesia se constituyeran «ministerios» y a que ciertos ministerios tuvieran una autoridad pastoral.

Así las cosas, para que la iglesia marche sin demasiados atascos, es necesario que los «ministros autorizados» y el Espíritu Santo vayan bastante al unísono. Si no van, serán los

«ministros autorizados» quienes salgan perdiendo. Porque el Espíritu Santo no pierde nunca, aunque juega de una manera tan extraña y para nosotros tan incógnita, que parece que pierde siempre.

Yo creo humorosamente que los «ministros autorizados» no se entienden ni pío con el Espíritu Santo, y que ésta es la raíz del lío en que se mueve la iglesia.

Y la cuestión es una cuestión de «humor». Así como suena.

Porque, creo yo, que los «ministros autorizados», con excepciones admirables, pero muy contadas, son personas sin «humor». Es más, y aquí está el quid de la cuestión, son gente que se creen de buena fe que ser «ministro autorizado» es una cosa muy «seria» e incompatible con el «humor».

Ahora bien, si en la misteriosa esfera de lo divino hay algo antitético de la «seriedad», es precisamente el Espíritu Santo.

El Espíritu es como el poeta de la trinidad divina. Ya Jesús bendito, en su vida mortal, fue muy poco «serio». Y según los Evangelios, sobre todo el de Lucas, la culpa la tenía el Espíritu Santo, que le estaba siempre llevando por donde quería.

La teología más tradicional distinguía entre las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo. Ambas cosas eran sobrenaturales y gratuitas. Pero las virtudes se suponía que procedían con cierta lógica. Mientras que los dones eran lo absolutamente imprevisible, la corazonada poética, el salto de la vida.

La obra del Espíritu Santo puede ser trágica o humoroso, pero nunca «seria».

[71] Pero entonces empieza a verse más clara la raíz de la crisis en que la iglesia se debate.

Porque la condición de buena salud en el caminar eclesial sería un cierto paso unísono entre el Espíritu y los «ministros autorizados». Pero si los «ministros autorizados» son incapaces de «humor» y el Espíritu Santo es incapaz de «seriedad», la marcha concorde es imposible. Y esto es lo que pasa.

Pero todavía hay más. Porque los «ministros autorizados» están de acuerdo en que ellos y el Espíritu Santo han de caminar al unísono. Pero están empeñados en que son ellos los que tienen que marcar el paso. Y éste es el error fundamental.

Según muchos de ellos, aunque quizá ni ellos mismos se atreverían a decirlo (ni siquiera a pensarlo) tan crudamente, el Espíritu Santo los ha puesto a regir las iglesias y, una vez hecho esto, ya el Espíritu Santo tiene que acomodarse a lo que ellos piensen y decidan, porque la autoridad (la «jurisdicción») la tienen ellos, no el Espíritu Santo. Y, como su jurisdicción viene de Dios, es sobrenatural. Y, como es sobrenatural, el Espíritu Santo tiene que estar siempre detrás de ella. Por eso los «ministros autorizados» tienden a opinar que ellos tienen el monopolio del Espíritu Santo, y que nosotros, las simples ovejas, podemos sí tener al Espíritu Santo, pero sólo con la condición de que sirva para hacernos decir amén a todo lo que quieran los «ministros». Porque nuestro Espíritu Santo lo administran ellos.

Esta situación se podría expresar en una parábola humorística.

Los «ministros autorizados» se creen que ellos llevan la paloma del Espíritu encerrada en una jaula de oro, que es la «sacra potestad», a la que tiene que someterse Dios mismo, porque, al instituir esos «poderes», se ha cogido los dedos.

Entonces los «ministros», quizá muchas veces de buena fe, van por esos mundos con su jaulita de oro en la mano, un poco como el zahorí va con la varita, para decirnos dónde está el

agua.

[72] Pero resulta que la jaulita tiene la puertecilla abierta, y la paloma no está allí. Ha volado.

Porque el Espíritu Santo sirve para cualquier cosa, menos para encerrarlo en una jaula. Aunque la jaula sea de oro.

El Espíritu (el «soplo de Dios»), como el viento, sopla donde quiere. Esto dice Jesús en el Evangelio de Juan.

Y así nuestros zahoríes eclesiásticos, buscando con su jaulita vacía dónde está el agua, no dan en el clavo ni por casualidad.

Con esto en la iglesia se organiza un lío y hay unos conflictos de miedo.

Pero ¿habrá que desesperar?

¿Nos ha abandonado del todo el Espíritu? ¿Se marchó para siempre la paloma?

Una respuesta de esperanza la encuentro en la primera página del Génesis. Es el comienzo de la Biblia. Allí se dice que, en el principio, *«la tierra era algo caótico y vacío, y tinieblas se espesaban sobre aquel abismo, pero el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas»*.

Esta es quizá la situación actual de los cristianos.

Todos deberíamos levantar los ojos por encima de la confusión, en acecho del batir del Espíritu.

También los «ministros autorizados». Nada de hacer el zahorí con una jaula de oro vacía. Atalayar con los demás, para oír, si es posible, por dónde sopla el Espíritu.

Porque, en la iglesia, con perdón de don José María Escrivá de Balaguer, todos somos clase de tropa.



LAS LLAVES DE PEDRO

En el Evangelio de San Mateo se lee que un día Jesús le dijo a Pedro: «*Te daré las llaves del reino de los cielos*».

Creo que sería tarea imposible demostrar con certeza histórica que esas palabras fueron realmente dichas así por Jesús mismo, y que no son más bien una interpretación de la comunidad en que se escribe ese Evangelio.

Pero si alguno se empeñase en que Jesús dijo eso, yo le haría observar que, si de verdad Jesús habló así, no pudo hacerlo totalmente en serio. Porque al reino de Dios no le pueden poner cerraduras y llaves.

Y todavía resultaría más evidente, si cabe, que Pedro no se tomó demasiado en serio esas palabras.

Porque Pedro procedió siempre con una ausencia de autoritarismo, con una conciencia de no tener en la mano las llaves de nada, que saltan a la vista. El, que le había oído a Jesús decirles que no llevasen ni siquiera un poco de calderilla en la faja (*Marcos, 6, 8*), ¿cómo iba a pensar en llevarse unas llaves del cielo?

[74] Ya me he referido en estas páginas al encuentro de Pablo con Pedro en Antioquía, y a la actitud puramente fraterna de Pedro en tal ocasión. El que alzó el gallo fue Pablo. Tanto es así, que, aunque la razón la tenía Pablo, a uno le resulta más simpático Pedro, precisamente por la desarmante humildad que creemos adivinar en él.

Pero hay otro episodio, que nos refiere el libro «*Hechos de los apóstoles*», y que resulta aun más revelador.

Estaba Pedro en Jafa y vienen a buscarle dos criados y un soldado de un centurión de la cohorte itálica, que se llamaba Camello, adepto a la religión judía, pero incircunciso. El Espíritu le inspira a Pedro que no se niegue a acompañarlos. Pedro invita a entrar en su casa a los mensajeros y al día siguiente marcha con ellos a Cesarea. Allí entra en casa de Cornelio y empieza a hablarles de Jesús. Mientras Pedro estaba todavía hablando, el Espíritu vino sobre los gentiles que estaban escuchando, con las mismas manifestaciones con que había venido sobre los primeros cristianos procedentes del judaísmo. Entonces Pedro dijo: «¿Se puede negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?». Y mandó bautizarlos en nombre de Jesucristo.

Pero, cuando Pedro regresó a Jerusalén, los que pensaban que para incorporarse al cristianismo bautizándose, era necesario previamente incorporarse a Israel por la circuncisión, se echaron encima de él, probablemente con la violencia que les caracterizaba, según nos dice Pablo.

Es instructiva la actitud de Pedro. Para nada apeló a su autoridad o al ejercicio de las llaves. Se limitó a contar los hechos por su orden, empezando desde el principio. Y terminó su narración en estos términos:

«En cuanto empecé a hablar, les cayó encima el Espíritu Santo, igual que pasó con nosotros al principio, y me acordé de lo que había dicho el Señor: 'Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu [75] Santo'. Pues si Dios quiso darles a ellos el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder impedirselo a Dios?» (Hechos, 11, 15-17).

El que tiene llaves de verdad es Jesús. Esto lo dice el Apocalipsis, poniéndolo en boca del resucitado:

«No temas, yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero como ves estoy vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del abismo» (Apocalipsis, 1, 17-18).

Y lo repite luego, tomándolo del profeta Isaías: Jesús es «el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, cierra -y nadie abre» (Apocalipsis, 3, 7).

Lo de las llaves de Pedro tiene también (¡qué duda cabe!) su sentido. Pero hay que tomárselo con un poco de «humor». Lo malo fue que, andando el tiempo, los interesados empezaron a revestir aquello de un «seriedad» imponente. Incluso jurídica. Y fueron sacando consecuencias alucinantes.

Por ejemplo, Gregorio VII, en el año 1075, publica un «Dictatus Papae», (algo así como «dictadura del papa»), en que se dicen estas enormidades: «Sólo el romano pontífice puede usar las insignias imperiales»; «únicamente del papa besan los pies todos los príncipes»; «a él le compete deponer a los emperadores»; «su sentencia no debe ser reformada por nadie y él puede reformar las de todos»; «puede librar de la fidelidad a los súbditos de los injustos».

Esto parece una rueda de fuegos artificiales. Es indiscutible que ante semejante idea de las «llaves», Pedro se habría horrorizado. Más que el Jesús de Bulgakov ante la transcripción que hacía Leví Mateo de sus dichos sobre un pergamino de cabra.

[76] No está mal insistir en que, al fin y al cabo, según el Evangelio de San Mateo, Jesús promete a Pedro las llaves. Pero se podría completar esto, humorosamente, con la narración que hace el Evangelio de San Juan de la primera aparición a los discípulos, en Jerusalén, al anochecer del domingo de resurrección. Pedro y los demás estaban en una casa con las puertas atrancadas

por miedo a los judíos. Y Jesús entró y salió sin preocuparse de puertas, de llaves ni de trancas.

Si un sucesor de Pedro, a través de la historia, cierra indebidamente con su llave (a lo mejor por miedo), Jesús entrará y saldrá cuando quiera, se pondrá en medio de la gente, y les dirá otra vez: «Paz con vosotros».

Igual que aquel primer día, en que *«los discípulos se alegraron mucho de ver al Señor»* (Juan, 20, 19-20).





PEDRO, LOS PAPAS Y EL VATICANO

Un día Pío XII tuvo la audacia de disponer que se hicieran unas excavaciones arqueológicas en toda regla, debajo del altar mayor (o papal o de la confesión) de la basílica de San Pedro en el Vaticano. Se trataba de ver si estaba debajo el sepulcro de Pedro.

Las excavaciones se hicieron con rigor.

Debajo de la inmensa cúpula de Miguel Angel se encontraron cinco altares, dispuestos uno debajo de otro en la vertical del centro de la cúpula.

Y debajo de la cúpula y de los cinco altares estaba, sin lugar a dudas, el sepulcro de Pedro.

Era un sepulcro de esclavo, sin monumento alguno, situado en la parte de la necrópolis destinada a los extranjeros. Casi la fosa común.

[78] El sepulcro era sólo un huequecito excavado en el suelo y malamente cubierto por unas tejas.

Pero el sepulcro estaba vacío. He oído que se encontraron un hueso de una vieja o también algunos huesecillos de animales.

Pero los restos de Pedro no estaban allí.

¿Qué había pasado?

A mí la primera explicación que se me ocurre es que, cuando le pusieron encima cinco altares, uno sobre otro, y una inmensa cúpula, Pedro se sintió incómodo y se marchó.

Naturalmente esta hipótesis es puramente humorística. Pero quizá por vía paradójica nos revela algo muy verdadero.

Esto mismo lo ha intuido poéticamente mi amigo Rafael Alberti.

En su libro de versos *«Roma, peligro para caminantes.»*, editado en México por la editorial Joaquín Mortiz, hay un pequeño y admirable poema: *«Basílica de San Pedro»* en que con «ángel» y con clarividencia nos describe el talante de Pedro.

El poemita se refiere a una estatua de bronce situada a la derecha de la nave central, casi en el ángulo del crucero, si no recuerdo mal. Posiblemente fue originariamente una estatua que quería representar a Bonifacio VIII en figura de Pedro, porque los papas medievales más que sucesores de Pedro tendían a considerarse una especie de reencarnación de Pedro mismo. Sea de ello lo que quiera, hoy esa estatua broncea viene considerada como una imagen que representa a Pedro. Tiene un pie ligeramente adelantado y el bronce está allí algo desgastado, porque durante siglos los fieles han estado besando ese pie.

El poema de Alberti dice así:

[79]

«Di, Jesucristo, ¿por qué
me besan tanto los pies?
Soy San Pedro aquí sentado,
en bronce inmovilizado,
no puedo mirar de lado
ni pegar un puntapié,
pues tengo los pies gastados,
como ves.
Haz un milagro, Señor.
Déjame bajar al río,
volver a ser pescador,
que es lo mío».



Mi hipótesis humorística sería que el Señor hizo el milagro que Pedro le pedía, y le permitió salir del Vaticano, donde se sentía prisionero, y marcharse río abajo.

La hipótesis es significativa. Pero naturalmente no es una hipótesis histórica.

¿Qué pudo pasar en la realidad histórica con los restos mortales de Pedro?

Esto no tiene ninguna importancia ni para la teología en broma ni para la teología en serio.

Simplemente, para no defraudar la curiosidad de quien esté leyendo este librito, diré lo que sé, sin demasiadas pretensiones de exactitud.

Cerca del sepulcro de Pedro hay un muro de contención, que las arqueólogos investigadores denominaron el muro rojo, y que creo formaba parte de los elementos constructivos que los arquitectos del emperador Constantino pusieron en obra, para poder construir la basílica sobre el sepulcro, dejando a éste intacto. Creo que fue en este muro (o si no, sería en algún otro del entorno), donde una profesora de epigrafía de [80] Roma observó que había un hueco destapado y vacío. Y cerca de aquel hueco había una inscripción incisa en el muro, que decía algo así como: «Aquí está Pedro». Intrigada la profesora, le preguntó a uno de los obreros permanentes,

encargados de la conservación del edificio: —¿Había algo en aquel hueco del muro?—. El obrero le dijo que se habían encontrado allí, al tiempo de las excavaciones, unos huesos. Pero que el canónigo de la Basílica Vaticana que tenía la responsabilidad de la conservación del edificio, cuando se habían retirado los señores de la comisión investigadora, había mandado recogerlos, meterlos en una caja de madera, y guardarlos en un armario de la sacristía. Venga conmigo —le dijo el obrero a la profesora— y yo se los enseñaré ahora mismo, si usted quiere. (Repito que estoy hablando de memoria, pero creo que las cosas fueron poco más o menos así).

Los huesos eran aproximadamente del tiempo de Pedro y eran de un individuo humano de sexo masculino. Además se encontraron entremezcladas con ellos briznas de hilo, que podrían ser restos de un paria de púrpura en que los huesos hubieran estado envueltos.

La profesora considera cierto que se trata de los restos mortales de Pedro. Supone que, al ir a construir la basílica primitiva, los arquitectos de Constantino, por una parte, dejaron intacto el sepulcro, pero, por otra parte, dadas las pocas garantías que éste ofrecía para la conservación de los restos, sobre todo a causa de la humedad, habrían pensado dejar los restos en el pequeño nicho del muro, y habrían hecho la inscripción «aquí está Pedro»., que tiene más o menos el aspecto de las que los enamorados hacen en la corteza de un árbol o en la pared de una cueva.

He oído a algunos arqueólogos, que no se muestran tan convencidos de que aquéllos sean los huesos de Pedro. El Vaticano les ha dado oficialmente la categoría de reliquias del mismo.

Si realmente lo son, es una especie de humorada incons- [81] ciente, que el canónigo vaticano conservador de la basílica los haya arrumbado, como un traste, en un viejo armario de la sacristía, sin decir nada a nadie, y que hayan estado a pique de ir a parar a la basura.

Habría sido un modo de salir Pedro de la prisión vaticana. Pero menos poético y milagroso que el imaginado por el poeta Alberti.

* * *

Los papas son sucesores de un primer papa que no existió. Esta afirmación, extraordinariamente humorosa y paradójica, no es un juego de ingenio humorístico, sino muy probablemente una realidad histórica. Esto la carga mucho más de «humor». Es el humor de la realidad y, en último término, el humor de Yahve Dios.

Porque para mí (que creo en Jesús y permanezco consciente y voluntariamente en la iglesia católica romana, sostenido por mi fe en Jesús), no se trata de negar que el papa tenga un ministerio cualificado específico, referido a la universalidad de la iglesia. Ni de negar que les fieles debamos estar abiertos con gran amor y sincero respeto al servido que ese ministerio pueda aportar a nuestra fe. Ni de negar que el papa, en razón de su ministerio cualificado, tenga una autoridad pastoral que no se confunde con la de los otros obispos. De esa autoridad debemos hacer caso con aprecio, evitando caer en un talante de insubordinación.

Pero sí se trata de no convertir esas cosas, que sinceramente admitimos los católicos, en mitologías que apoyen un autoritarismo del que Pedro no tuvo el menor vislumbre, y que vengan a quitar a los fieles la libertad para la que Cristo los liberó, como les dice Pablo enérgicamente a los cristianos de Galacia (*Gálatas*, 5, 1).

Parece históricamente cierto que la dirección pastoral de las iglesias (el «ministerio») fue siempre colegial durante el [82] siglo I. La primera manifestación de episcopado «monárquico» se encuentra en Ignacio de Antioquía, a fines del siglo. Pero en Roma hasta el siglo II no hubo

episcopado «monárquico».

Clemente romano, que escribe a los fieles de Corinto, para ayudarles a superar sus disensiones, es con toda probabilidad el secretario de un presbiterado colegial de la iglesia romana, encargado de las relaciones con las demás iglesias.

La carta de Clemente nos revela que, ya entonces, la iglesia de Roma sentía una cierta responsabilidad respecto a las otras iglesias, y que éstas reconocían una relación peculiar con Roma, que había sustituido a la que en tiempo de Pablo mediaba entre las iglesias fundadas por éste y la iglesia madre de Jerusalén. Pero en Roma, por entonces, no había aún episcopado monárquico. No había por tanto «papa».

De aquí que la humorada de que los papas son sucesores de un primer papa que no existió, sea una humorada de la historia y, consiguientemente de Jesús, a quien los creyentes consideramos Señor de la historia.

Que el ministerio de los papas les venga de algún modo de Jesús, y sea una cierta perpetuación de lo que Pedro significó en la primera comunidad, es una cosa.

Que Jesús se haya sentado alguna vez en una asamblea constituyente, para declarar que Pedro ha de tener sucesores monárquicos con derecho de horca y cuchillo celestial, sería otra.

La primera es, para el creyente católico, una verdad teológica importante, de contornos algo imprecisos, y que pertenece al ámbito del misterio de salvación.

La segunda sería mitología barata.

Esta mitología Yahve Dios la ha excluido, al dejar que no haya habido primeros papas, y que los papas sucesivos sean los sucesores de un primer papa que no existió.

Los papas están llamados, a través de la historia, a *cum- [83] plir* un ministerio que tenga analogía con el de Pedro. Y esto es muy bueno para la iglesia.

Pero un ministerio «análogo al de Pedro» es inconcebible como ejercicio de un «poder monárquico absoluto». Porque es enteramente cierto que el pescador de Galilea jamás tuvo conciencia de ser «monarca» absoluto de la iglesia.

Dios sea bendito por ello.



DERECHO CANONICO

La crisis de la iglesia se manifiesta de forma peculiar en la crisis del derecho canónico.

Hoy en la iglesia se vive en una anarquía total, que es desde luego, para ella, mucho mejor que el legalismo, pero que quizá tampoco constituya un ideal.

Pero a la anarquía (en parte saludable, en parte divertida, en parte inconveniente), se ha llegado a partir del abuso legalista (absolutamente inadmisibile).

Porque la iglesia es completamente distinta de la sociedad civil. O debería serlo.

La sociedad civil es algo muy estructurado por la norma jurídica. Sobre todo en la tradición

del estado liberal-burgués.

[86] En cambio la iglesia, si no traiciona su propia naturaleza, es ante todo una comunidad espiritual. O quizá todavía más radicalmente una «comunidad» de fe y de amor.

Ni siquiera se puede decir que la iglesia sea una sociedad. Es algo social, con elementos de sociedad, pero en sí es más (o menos, según por donde se mire), que una «sociedad» jurídicamente constituida. Es, en su núcleo más íntimo, comunidad y comunión. No es ley, sino amor y libertad.

Se parece más a los novios, todavía no encuadrados en tramas jurídicas, que a los casados, uncidos con una coyunda legal.

Claro que, como decía un jurista alemán lleno de humanidad, el llamado «derecho de familia» es algo superparadójico, porque en la vida de familia, cuando hay que empezar a acordarse del derecho, y a ir a jueces y abogados, se puede decir que la familia ha terminado.

Por eso, el ideal es que los casados sean como eternos novios, y no tengan ni que pensar en sus coyundas jurídicas. Que hagan lo que pide la ley en plenitud de libertad.

Algo así debería ser la iglesia.

Un poco de derecho hace falta. Pero un mínimo. Algo que permita casi olvidarse de que existe.

Y, en cambio de esto, ¡qué osamenta jurídica hemos montado o nos han montado!

Hasta que los católicos han dicho «basta», y se ha puesto cada uno a hacer lo que le da la gana.

Esta situación la exponía yo en mis clases de introducción al derecho con una alegoría expresiva.

Para la iglesia lo jurídico no es columna vertebral, ni siquiera instrumento primario. Es una herramienta ligera, para ser usada sobriamente. Y no debe pretender cubrirlo todo.

Podemos, pues, decir, con notable analogía, que la iglesia necesitaba una minifalda jurídica.

En vez de eso, los «jerarcas» le han confeccionado, a través de los tiempos, un guardainfantes inmenso, como los de las [87] damas y las meninas de Velázquez. Un tremendo polisón jurídico, que no es, ¡ay!, el polisón de nardos, con que Federico García Lorca veía correr a la luna, sino un polisón de acero, en el que dama iglesia apenas podía moverse.

Entonces viene la juventud eclesial, que quiere estirar las eclesiales piernas y bailar «espirituales» negros, y tropezando con el guardainfantes, se enfada y propugna el *strip-tease* jurídico absoluto.

Y esto tampoco es bueno, porque algo de orden jurídico no le iría mal a la iglesia.

Lo urgente sería cortar y confeccionar a toda prisa la bella y funcional minifalda jurídica, con la que la iglesia pudiera realzar los encantos de su realidad viva.

Pero, desgraciadamente, la *haute couture* vaticana sigue completamente *demodé*.

* * *

Dio que hablar el proyecto de una ley fundamental de la iglesia.

Lo malo del caso es que, lo que muchos pretendían era hacer una constitución jurídica, en que se expresase lo que en la iglesia es de derecho constitucional divino.

Si uno es un poco teólogo en broma, como debe ser la buena teología, y un poco jurista en serio, como debe serlo el derecho (y no siempre lo es el derecho canónico), el proyecto de constitución (jurídica) divina de la iglesia no puede menos de producir una carcajada, más regocijada que amarga.

Porque el fundador de la iglesia, según la teología más tradicionalmente ortodoxa, es exclusivamente Jesús de Nazaret.

Ahora bien, Jesús de Nazaret fue una personalidad de tal manera antitética de lo jurídico, que es imposible pensar, ni en serio ni en broma, que El hiciera un acto jurídico constituyente. Esto, repito, no se puede pensar ni en serio ni en broma. Sólo se podría pensar en estúpido. Lo digo pidiendo todos los perdones que haya que pedir.

[88] Tan es así, que, cuando yo estudiaba teología hace treinta y cuatro años, había una cierta tendencia a suponer que los actos constitutivamente jurisdiccionales, los habría hecho Jesús después de la resurrección, en sus apariciones a los discípulos.

Esto es todavía más pintoresco.

Porque las apariciones de Jesús eran experiencias de fe indescriptibles, en que la honrada seriedad de una institucionalización jurídica tenía menos que hacer que los perros en misa.

Si algo hay en la iglesia que viene de Cristo mismo directamente, eso ciertamente no es de tipo jurídico.

Y yo creo que hay algo.

Quizá se podría decir que la relación entre lo que Jesús constituyó y lo que pueda haber en la iglesia de institución jurídica, sea análoga a la que se pueda establecer entre el mal llamado «derecho natural» y el «derecho positivo» (o «derecho» a secas), en el orden civil.

Yo decía siempre en mis clases de introducción al derecho que, si no queremos adscribirnos a un positivismo jurídico radical, que no convence a muchos buenos juristas, tenemos que admitir la existencia del «derecho natural», como decía una tesis de los manuales de ética escolástica en latín. Pero a condición de entender muy bien que el «derecho natural» no es ni «derecho» ni «natural».

Hay algunos presupuestos ético-sociales, que son de algún modo condicionantes y fundantes del orden jurídico. Pero ellos no son jurídicos. Son de otro orden.

Semejantemente, Jesús no ha hecho nada que sea «derecho». Pero ha hecho y dicho cosas que condicionan la ordenación jurídica que la iglesia pueda darse.

Y la primera condición que crean es que, en una forma o en otra, según las modas de los tiempos, la verte jurídico-canónica no pase de «minifalda».

* * *

[89] La manía de exagerar lo jurídico en la iglesia llevó al Concilio Vaticano primero, ciertamente bajo una presión indebida del papa Pío IX, a definir dogmáticamente el primado del papa en términos jurisdiccionales.

Esto conduce a una paradoja que expresaba muy bien uno de los más grandes teólogos contemporáneos. Un teólogo que no puede ser considerado extremista, pero que es extraordinariamente inteligente.

En una entrevista concedida a una revista alemana, el entrevistador le preguntaba, poco más

o menos:

—¿Qué hubiera pensado Jesús de Nazaret, si le hubieran propuesto la definición del primado papal del Concilio Vaticano primero?

El gran teólogo contestaba casi literalmente esto:

—Jesús, en su conciencia humana empírico-fenoménica, no hubiera entendido absolutamente nada.

Magnífica respuesta, llena de precisión teológica.

Ahora bien, una definición dogmática tan ajena en su conceptualización a la mente de Jesús, como definición dogmática, es máximamente imperfecta. Lo cual no quiere decir que sea pura y simplemente falsa. Es muy imperfecta. Por eso habrá que relativizarla bastante. Ir a buscar el meollo de verdad que en ella hay.

En esta retraducción, para acercarse a expresar menos inadecuadamente lo que el papa tiene como sucesión de Pedro, proveniente de Cristo, habrá que dejar muy de lado lo jurídico institucional.

Quizá no pueda caber aquí ni la minifalda.

Puede que la verdad evangélica de la función de los papas haya que buscarla con un *strip-tease* jurídico absoluto.

Lo cual no significa que no pueda haber luego ciertas instituciones jurídicas, que se establezcan al servicio de una buena relación de papas, obispos y fieles. Pero nada de «derecho» divino.

Y un derecho canónico humano, si fuera a la vez buen [90] «derecho» y permeado de evangelio, debería tender a garantizar la justa libertad, más que a reforzar ilimitadamente la autoridad.

Porque la autoridad pastoral, según el evangelio, es tan especial («ser el menor», «servir»), que no parece necesitar de un potentísimo refuerzo jurídico.





LA IDOLATRIA DE LA OBEDIENCIA

Estaba yo en Barcelona, donde había terminado un curso breve de pensamiento social cristiano, cuando dos días antes de mi previsto regreso a Roma, recibo la llamada telefónica de un cardenal de la iglesia romana. Me llamaba desde Madrid. Me dijo que en el Concilio (Vaticano segundo) habían acordado la constitución de cinco subcomisiones para preparar unos anexos al Esquema trece; que él era miembro de una de las subcomisiones; que cada obispo miembro había tenido que nombrar un experto, y que él me había nombrado a mí, contando con mi benévola aquiescencia. Me rogaba que pasara por Madrid en mi regreso a Roma, para tener conmigo un cambio de impresiones.

Fui a Madrid. El cardenal habitaba en un centro superior de estudios. El subdirector del centro me esperaba en el aeropuerto. Me condujo a la presencia del cardenal, que me habló durante unas dos horas, no sólo de los trabajos de la subcomisión, sino de recuerdos y experiencias de tipo político-social.

Dormí en la residencia de profesores de aquel centro.

A la mañana siguiente, bajé a desayunar al comedor de profesores. En el extremo de una larga mesa, estaba el cardenal, preparando una homilía que iba a pronunciar en la misa dominical que celebraba en el atrio de aquel instituto, para los universitarios de una serie de colegios mayores.

[92] Yo me puse a desayunar en silencio, para no perturbar el trabajo del cardenal.

De repente, cuando estaba yo mojando una galleta en el café con leche (costumbre inaceptable para los anglosajones, —que por lo demás toman té—, pero tolerable en los pueblos latinos), me sobresaltó una potente exclamación del cardenal:

—¡Qué dicha tienen ustedes los religiosos con la obediencia!

Confieso que le miré, ligeramente desconcertado y un poco divertido.

Cuando el cardenal me dirigía esas palabras entusiastas, creo que llevaba yo treinta y tres años de vida religiosa. En ella había tenido una experiencia de la práctica de la obediencia, que en ningún modo consideraba negativa, pero que tampoco me parecía justificar un júbilo tan extemporáneo.

Quizá ante mi falta de reacción, el cardenal continuó:

—Sí, mire usted, porque los religiosos con la obediencia tienen resueltos todos los problemas.

—Verá: cuando yo era joven, me hicieron aceptar la dirección del periódico X. Yo comencé con entusiasmo, pero, al cabo de un año, me sentía muy desanimado.

—Aquello me parecía que no marchaba. Y además, lo que yo consideraba mi vocación eran las cátedras universitarias, concretamente el derecho natural o filosofía del derecho.

—Me dirigí, pues, al señor M (un gran magnate católico de la industria y la finanza), y le expuse mis razones. El señor M me contestó: «Imposible, don A, usted no puede abandonar la dirección del periódico. Vamos inmediatamente a ver a N (otro gran magnate católico, esta vez de la finanza y de la industria, pero el orden de factores no altera el producto)».

—Nos dirigimos a ver al señor N, y yo le expuse mis razones. El señor N me escuchó, y trató por todos los medios de convencerme, para que continuase en el periódico. Pero yo me mostraba irreductible. En un cierto momento, N exclamó: [93] «¡Vamos a proponer el asunto al Nuncio de su Santidad!». (Aquí yo, José María Diez-Alegría, interrumpo el relato de las palabras del cardenal, para decir: ¡qué tendría que ver el nuncio del papa en Madrid con el hecho de que un seglar, mayor de edad y con plena capacidad jurídica de obrar, continuara o no en la dirección de un periódico, perteneciente a una empresa particular! Dicho esto, continúo refiriendo el relato del cardenal).

—Yo —añadió el cardenal— repuse inmediatamente: ¡Eso es otra cosa! Porque a mí, si el nuncio me dice que me quede en la dirección del periódico, se me acaban todas las dificultades.

—Fuimos los tres a ver al nuncio. Primero hablé yo. Luego habló M. Después habló N. Por último, el nuncio me dijo: «Don A, yo creo que debe usted aceptar las razones del señor M y del señor N».

—¡Basta!, dije yo entonces: La cuestión está zanjada. Porque a mí me diría el señor nuncio que me subiera al podio de la orquesta sinfónica nacional, y yo, que no sé distinguir las notas en el pentagrama, me subiría sin vacilar, empuñando la batuta, y la quinta sinfonía de Beethoven saldría mejor dirigida que nunca.

Aquí termina lo que el cardenal me dijo, sentados los dos ante aquella larga mesa de comedor.

Yo no hice comentario alguno. Estaba realmente estupefacto. Por eso nunca se me ha olvidado la escena.

Por una parte, parece evidente que el cardenal hablaba de algún modo en sentido figurado: paradójico.

Pero, por otra parte, aquel cardenal me parece una de las personas menos dotadas para el humor, que he conocido. Era un hombre «serio».

Sus afirmaciones no eran del orden de la humorada, sino del esperpento.

Por esta vía, nos ponen de relieve cuán profundas son las [94] aberraciones a las que en materia de obediencia puede llegar el mundo católico.

La concepción real, práctica (si no teórica), es que por el evangelio hay que aceptar una obediencia por la que se debe estar dispuesto a sacrificar el evangelio. Porque obedecer a los jerarcas o superiores, se convierte en el nuevo «evangelio».

El Nuevo Testamento no presta ningún agarradero a esta barbaridad. En él se habla de «aprecio», «estima» y «amor» a los «encargados» (1 Tesalonicenses, 5, 12); «*estar a disposición*» de los que «*se dedican al servicio de los santos*» (1 Corintios, 16, 16); «*hacer caso*» y «*ser dóciles*» a los «*dirigentes*» (Hebreos, 13, 17). En la segunda carta a los Corintios, habla Pablo de que está dispuesto a castigar toda «*rebeldía*» (o «*desobediencia*»), pero sólo después que sea completa la «*sumisión*» de la comunidad a Cristo, sumisión que Pablo obtiene con las armas del espíritu, es decir, con una fuerza de convicción que viene del «*conocimiento*» de Dios, de la verdad (2 Corintios, 10, 3-6). La carta a Tito habla de «*tapar la boca*» a los «*insubordinados*», «*charlatanes*» «*embaucadores*»; y estos son descritos como los que dan oídos a «*pre-*



[95] *ceptos de hombres que vuelven la espalda a la verdad*» (Tito, 1, 10-14).

En el Nuevo Testamento, la primera y la última palabra es siempre la verdad del evangelio y la fuerza del Espíritu. Nunca un jerarquismo incondicionado y una obediencia ciega.

La dicha de los religiosos no es tan simplista como suponía mi interlocutor cardenalicio. Ni tan esperpéntica.



PUREZA DE INTENCION

San Ignacio de Loyola, en el librito *Ejercicios espirituales*, propone una práctica ascética, a la que llama «examen particular», para corregirse de un defecto concreto. Consiste en hacer tres veces al día propósito de evitar aquella falta, y examinar dos veces al día cuántas veces ha incurrido uno en ella. Para mayor eficacia del método, propone Ignacio que se lleve cuenta, día por día, del número de veces que se ha faltado, para controlar si hay o no progreso.

A Ignacio de Loyola esta práctica se le había revelado muy útil, y la recomienda vivamente. A muchos otros les ha resultado, a través de los tiempos, un tanto engorrosa.

Cuando yo entré en el noviciado de la Compañía de Jesús, el lejano año 1930, practiqué durante un mes los «Ejercicios espirituales». El Padre Maestro de novicios era un hombre inteligente y que tenía sentido común. Había sido abogado en Madrid e ingresado en la Orden de los jesuitas muy pasados los treinta años. El nos explicaba el libro de los «Ejercicios».

[98] Tratando del «examen particular», nos dijo que San Ignacio había pensado este ejercicio para corregir defectos; que muchos luego lo aplicaban al ejercicio de actos positivos de virtud.

Esto le parecía a nuestro Maestro de novicios bastante inconveniente. Porque los actos de

virtud solían consistir en jaculatorias, actos de presencia de Dios, etc., etc., que habían de repetirse en determinado número y tiempo, por ejemplo, cada cuarto de hora. Ahora bien —decía el Padre Maestro—, si yo me pongo a estudiar un problema de matemáticas, concentrándome en él, es psicológicamente absurdo pretender que cada cuarto de hora me acuerde de que tengo que «echar una jaculatoria». Esto representaría además una especie de preocupación parásita, que causa una fatiga mental nada recomendable.

Las observaciones del Padre Maestro creo que eran razonables. Pero, aparte esto, para un novicio era poco menos que artículo de fe todo lo que el Maestro dijera.

Salí pues del noviciado firmemente convencido de que era absurdo proponerse hacer un acto de pureza de intención cada cuarto de hora, a través de la jornada. Ciertamente, era un convencimiento saludable.

Una vez pronunciados los votos simples de los religiosos escolares, uno salía del noviciado y era ya un religioso, llamado «junior», es decir, joven principiante.

Los «juniores» no estaban ya bajo el cuidado del Padre Maestro, sino de un Padre Rector y de un Padre Espiritual, para la dirección de su vida interior. Pero también el Rector intervenía en la dirección de las conciencias junioriles.

El Padre Espiritual que nos había tocado en suerte, era un anciano bondadoso, pero de una ascética demasiado formalista y abstracta. Era como un manual escolástico de ascética y mística metido en una piel humana.

En el primer «coloquio espiritual» que tuve con él, me [99] dijo que de qué materia «llevaba» yo el examen particular. Le contesté que de un defecto.

Entonces él me dijo que los novicios estaban en la «vía purgativa», pero que los juniores estaban ya en la «vía iluminativa», mientras los padres (los sacerdotes) se debía suponer que estaban en la «vía unitiva». Añadió que para el noviciado estaba bien lo del examen particular de defectos, pero los juniores debían hacerlo de virtudes. Concretamente, yo debía empezar a hacer el examen particular de ejercitar, cada cuarto de hora de la jornada, un acto de purificación de la intención: «por ti, Jesús mío», o cosa semejante.

Para mí las palabras del Padre Espiritual fueron como un relámpago en un cielo sereno. Porque, habiéndonos dicho el Maestro de Novicios que lo de la jaculatoria cada cuarto de hora era absurdo y psicológicamente insano, esto era para mí indiscutible. Pero, por otra parte, la «obediencia de juicio» al Padre Espiritual me obligaba a pensar que la propuesta de éste era excelente.

Traté de superar la dificultad, sugiriendo tímidamente al Espiritual que, si yo me encontraba engolfado en el estudio, era psicológicamente imposible que pudiera cada cuarto de hora acordarme de que tenía que hacer el acto de pureza de intención. A esto me respondió el Padre, con una sonrisa desarmante: «haz un pacto con el ángel de la guarda para que te avise» (Por increíble que parezca, no invento nada).

Desde luego, lo del ángel de la guarda, que yo sepa, no funcionaba para nadie. Los pobres juniores se arreglaban como podían. Vivían en camarillas, dentro de las cuales sólo había una cama de hierro, una jofaina, una mesa, una silla y una percha. Eran todas iguales. No obstante, para que el corazón de los juniores no se apegase a la camarilla, de vez en cuando se organizaba un traslado de casa.

Un joven junior, muy ingenuo, se lamentaba un día con un compañero de que su vida

espiritual había sufrido un bache preocupante. La razón era muy sencilla. Había estado viviendo [100] en una camarilla cercana a la puerta del dormitorio. La puerta daba a un rellano de la escalera, en que había un gran reloj que daba los cuartos, las medias y las horas. Este reloj había estado haciendo el «rol» temerariamente asignado por el Padre Espiritual al ángel de la guarda, y el examen particular del buen junior había funcionado de maravilla. Pero, en el último «cambio de camarillas», le había tocado una del fondo del larguísimo dormitorio. Desde allí las campanadas del reloj no se oían, y el examen particular dejó de funcionar.

Pero volvamos a mi angustia. Salí del cuarto del Espiritual lleno de congoja. Porque resultaba imposible tanto desertar de los criterios del Padre Maestro, como desobedecer a los del Espiritual.

Afortunadamente, las ordenanzas de mi orden religiosa me daban una vía de escape.

Porque el Padre Rector tenía también funciones de dirección de conciencia. En el conflicto entre Maestro y Espiritual, el Rector era la instancia adecuada de apelación y solución.

El Padre Rector era por entonces un hombre admirable. Era un navarro alto, extraordinariamente obeso, alegre, muy humano. Solía contar que, cuando joven estudiante jesuita, había sido escrupulosísimo y muy delgado. Un día había caído en la cuenta de que Yahve Dios es un padre, y que toda aquella escrupulera era estúpida. Y había empezado a engordar.

Este Padre Rector, a quien yo quería mucho, era profesor de literatura española y había leído muchísimo, clásico y moderno. También esto le daba una amplitud de espíritu. (Años más tarde, recién terminada la guerra civil de 1936-39, en pleno auge de nacional-catolicismo, un Padre Provincial de campeonato lo destituyó del cargo de profesor de literatura de los juniors, porque les había leído en clase «Fuente Ovejuna» de Lope, cosa que el Provincial consideró peligrosa incitación a la rebeldía).

Fui al buen Rector y le conté mi cuita. El se rió de buena gana. Me dijo, con una pizca de malicia: «Mira, haz el examen [101] particular de purificar la intención al principio de cada una de las ocupaciones, y basta; verás cómo ni eso lograrás hacer siempre; así que no faltará materia para el examen».

Salí tranquilizado y contento.

A los pocos días, tuve que volver a «coloquio espiritual» con el otro Padre.

A las primeras de cambio, me pregunta: «¿Qué tal te va el examen particular?, ¿lo haces de la pureza de intención cada cuarto de hora?». Un poco colorado y balbuciente, le respondí que el Padre Rector me había dicho que él creía que era suficiente hacer el acto de purificación de la intención al principio de cada obra.

Lo que el Padre Espiritual me contestó es increíble, porque estoy casi seguro de que no hablaba en broma. Repito que era una especie de manual escolástico de ascética y mística en figura humana. Y los manuales escolásticos de ascética y mística (en latín) carecían totalmente de cualquier vislumbre de humor.

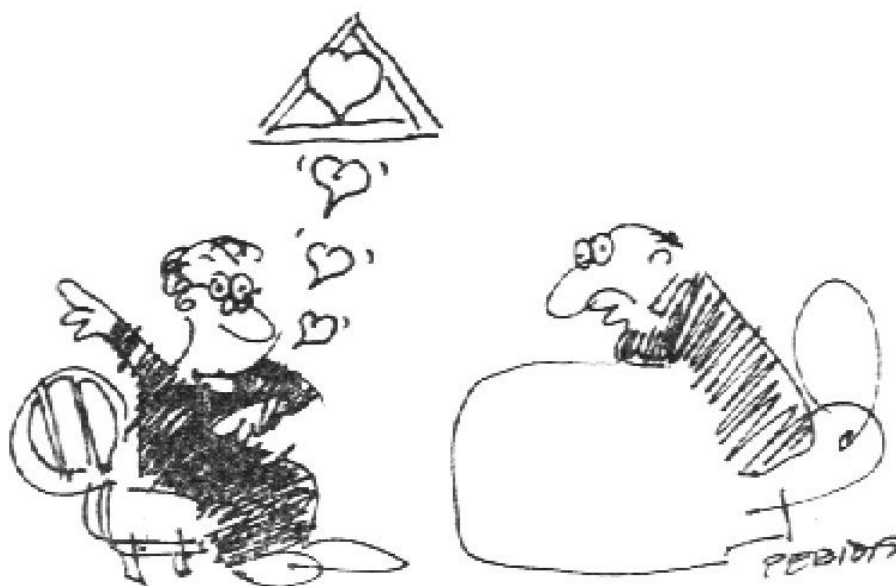
Me dijo, pues, aquel buen Padre: «Mira, hijo, al Padre Rector le corresponde la dirección espiritual de los juniors en las grandes líneas. Pero en las cosas de pormenor la dirección espiritual es competencia mía. Por consiguiente, el Padre Rector tiene gracia de estado para las cosas más generales. Pero para las más cotidianas soy yo el que tiene la gracia de estado. Por consiguiente, en lo del examen particular me tienes que hacer caso a mí».

Salí otra vez preocupado. Me fui al Rector y le conté lo que había pasado, sin el menor vislumbre de chacota por mi parte, pues lo que estaba era angustiado.

En cambio el Rector sí que se puso a reír a carcajadas. Cuando se reía, los ojillos vivos y bondadosos quedaban reducidos a dos rendijas, pero que despedían una luz muy alegre. Después de haberse carcajeado, todavía risueño, me dijo:

[102] —Mira, si el Padre Espiritual te vuelve a preguntar, le respondes esto: «Padre, mi ideal espiritual es no ya hacer un acto de pureza de intención cada cuarto de hora, sino que cada latido de mi corazón sea un acto de amor de Dios».

Yo salí tranquilizado. Y el Padre Espiritual nunca volvió a preguntarme sobre el examen particular.





PABLO Y LA MUJER

A todas mis amigas un poco modernas y promocionadas, como mujeres no esclavas, les cae bastante gordo San Pablo.

Yo trato de convencerlas de que Pablo no es tan antifeminista como parece.

En realidad, si se tiene en cuenta el mundo cultural en que se mueve, hay que decir que su cristianismo más bien le lleva a afirmar la plena igualdad de varón y mujer:

«Ya no hay más judío ni griego, siervo ni libre, varón ni mujer, dado que vosotros hacéis todos uno con Cristo Jesús», les decía a. los cristianos de Galacia, hacia el año 57 de nuestra era (Gálatas, 3, 28).

Cuando, escribiendo a los cristianos de Corinto, probablemente un año antes, les habla de la cuestión de casarse o quedarse solteros, hace la impresión de que exagera un poco las ventajas de la soltería, pero con perfecta igualdad para el hombre y la mujer.

Según San Pablo, tanto la mujer como el varón deben ser libres para casarse con quien quieran o quedarse solteros.

[104] Estas cosas las dice Pablo en el capítulo séptimo de la primera carta a los corintios.

Este capítulo ha sido sacado de quicio en la tradición posterior. El texto de Pablo no dogmatiza lo más mínimo. Habla pragmáticamente y con referencia a su personal experiencia.

Teniendo en cuenta esto último, se podría hacer una hipótesis, que no es más que una hipótesis, pero no es inverosímil. Y resultaría divertida.

Pablo debió de convertirse a Jesús cuando tenía unos veintiséis años. Es por tanto muy posible que estuviera casado. Y es posible que el matrimonio no le hubiera ido como agua de rosas. Si suponemos que fue así, me inclino a pensar que tal vez la culpa fuera más de Pablo que de su mujer. Porque, aunque Pablo era una personalidad grandiosa, realmente, para estar casado con él, puede que resultara un tanto pelmazo.

Haya estado casado o soltero, lo cierto es que, para Pablo, la conversión a Jesús significó un estado de celibato. Estaba de tal manera cogido por su misión, que no hubo para él matrimonio.

Este género de vida, no obstante sus sufrimientos, resultó de una exaltación incomparable. Y además parece haber tenido una experiencia interior muy rica, de tipo místico.

Entonces, para Pablo, comparando su matrimonio (si lo tuvo), con su celibato apostólico, la superioridad de este último era evidente.

Pero no hay que convertir eso en un dogma. San Pablo habla con mucha naturalidad. Parte del hecho de que los ministros eclesiales solían tener una compañera en sus trabajos. Y dice:

«Supongamos que uno con mucha vitalidad piensa que se está propasando con su compañera y que la cosa no tiene remedio; que haga lo que desea, no ha-y pecado en eso, cásense. Otro, en cambio, está firme interior- mente y no siente una compulsión irresistible, sino que [105] tiene libertad para tomar su propia decisión y ha determinado dentro de sí respetar a su compañera; hará perfectamente. En resumen, el que se casa con su compañera hace bien, y el que no se casa, todavía mejor» (1 Corintios, 7, 36-38).

¡Qué lejos está Pablo del lío que han armado en la iglesia católica-romana-latina con el «celibato clerical»!

Todo esto son tantos muy positivos en favor de San Pablo, queridas mujeres contemporáneas.

Pero sí hay un momento, en que el gran apóstol Pablo de Tarso mete la pata sin paliativos.

Es cuando se empeña en que las mujeres, en la asamblea litúrgica, tienen que estar con la cabeza cubierta con un velo. Ahí dice tonterías, y hasta tiene una cierta conciencia de estar diciendo tonterías. Pero no quiere dar su brazo a torcer. Era obstinado.

Para demostrar su tesis, afirma Pablo que el hombre es cabeza de la mujer y que la mujer es reflejo del hombre. Y lo prueba con una cita implícita de aquel pasaje del Génesis, donde se dice que Yahvé Dios formó una mujer de la costilla que había quitado al hombre dormido, rellenando el vacío con carne (*Génesis*, 2, 21-22).

Pero, a continuación, el Pablo cristiano parece sentir confusamente que esa concepción de inferioridad de la mujer es absurda, y añade:

«Sólo que en cristiano ni hay mujer sin el hombre, ni hombre sin la mujer, pues lo mismo que la mujer salió del hombre, también el hombre nace por la mujer, y todo viene de Dios» (1 Corintios, 11, 11-12).

De aquí resulta algo muy curioso. Pablo, como todos los judíos de su tiempo, entendía realísticamente el episodio de la formación de la mujer con la materia de una costilla del hombre.

Hoy sabemos que el relato del Génesis es poético-alegó- [106] rico. Y no pretende significar una superioridad del hombre, sino la profunda identidad de hombre y mujer. Son «una sola carne». Es uno de los textos menos antifeministas que puede haber.

Pablo, pues, da un argumento falso en favor de la superioridad del varón. Y luego, para disminuirlo un poco, da un argumento verdadero de la superioridad de la mujer: «el hombre nace por la mujer».

Podríamos decir, en términos futbolísticos, que Pablo le mete un gol a la mujer a favor del varón, diciendo que la mujer salió de la costilla masculina. Y luego, para no dejar la cosa demasiado mal, le mete un gol al varón en favor de la mujer, diciendo que es el hombre el que nace por la mujer. Y ahora resulta que el primer gol viene anulado por la ciencia bíblica, que nos dice que aquel relato no es «serio» y realístico, sino humoroso y poético (antes de la ciencia, debería haber dicho eso el sentido común. Pero los hombres —varones y mujeres— han tenido tendencia a interpretar la religión como la negación del sentido común).

Por tanto, el razonamiento de Pablo se vuelve contra él. Ninguna inferioridad o subordinación de la mujer al varón.

Los otros argumentos que da Pablo, son de una conmovedora estupidez: dice que llevar la mujer la cabeza descubierta y estar rapada es uno y lo mismo (1 Corintios, 11, 5). Y que la mujer debe llevar en la cabeza una señal de sujeción «por los ángeles» (1 Corintios, 11, 10). ¿Cómo se le pudo ocurrir meter aquí a los ángeles? Si precisamente no creo que haya habido hombre enamorado de veras de una mujer, que no le haya dicho, tarde o temprano: «eres un ángel».

Lo que pasa es que a Pablo se le había metido en la cabeza lo del velo de las mujeres en la asamblea litúrgica, y, como era testarudo y no tenía buenos argumentos para defenderlo, acaba por decir tonterías.

Esto es muy sano. Para que se vea que todos somos hombres. Y que el único que está por encima de todos es Jesús. [107]



Al final Pablo se mete a técnico de modas, y dice: «el pelo largo va bien con un velo» (1 Corintios, 11, 15).

Pero él mismo se da cuenta de que sus razones son de pacotilla. Y corta la discusión con un

poquillo de rabieta infantil: «Y si alguno está dispuesto a discutir, sepa que nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias tampoco» (1 Corintios, 11, 16). Aquí el grande y querido Pablo, a quien tanto debemos los cristianos, (seamos machos o hembras), llega a los linderos de la cara dura. ¡Decir él, que se pasó la vida polemizando con los de Jerusalén, que no tiene la costumbre de discutir!

* * *

Queridas mujeres: no seáis demasiado duras con Pablo. Merece vuestra benevolencia. Fue un apóstol extraordinario, nos enseñó cosas muy profundas. Debéis perdonarle el par de [108] tonterías que dijo respecto a vosotras. Fue más producto del tiempo, que cosa suya.

Pero debéis perdonarle también por otra razón, muy divertida. Porque es el caso, que al terrible Pablo, a quien no pudo doblegar ni Pedro mismo, le hizo bajar la cabeza como un corderito una mujer. Ni más ni menos.

Esto lo cuenta el libro «*Hechos de los Apóstoles*».

Sabemos que Pablo, a diferencia de otros apóstoles, vivía de su trabajo (tejedor de tela para tiendas de campaña), y se gloriaba de esto: no ser sustentado por los fieles, sino por el trabajo de sus manos. Tenía tanto empeño en ello, que llega a decirles a los corintios que más le valdría morir, que renunciar al motivo de orgullo que era para él predicar el evangelio de balde, sin admitir la manutención de los fieles, a la que el predicador tenía derecho.

Bueno, pues este Pablo, noble y apasionado, pero un poco tremendista, humilde de veras, pero convencido de su superioridad y bastante terco; este terrible Pablo fue doblegado por una mujer de Tiatira, domiciliada en Filipos, ciudad de Macedonia, llamada Lidia.

Lo cuenta el autor del libro «*Hechos de los Apóstoles*».

Pablo y sus compañeros habían llegado a Filipos, procedentes de Troas. El primer sábado salieron a las afueras de la ciudad por la orilla del río, al sitio donde los judíos se reunían para hacer oración (donde la colonia judía era poco numerosa y no tenían sinagoga, buscaban sitios adecuados, donde hubiera agua, para poder hacer las abluciones). Allí acudían no sólo judíos, sino también adictos al judaísmo.

Pablo y sus compañeros encontraron un grupo de mujeres, que habían acudido. Trabaron conversación, sin ningún género de misoginia por parte de Pablo. Jamás lo tuvo.

Lidia escuchaba, «y el Señor le abrió el corazón para que hiciera caso a lo que decía Pablo».

[109] Esta Lidia, probablemente viuda, era cabeza de su familia. Comerciante de púrpura. Una mujer promocionada.

Se bautizó con toda su familia.

Les invitó a alojarse en su casa. Sin duda Pablo se resistía, porque no quería vivir a costa de una neófita. Pero Lidia tenía la energía suficiente para no ceder.

El autor del libro indica sobriamente que Lidia dijo: «*Si estáis convencidos de que soy fiel al Señor, venid a hospedaros en mi casa. Y nos obligó a aceptar*» (Hechos, 16, 11-15).

Y Pablo siguió siempre recibiendo ayuda de la comunidad de Filipos, haciendo una excepción en aquella independencia económica de que tanto se gloriaba.

No os enfadéis con Pablo, queridas y maravillosas mujeres. Porque una de vosotras, esta grande Lidia, supo vengarse humanamente y femeninamente: con energía, con ternura y con bondad.





SEXO, MATRIMONIO Y CURAS

El año 1971, un joven escritor romano, *Enrico Rafii*, publicaba su primera novela, «Sposamia», editada en Milán por Bompiani.

Es una novela de un humorismo fino, que me encantó.

Los protagonistas son Tommaso y Alessandra, dos jóvenes esposos, que pasan en un hotel de la Liguria sus primeras horas de casados.

Tommaso es un beatillo, educado religiosa y moralmente por los curas del oratorio, sobre todo por su director espiritual y confesor, Don Vincenzo, hombre bondadoso y humano, pero lleno de prejuicios, de inhibiciones y de ignorancias, que transmite concienzudamente a su pupilo.

Pero Tommaso es un joven simpático, enamorado y con una gran capacidad de pequeños fariseísmos y recovecos mentales, que a él le sirven no para sofocar la humanidad, sino para salvarla, como un pequeño riachuelo, que se abre paso por debajo de una fronda de malezas pseudo-dogmáticas y moralísticas.

Además Tommaso se ha enamorado de Alessandra. Alessandra es una chica encantadora. Nada presumida (no se pin- [112] ta), porque es la negación misma de la coquetería. Hija de un librepensador coherente y honrado, un tanto dogmático de su laicismo garibaldino, ella tiene una gracia, una dignidad y una deliciosamente ingenua altanería, que la hacen despreciar todo lo que huele a cien leguas a feminidad de muñeca. Y, sin embargo, con sus sobrias faldas escocesas, es encantadora. Y deliciosamente femenina. Tiene además unas piernas maravillosas, que, según descubre Tommaso el segundo día de convivencia matrimonial, han representado el cuarenta o el cincuenta por ciento de la causa de su profundo y glorioso enamoramiento. Y lo descubre sin el menor empacho, porque ya el amor liberado de inhibiciones ha hecho irrupción. Pero esta es la

historia de la novela.

La primera noche, los recién casados hicieron dos veces el amor. Pero pasaron muchos apuros. Sobre todo él.

Ya cuando era un pequeño adolescente, el profesor de religión les ponía en guardia con tremendo aparato contra hechos, todavía oscuros para él, en los que bastaba detenerse un poco sólo con el pensamiento, para caer precipitado en los tenebrosos remolinos del infierno. Tommaso y sus compañeros eran exhortados a reflexionar sobre los edificios que se desploman a media noche por culpa de los terrenos, los aluviones, los bombardeos, el desgaste del tiempo y los albañiles descuidados o los constructores que han hecho trampa en los materiales. Guai de los que se durmieron con un mal pensamiento. Para ellos ninguna salida: arrebatados por la muerte en el sueño, y por tanto sin posibilidad de arrepentirse en el último momento, se llevaban la poco agradable sorpresa de despertarse en el fuego que abrasa una infinidad de instantes, cada uno de los cuales es sufrimiento infinito, «jodidos *usque in sempiternum*».

Don Vincenzo era más humano que el profesor de religión. Pero en la misma línea. Lo que pasaba es que quería tanto a Tommaso, que esto lo ablandaba. Veía en los escrúpulos de su dirigido, santas joyas de cristiana prudencia. Pero le había [113] exhortado a no dar demasiada importancia a las primeras escaramuzas, siendo bastante delante de Dios la firme resolución de no consentir en el placer: a las inevitables deficiencias supliría la divina misericordia.

El primer asalto amoroso de Tommaso la noche de bodas fue difícil por ambas partes.

Para Tommaso, la iglesia hablaba claro: la única voluntad que debía presidir la coyunda de los dos cónyuges, era la concepción de una prole. Tommaso se esforzaba por no pensar en otra cosa, por no sentir ni gozar lo que estaba gozando en la querida Alessandra. Trataba de reconstruir mentalmente el rostro del futuro niño, de pensar en el papa en el acto de dictar el telegrama de bendición a los jóvenes esposos, de imaginar los éxtasis de Santa Teresa y a San Jorge debelando al dragón. Pero de este modo las cosas no podían ir adelante, y él y Alessandra sufrían.

Tommaso se arregló como pudo, y, abandonando las consideraciones pías, se dejó llevar de la rabia. Y esto en el momento en que él y Alessandra se aprestaban a confirmar el sacramento con la unión de sus cuerpos.

La cosa terminó menos mal de lo que hubiera podido temerse, gracias a un prodigioso automatismo, del que el cielo fue cómplice, sin necesidad de las acrobacias mentales que, por una parte, habían extenuado a Tommaso, y, por otra, no habían bastado para que éste pudiera un día decir a su hijo sin ruborizarse: «lo hice por ti».

La segunda vez que hicieron el amor aquella noche, él procuró sacar fruto de la experiencia pasada. Se trataba siempre de no entregarse al gozo, y de hacerlo exclusivamente por el que había de nacer. En su cerebro había comenzado a formarse algo que hubiera podido semejar a un hijo: pero era como un rompecabezas, en que cambiar una nariz por un ombligo es la cosa más fácil del mundo. Todo empezaba de nuevo a complicarse. Al fin a Tommaso se le ocurrió un expediente, sencillo como el huevo de Colón: adaptar el ritmo [114] amatorio al de los brazos de un panadero amasando la pasta. Pero las cosas se embrollaban. Alessandra sufría. Tommaso, queriendo redoblar su energía sin consentir en el placer, se había puesto a repetir rítmicamente en su mente: «¡existe el infierno!», adaptando las palabras al chirrido de la cama.

Finalmente hubo un mediano éxito. Pero Alessandra había quedado confusa e inquieta, y no había podido sofocar un sollozo.



La solución del problema, la gran revelación, vino al día siguiente, a la hora de la siesta.

Todo comenzó cuando él, fumador ocasional, propuso a Alessandra, también pésima fumadora, encender un Camel echados en la cama.

[115] A diferencia de las señoras nórdicas que habían visto en el comedor del hotel, Alessandra no se depilaba las axilas. Algo misterioso se apoderó de Tommaso, cuando las volutas indolentes del humo y las axilas de Alessandra se amalgamaron. Tommaso besó con ardor aquellos pelos dorados. Y no sólo aquéllos. Fue como si la primera noche de bodas comenzase entonces. El pensamiento del hijo se había fundido con el deseo, y el deseo era una sola cosa con el amor. Venían las palabras, que eran las vulgares, pero distintas. Alessandra le respondía en todo, previniendo gestos e intenciones, demostrándose inequívocamente partícipe del hálito divino. Ahora Tommaso estaba a la altura de poder leer el Cantar de los Cantares sin tener que pensar que se trataba de una alegoría.

No podía acabar mejor.

Y Tommaso, que solía sentir los efectos positivos de la eucaristía a una hora de la comunión, encontró justo que los del matrimonio, destinado a durar toda la vida, se le hubieran revelado al cabo de un día por lo menos.

* * *

Yo pondría la deliciosa novela de Enrico Raffi como libro de texto en las clases de teología moral. Hay que leerla, para recibir toda su carga de gracia y de observación. Tal vez ayudaría a convencer a los curas y a los supercuras de que dejen un poco en paz a los chicos y a las chicas, a los novios y a las novias, a los esposos y a las esposas.

Lo nuestro —de los curas, quiero decir—, sería ayudar a la gente a progresar en el verdadero amor al prójimo y en el respeto a la persona del otro. Y nada más, Si nuestro celibato por el reino de Dios es un poco auténtico, quizá podamos ayudar a otros en este asunto del amor estimativo (pero no «cerebral») al prójimo. Es la «agápe» cristiana, la «caridad», eso tan indescriptible y que ha sido tantas veces caricaturizado malamente por nosotros, pero que, si es genuina, constituye [116] la clave de la moral cristiana, que no es propiamente una moral, sino un espíritu: el fruto del Espíritu.

Si ayudamos a la gente a descubrir lo que es amar al prójimo, siguiendo las huellas de Jesús, bien podemos dejarles después vivir el eros como Yahve Dios les dé a entender. Y creo yo que tendríamos muchas más garantías de que su vida erótico-sexual era grata al Señor, de quien viene el amor, que no atosigándoles con «preceptos humanos», inventados por nosotros con mayor o menor fundamento.

No somos los «profesionales del celibato» los llamados a pontificar en este asunto. Ni siquiera cuando nuestro «celibato por el reino de Dios» sea genuinamente carismático. Y, si no lo es en grado suficiente, entonces estamos todavía más descalificados.

Un psicoanalista creyente, no español, me decía, refiriéndose al celibato impuesto por ley a los presbíteros de la iglesia católica latina: «La castidad impuesta y no carismática va acompañada de serios problemas que lesionan la dignidad básica del individuo. Veo muy difícil la solución, porque aquellos que deberían resolverla sufren de los mismos problemas, y eso impide la visión serena».

Resulta, por tanto, que los célibes profesionales con carisma no tienen experiencia suficiente. Y los que no tienen carisma y soportan el celibato obligados, no pueden tener ni siquiera una visión serena. Y si, a veces, pueden tener experiencia, ésta suele ser poquísimo serena.

* * *

Me contó un amigo que, cuando una comisión pontificia estaba estudiando el problema moral de los fármacos anticonceptivos, un semanario inglés publicó, sin más explicaciones, una historieta de humor, poco más o menos como la siguiente: Con el aumento de los automóviles, los accidentes de circulación crecían de una manera alarmante. La gente estaba [117] preocupada y angustiada. Pero un día un inventor afortunado ideó el espejo retrovisor, que permitía ver los coches que vienen por detrás, cosa que disminuía mucho el número de accidentes y de víctimas.

La gente se puso muy contenta y empezaron a instalar en los automóviles el espejito bienhechor.

Pero llegaron los moralistas y dijeron que los ojos están hechos para ver lo que hay delante y no para ver lo que está detrás. Que, por consiguiente, el uso del espejo retrovisor era contrario a la naturaleza y, por tanto, inmoral.

Gran tribulación y grandes discusiones.

Para salir del embrollo, acuerdan todos acudir a la reina. La reina nombra una comisión de

expertos filósofos que estudien el asunto. Comienzan sesiones interminables. La gente espera y desespera. Pero los señores de la comisión no logran ponerse de acuerdo.

Entonces uno de los comisionados se arriesga a preguntar:

—Pero, vamos a ver, ¿alguno de los que estamos en esta comisión se ha puesto alguna vez al volante de un auto? Silencio.

—¿Y no sería mejor dejar a los que conducen automóviles que nos digan lo que ellos piensan del espejito retrovisor?

* * *

Como moraleja de estos cuentos, yo me atrevería a arriesgar un «Principio Fundamental de la Pastoral de los Señores Curas acerca del sexo y del matrimonio».

Es un principio recogido de la sabiduría popular y acuñado en forma de proverbio: Que, por favor, los «profesionales del celibato» no nos metamos «en camisa de once varas».

Porque hay que convenir en que una camisa de once varas no sería lo más a propósito para ayudar a hombres y mujeres [118] a encontrar la vena secreta y maravillosa del eros más profundo.

Según el relato del Génesis, cuando Yahve Dios le quiso hacer al hombre el mejor regalo, le dio a la mujer intacta, sin camisa. Se la presentó. Y el hombre la acogió con entusiasmo, como su otro yo. Y Yahve Dios vio que aquello era bueno.





LIBERTAD CRISTIANA

Hay razones para pensar que el Evangelio de Marcos es más antiguo de lo que se creía hace unos años.

Podría haber sido escrito, al menos en una primera redacción, hacia el año cincuenta de nuestra era.

De ser así, resultaría una consecuencia paradójica. Ese algo divertido, que vemos aparecer con frecuencia en las cosas de Yahve Dios.

Lo digo, porque han sido los teólogos conservadores los que han tenido siempre mucho empeño en probar que los Evangelios sinópticos eran muy antiguos, mientras los teólogos más radicales tendían a demostrar que eran relativamente recientes.

Y ahora resulta que uno de esos Evangelios puede que sea tan antiguo como lo podían desear los teólogos más conservadores. Pero da la mala pata de que es el Evangelio de Marcos. Y resulta que este Evangelio es obra de una especie de comunidad de base contestataria.

Si pensamos en la situación de Italia, por ejemplo, con conflictos dolorosos y absurdos entre comunidades de base y [120] jerarquías eclesiásticas, resulta que el documento posiblemente más antiguo, a quien les da la razón, es a las comunidades de base.

Pero a las comunidades de base más centradas en la fe en Jesús y con más íntimo sentido de permanencia en la iglesia.

Marcos no niega el ministerio pastoral. A lo que se opone ferozmente, aunque sin ferocidad,

es a las exageraciones del culto de la personalidad. Muy especialmente por lo que se refiere a Pedro.

Marcos parece querer prevenir de antemano todo intento de secuestro de Jesús por parte de la iglesia. Porque lo más íntimo del mensaje del Evangelio de Marcos es la soberanía de Jesús y el carácter inmediato y personalísimo (tu y yo) de la relación del creyente con Jesús.

Ni siquiera los discípulos más cualificados de Jesús, los doce pueden pretender monopolizarlo. El Evangelio de Marcos nos refiere un diálogo significativo, conservado también por el de Lucas:

Juan le dijo (a Jesús): —Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre y hemos intentado impedirlo porque no anda con nosotros.

Jesús respondió: —No se lo impidáis, porque nadie que haga un milagro usando mi nombre puede a continuación hablar mal de mí. O sea, el que no está contra nosotros está a favor nuestro. Y además, el que os dé a beber un vaso de agua por razón de que seguís a Cristo, no se quedará sin su recompensa, os lo aseguro» (Marcos, 9, 38-41).

Se trata de creer en Jesús. Y basta. Sin más complicaciones.

Jesús «enseñaba con autoridad, no como los letrados» (Marcos, 1, 22). Entre sus discípulos, pretender enseñar con demasiada autoridad sería caer en el ridículo. Porque al lado de la autoridad con que enseñó Jesús, cualquier otro intento de enseñar con autoridad sería necesariamente una caricatura. Y [121] tampoco se debería enseñar como «los letrados», que eran legalistas y esclavos de tradiciones humanas.

Entre los discípulos de Jesús, todos deberían sentirse eso: «discípulos». Todos escuchándole a él, tratando de aprender de él, y ayudándose unos a otros a coger lo que él enseñaba con autoridad. Claro que entre los discípulos los hay siempre aventajadillos, y éstos, si son buenas personas y no quieren darse pote y abusar, pueden ayudar a otros oyentes más torpes o principiantes. Así es como cabe un «ministerio» del anuncio o de la palabra. Con ese espíritu.

El Evangelio de Marcos fue escrito para que, entre los cristianos, nadie pretendiese arroparse la autoridad incommunicable de Jesús, y ninguno cayese, por otra parte, en la manera de aquellos letrados legalistas, que soltaban el mandamiento de Dios para aferrarse a su tradición, y fueron incapaces de comprender a Jesús (Marcos, 7, 1-23).

Nos narra este episodio:

«Un sábado pasaba Jesús por los sembrados y los discípulos, mientras andaban, se pusieron a arrancar espigas. Los fariseos le dijeron:

Oye, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?

El les replicó:

¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre? Entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió los panes dedicados, que nada más que a los sacerdotes les está permitido comer, y les dio también a sus compañeros.

Y añadió:

El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado: así que el hijo del hombre es señor también del sábado» (Marcos, 2, 23-28).

En las últimas palabras, «el hijo del hombre» es un hebraísmo que significa «el hombre», pero es también un título mesiánico escatológico que proviene del libro de Daniel.

Podrían, pues, significar las palabras que nos refiere el Evangelio de Marcos o bien esto: «Yo, Jesús, hijo del hombre (en sentido mesiánico escatológico) soy señor también del sábado», o bien esto otro: «El hombre (en general) es también señor del sábado». Este segundo sentido es el que corresponde a la frase inmediatamente precedente: «el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado». Pero los dos sentidos no se excluyen mutuamente, pues Jesús es el que viene a liberar al hombre de tantas ataduras, entre ellas las de tipo religioso. Jesús es señor del sábado y hace al hombre señor del sábado, devolviéndole su libertad.

El Jesús del Evangelio de Marcos hace curaciones y libra a la gente de posesiones demoníacas. El lector puede tener la impresión de que en esos relatos hay algo de leyenda, efecto de la fuerza poética del pueblo ante la figura y la realidad de Jesús. Por más que las referencias sean cronológicamente muy próximas a los acontecimientos históricos. Pero las narraciones de curaciones y expulsiones de demonios son, en el Evangelio de Marcos, ante todo «significativas». Jesús es el que viene a liberrar de los lazos que atenazan al hombre.

* * *

Pablo de Tarso, hacia el año 57 de nuestra era, escribe su carta a los gálatas, que es un himno a la libertad cristiana:

«Cristo nos libertó para que seamos libres; de manera que manteneos firmes y no os dejéis uncir de nuevo al yugo de la esclavitud» (Gálatas, 5, 1).

La primera palabra de los escritos del Nuevo Testamento es, pues, la palabra libertad.

Es verdad que no se quiere que la libertad se convierta en libertinaje. Pero, para evitar esto, no se piensa ante todo en la «obediencia» y en el «orden jerárquico». Se piensa en el amor mutuo de los hombres:

[123]

«A vosotros, hermanos, os han llamado a la libertad: lo único que esa libertad no dé pie a los bajos instintos. Al contrario, que el amor os tenga al servicio de los demás, porque la ley entera queda cumplida con un solo mandamiento, el de amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas, 5, 13-14).

* * *

Iluminados por esta concepción básica del cristianismo que viene de Jesús, podemos atrevemos a afrontar una pregunta inoportuna.

La pregunta fue recibida hace poco en una revista católica española. Era esta: «¿Para qué sirven los obispos?».

Probablemente, al señor que hacía la pregunta le parecía que no servían para nada. Por eso lo preguntaba.

Y los redactores de la revista andaban buscando al guapo que se arriesgara a contestar. Probablemente porque tampoco a ellos se les ocurría una respuesta fácil.

Yo creo que la gente de la base cristiana no experimenta que los obispos les sirvan para gran cosa.

Muchos cristianos de los llamados progresistas, de verdad creyentes y que quieren mantenerse en comunión de fe con los creyentes, lo que desean de los obispos es que no les den un palo. A veces son ayudados por un obispo fraterno, que los acoge cuando han sido vapuleados por otro obispo o jerarca.

Un eclesiólogo escolástico tradicional respondería que los obispos sirven para muchísimas cosas, y enumeraría una lista abstracta de las cosas para las que los obispos deberían servir. Pero yo veo, por ejemplo cuando hablo con militantes cristianos obreros, que son dos lenguajes más diferentes que lo pueden ser el sánscrito y el quechua. Porque los militantes obreros, y otros no obreros, preguntan para qué sirven de hecho.

Yo tengo algunos obispos amigos, que me ayudan mucho, porque creen, y su fe confirma la mía. Supongo que todos [124] los obispos creen. Pero la fe de éstos que digo, yo la siento. Y esto me ayuda.

Claro que alguno dirá: ¡vaya una ayuda! Así todos los cristianos pueden ayudar.

Y yo le diría: pero ¿de qué otra manera piensas tú que puede un obispo ayudar a los demás, más que siendo cristiano?

* * *

De todos modos, quiero ensayar una respuesta más funcional. Porque en el fondo de esa pregunta: «¿para qué sirven los obispos?», está quizá implícita esta otra: «¿cómo nos bandeamos con los que nos han tocado en suerte?».

Entonces yo me atrevería a contestar (hablando en un plano analógico, es decir de cosas parecidas, pero no iguales): «Los obispos sirven como los médicos del seguro de enfermedad». La comparación con los médicos tiene raíz evangélica, pues Jesús mismo comparó su función a la del médico.

Entonces, ¿qué hace la gente? La gente quiere que haya seguro de enfermedad y que haya médicos del seguro. Y está encantada cuando los médicos del seguro la cuidan y atienden bien. Pero cuando, por lo que sea, aquello no funciona bien, y empiezan a temer que el médico del seguro los va a mandar al cementerio, se buscan por su cuenta ayuda médica. Pero ¡ojalá no tuvieran necesidad de esto! Así creo yo que piensa la gente.

Pues una cosa así debía pasar entre los cristianos conscientes de su fe y los obispos.

Es claro, según el Evangelio, que no debe estar el pueblo al servicio de los obispos, sino los obispos al servicio del pueblo. Porque Jesús les dice a los doce:

«Sabéis que los que pretenden gobernar a los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen, pero no ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera [125] subir, sea servidor vuestro, y el que quiera ser el primero, sea esclavo de todos,, porque tampoco el hijo del hombre ha venido a que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos» (Marcos, 10, 42-45).

El derecho de los obispos a ser obedecidos no es ni despótico ni incondicionado. Ni hace falta que lo sea, si su ministerio ha de ser de veras evangélico.

Pero libertad y obediencia (o, si se quiere, «resistencia y sumisión») serán posibles, si todos --empezando por los obispos-- se empapan de que, en la comunidad cristiana, el punto de partida (y el de llegada) es la libertad con amor.





LOS CRISTIANOS, EL SOCIALISMO Y EL COCO

Hace muy pocos meses, la iglesia evangélica de Schleswig-Holstein ha suspendido de su oficio de pastor a la señora Edda Groth, quien en una predicación había afirmado que «Mao está más cerca de Dios que todos los papas y los obispos de los últimos mil años puestos juntos».

Me da la impresión de que la señora pastor Groth debe de ser, en el mejor sentido de la palabra, muy castiza. Dice de la manera más paradójica, verdades saludables.

También me parece que los responsables de la iglesia evangélica de Schleswig-Holstein (que es el *Land* o región federal más septentrional de la República Federal Alemana) deben de [128] ser gente muy «seria», y para los que el socialismo de verdad resultará algo así como el coco.

Lo digo, porque no obstante los innegables y felices progresos del ecumenismo, parece que a los representantes de una iglesia evangélica una puyita contra los papas de los últimos mil años no debía resultarles demasiado inquietante. Lo inquietante debe de ser más bien que se alabe mucho a Mao.

Y, sin embargo, aparte de que la afirmación de Edda Groth quiere ser, probablemente, paradójica, en realidad, si nos atenemos a lo que Jesús dice, tendría visos de no ser demasiado inexacta.

Porque nada menos que el Evangelio de Mateo, que es menos contestatario que el de Marcos

y menos «progre» que el de Lucas, nos ha conservado una parábola del juicio final, que podría ser eco muy directo de las palabras mismas de Jesús.

Describe el juicio que hará el Hijo del hombre, Jesús, cuando venga con esplendor a decir su palabra definitiva sobre los hombres de todos los pueblos. Los separará en dos grupos. A los de un grupo, les dirá:

Venid, benditos de mi padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme.

Estos, a los que la parábola llama «los justos», le replicarán:

Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer o con sed y te dimos de beber?, ¿cuándo llegaste como extranjero y te recogimos y desnudo y te vestimos?, ¿cuándo estuviste enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?».

[129]

Y Jesús les contestará:

—Os lo aseguro: Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo» (Mateo 25. 31-40).

A la luz de estas palabras de Jesús, yo me quedo pensando: en los últimos mil años ¿quién ha dado más comida al hambriento, vestido al desnudo, cuidado médico al enfermo, los papas y los obispos o Mao?

Y estoy seguro de que Jesús no se habría enfadado tanto con Edda Groth como los responsables de la iglesia evangélica de Schleswig-Holstein. Estos le echan en cara a la señora pastor haber transpasado «aquellos límites que un pastor debe respetar para estar al servicio de todos los miembros de la iglesia», Esto quiere decir que la señora pastor ha transpasado los límites que los miembros burgueses conservadores de la iglesia no quieren que sean transpasados. Unos límites que Jesús transpasó claramente, y por ello fue llevado al patíbulo.

Porque si pensamos en los límites que un pastor (o un cura o un obispo) deben respetar para estar al servicio de los miembros pobres, oprimidos, campesinos, subproletarios o proletarios de la iglesia, esos límites los pastores, curas y obispos los han transpasado amplia y frecuentemente en los últimos mil años. Creo yo.

* * *

¿Cómo es posible que el socialismo haya espantado a los cristianos, incluso a los «ministros» de la iglesia, como el coco? Porque se trata realmente de un miedo cerval, como el de los niños ante el coco y el cuarto oscuro.

Jesús había dicho:

«Nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero». (Mateo, 6, 24 y Lucas, 16, 13).

[130] El capitalismo ha representado como nadie el servicio del dinero, el apego al dinero, la voluntad de dinero. El socialismo ha surgido en la historia como el antagonista del capitalismo, que quiere romper la esclavitud del dinero. ¿Cómo los cristianos se han asustado del socialismo y

no han tenido miedo del capitalismo?

Aquí hay algo que ha funcionado muy mal.

Los cristianos antisocialistas han dicho que ellos son antisocialistas porque el socialismo es ateo y materialista.

Hace cien años y cincuenta años, decían que eran antisocialistas, porque el socialismo pretende suprimir la propiedad privada. Eran más sinceros.

En realidad, esos cristianos estaban desde siempre sirviendo a Dios y al dinero.

El Dios de Jesús (que es el mismo Dios de Moisés, al que Jesús conoce mejor), no puede ser servido a la vez que el dinero.

Esos cristianos, tal vez sin darse cuenta de todo, habían sustituido al Dios de Jesús por otro Dios hecho por ellos a su medida. Un Dios que, primero, podía ser servido a la vez que el dinero. Y, luego, acababa por ponerse él mismo al servicio del dinero, porque era un Dios defensor de la propiedad... con todas sus consecuencias.

Los socialistas ateos niegan ese Dios, creado por el hombre servidor del dinero, a su medida. El Dios de Jesús lo desconocen. No creen que pueda existir. Y se comprende. Porque los mismos cristianos les presentan un Dios manipulado, que no es el de Jesús. Porque el de Jesús es el Dios que no puede ser servido a la vez que el dinero. Mientras que el de ellos es el Dios que defiende el dinero de los ricos, y acepta con complacencia o con sumisión las estructuras del servicio del dinero.

Con nuestras prevaricaciones los cristianos nos hemos metido en un lío tremendo.

Estoy convencido de que muchos socialistas ateos están mucho más cerca del Dios de Jesús que muchos cristianos.

[131] Increíble, pero no tanto. Porque el Dios de Jesús es así. Y los primeros cristianos, que habían tenido menos tiempo de manipularlo, fueron acusados de ateísmo.

Un cristiano de Jesús no tiene por qué asustarse, como del coco, ni siquiera del socialismo ateo.

En cambio, un cristiano que, contra Jesús, ha inventado el modo de servir a Dios y al dinero, se asusta del socialismo ateo, como del coco. Y también del socialismo no ateo, si es de verdad socialismo y no le hace el juego al capitalismo.

El zapato les aprieta por el socialismo, no por el ateísmo. Aunque digan otra cosa. Y aunque se la crean. Porque si nuestro Dios es el de Jesús, con respecto a ese Dios, más ateo que el capitalismo, no hay nada.

* * *

Hay en la Biblia un breve salmo, el 82, que es digno de consideración aquí.

Es probablemente un salmo muy arcaico, que en la redacción conservada en la Biblia está algo adaptada.

En su forma actual es una diatriba contra los malos jueces. Pero en la forma primitiva debió de ser una diatriba contra los falsos dioses. Y este sentido primitivo parece transparentarse con claridad bajo la forma actual. He aquí el poema:

*En el consejo divino se levanta Dios,
en medio de los dioses juzga:*

*¿Hasta cuándo juzgaréis inicua .mente,
daréis favor a los impíos?
Juzgad en pro del débil y del huérfano,
al humilde, a! indigente haced justicia;
al débil, al pobre liberad,
de la mano de los impíos arrancadle.
No saben ni comprenden; caminan en tinieblas;
todos los cimientos de la tierra vacilan.*

[132] *Yo había dicho: «¡Vosotros sois dioses,
hijos del Altísimo todos!».
¡Pero no! Moriréis como el hombre,
todos a una caeréis, príncipes.
Levántate, Dios, juzga la tierra,
porque tú eres señor de todas las naciones.*

El salmo resulta más coherente si se trata de restaurar la forma originaria.

El monoteísmo (Yahve es el único Dios) es el núcleo de la religión de Israel. Pero el pueblo israelita pertenecía a una cultura politeísta. Cada pueblo tenía sus dioses y, detrás de las pugnas en los pueblos, estaban las de sus dioses.

En los documentos más arcaicos, la fe monoteísta viene expresada en lenguaje cultural politeísta.

Hay diversos dioses que constituyen una asamblea. En medio de ese consejo de dioses, se levanta Yahve. Hay implícito un debate: ¿cuál es de verdad Dios? Yahve establece la prueba: Verdadero Dios es sólo aquel que juzga en pro del débil y del huérfano, que hace justicia al humilde y al indigente, que liberta al débil y al pobre. Los dioses que sirven de cobertura a un orden inicuo de privilegios injustos, son una pura creación humana: son algo mortal, como el hombre; están destinados a caer.

Aquí la Biblia está mucho más cerca de Carlos Marx de lo que podría pensarse.

Marx era ateo. Y esto no debemos disimularlo ni tergiversarlo los creyentes en Dios que estamos por el socialismo.

Pero ciertamente el ateísmo de Marx no es, por decirlo así, dogmático ni metafísico.

Carlos Marx es un filósofo y científico del movimiento histórico, de las posibilidades de cambio social, de revolución.

Si se interesa de la religión es desde el punto de vista de la liberación del hombre.

Aplica a la religión —a los dioses— el mismo baremo que aplica Yahve Dios en el salmo 82.

[133] Y, si llega a la conclusión de que la religión es un producto del hombre y el opio del pueblo, es porque da favor a las clases opresoras, porque no juzga en favor del débil, porque contribuye a que no haya justicia para el débil y el indigente, porque es un obstáculo para la liberación del débil y del pobre.

En este punto Yahve Dios está de acuerdo con él.

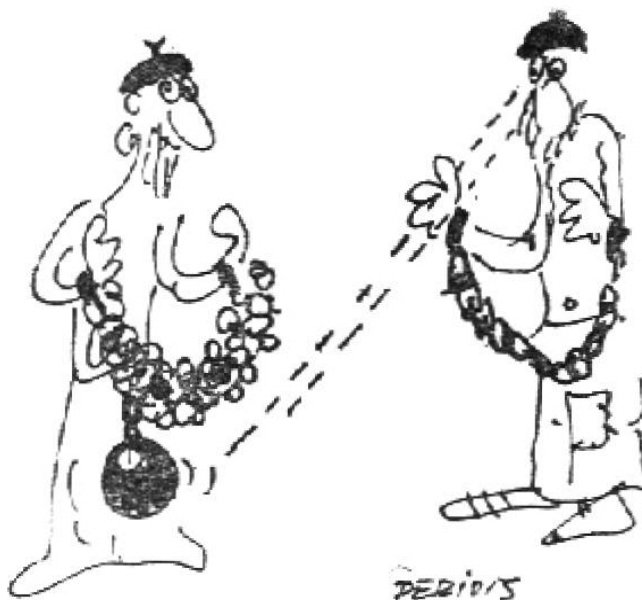
Sólo por eso rechaza Marx la religión y quiere combatirla. En un escrito de despampanante título, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, lo dice bellamente: «La crítica (de la religión) ha deshojado en la cadena las flores imaginarias, no para que el hombre

arrastre la cadena despojada de fantasía y de consuelo, sino para que arroje la cadena y coja la flor viva».

Marx no hizo en este punto distinción entre la religión cristiana (con la que él tenía que habérselas), y las otras. ¿Fue algo injusto en esto?

Digamos, por lo menos, que no fue del todo injusto. Porque en su tiempo, y todavía hoy, las instituciones religiosas cristianas cierran con fuerza posibilidades de que el hombre arroje su cadena.

La esencia del socialismo de Marx y Engels no es la negación de Dios, sino la negación de flores imaginarias, que impo-



[134] sibiliten al hombre arrojar las cadenas (trabajar en serio por suprimirlas).

* * *

Otro de los aspectos con que la imaginación de los cristianos conservadores reviste al socialismo, para poder tenerle miedo a cierraos, es el «materialismo».

Pero el materialismo de Marx es «materialismo histórico». Este se opone al «idealismo» de Hegel. Y Jesús es tan opuesto al «idealismo» como pueda serlo Marx. Lo de «no podéis servir a Dios y al dinero» y lo de «tuve hambre y me disteis de comer» lo están demostrando. Y también lo de «más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el reino de Dios» (Marcos, 10, 25).

Y, sobre todo, lo confirma el Evangelio de Lucas, con una anotación impresionante: Después de haber referido el dicho de Jesús: «No podéis servir a Dios y al dinero», añade: «Oyeron todo esto los fariseos, que son amigos del dinero, y se burlaban de él» (Lucas, 16, 14).

El Dios que puede ser servido a la vez que el dinero, es un Dios del «idealismo». El Dios que no puede ser servido a la vez que el dinero es un Dios que está en una línea paralela al «materialismo histórico». Por lo menos si este no se entiende de una manera dogmatista. Y Marx no quería entenderlo así.

Si no me equivoco, lo esencial del genuino «materialismo histórico» es admitir la importancia básica de las relaciones socioeconómicas para un análisis conector de la realidad social e histórica. Se admite también que concepciones ajenas a primera vista a lo socioeconómico (concepciones jurídicas, políticas, filosóficas, religiosas, etc.) pueden resultar dependientes de la base de relaciones socioeconómicas y verdaderas sobreestructuras de ellas, pudiendo además adoptar la forma de «ideología» disfrazada.

Esto de la «ideología» es un descubrimiento imperecedero de Marx. Ideología es un conjunto de concepciones aparente- [135] mente muy «inmateriales», (desinteresadas, «divinas»), de orden filosófico, ético-humanista, religioso, etc., que a fin de cuentas son un producto, una «sobreestructura» de relaciones económicas, que sirve para enmascarar y sostener esas relaciones, cubriendo su carácter inhumano (otra vez la guirnalda de flores que tapa la cadena), y llegando incluso a engañar a veces a los mismos sostenedores de la ideología, que piensan moverse en un puro «espiritualismo», cuando son juguetes de un falaz «idealismo».

Pero el materialismo histórico no tiene que ser entendido necesariamente en el sentido de afirmar que todo lo que no sean relaciones sociales de producción es siempre y sólo sobreestructura, ni que es puro resultado pasivo y mecánico de los factores socioeconómicos, ni que factores no económicos no puedan tener influjo verdaderamente histórico en la evolución de la sociedad y de sus factores socioeconómicos. Todo esto queda abierto al análisis histórico y científico, y nada debe ser afirmado dogmáticamente con un universalismo abstracto y apriorístico.

Es verdad que hay marxistas demasiado dogmáticos y simplificadores. Serán una especie de «clérigos» y «escolásticos» (en sentido peyorativo) del marxismo.



Pero Carlos Marx no era así. En una deliciosa carta a su mujer, muestra mucha más libertad de espíritu frente a la com- [136] plejidad de la realidad, del hombre y de la sociedad. Le escribe desde Londres, estando ella aún en Alemania. Y le dice estas palabras:

«Heme aquí en plan de escribirte de nuevo, porque estoy solo y me aburre tener contigo diálogos puramente imaginarios, sin que tú te enteres ni me oigas o puedas responderme Tu retrato, aunque malo, me ayuda mucho, y ahora comprendo por qué las «madonas negras», los retratos más infames de la Virgen María han podido encontrar adoradores fanáticos, incluso más adoradores que los buenos retratos. En todo caso, nunca imagen negra de la Madona ha sido tan abrazada, contemplada y adorada como tu fotografía, que, sin ser negra, no por ello es menos ingrata y no refleja en absoluto tu claro, tu encantador, tu *dolce*, tu tan seductor semblante. Pero yo corrijo a los rayos del sol que han pintado en falso y constato que mis ojos, a pesar de estar tan gastados por la luz de la lámpara y el tabaco, todavía saben pintar, y no sólo soñando, sino también despierto. Tú estás viva delante de mí y yo te llevo en mis brazos, te abrazo de la cabeza

a los pies, me pongo de rodillas delante de ti y suspiro: «Señora, os amo». Y de verdad que os amo, más de lo que nunca amó el moro de Venecia».

«Falso y malo, el mundo juzga falsamente a los hombres de carácter. ¿Cuál de mis numerosos detractores y de mis venenosos enemigos me ha reprochado alguna vez mi vocación de «gran enamorado» en un teatro de segundo orden? Y, sin embargo, ésta es la verdad. Si esos cretinos hubieran tenido la menor dosis de espíritu, habrían pintado, por un lado, «las relaciones de producción y de comercio», y, por el otro, «a mí arrojado a tus pies». Debajo de este cuadro habrían escrito: «Look to this picture and to that» (mirad esta pintura y esta otra). Pero son cretinos estúpidos y lo seguirán siendo in *saecula saeculorum*».¹

[137] Yo creo que si este Carlos Marx, humanísimo e irónico, se hubiera tropezado con un creyente en Jesús, inflamado de amor a El, y consecuente con su palabra: «*No podéis servir a Dios y al dinero*», a éste no le habría dicho que, para ser socialista, tenía que abandonar esa fe. Una fe que en nada le impedía analizar con crítica lucidez «las relaciones de producción y de comercio».

Y el Jesús de quien se mofaban los que amaban al dinero, creo que tampoco le habría dicho que para creer en él tenía que renunciar al socialismo, sirviendo de hecho los intereses del capitalismo.

Esto basta para un libro de teología en broma y en serio.

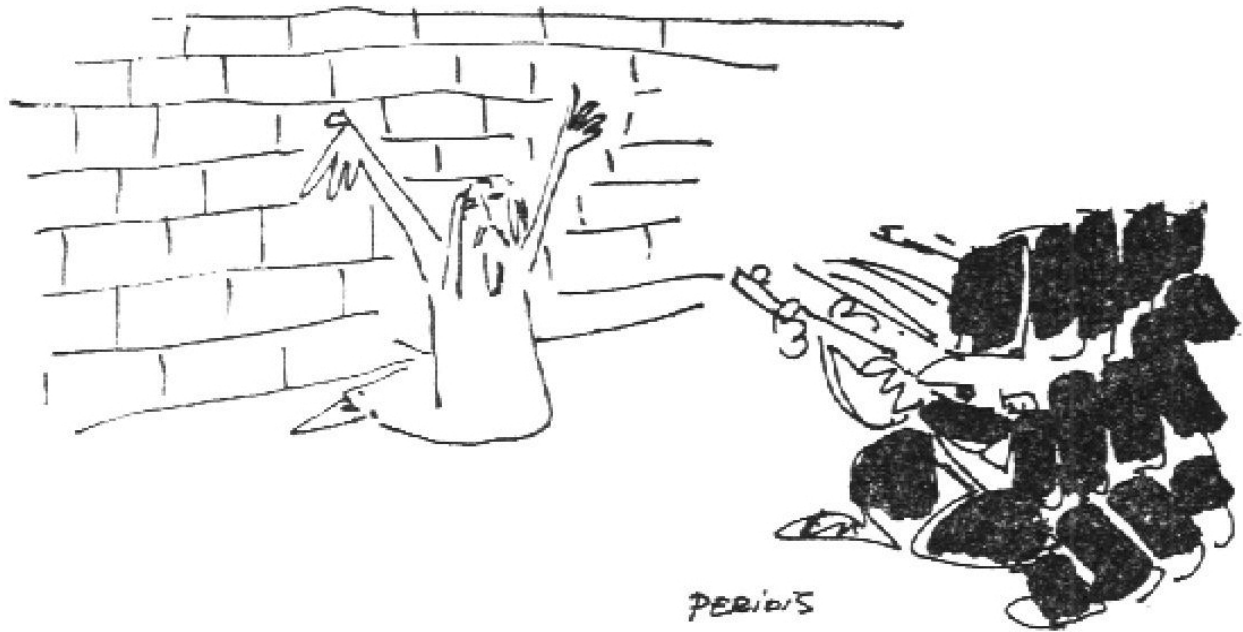
Porque aceptar o no los puntos de vista de Marx es una cuestión política, científica y algo filosófica. No es teológica. Jesús nos deja libres para tomar nuestras responsabilidades humanas e históricas.

Pero decir que la fe en Jesús nos impide ser socialistas (de veras, históricamente, en línea marxista), es «ideología». Y jugar con trampa en favor del capitalismo.

Digo yo.



¹ Carta de 21 de junio de 1856, publicada por M. Rubel en *Pages de Karl Marx pour une éthique socialiste*, I, Paris, Payot, 1970, pág. 93.



TEOLOGIA DE LA CRUZ E HISTORIA HUMANA

Jesús murió en el patíbulo. La ejecución fue el suplicio de la cruz. Algo así como garrote vil. La pena de decapitación era, como nuestro fusilamiento, menos deshonrosa. A los ciudadanos romanos no se les podía crucificar,

Jesús fue crucificado. Y murió.

Yo creo firmemente que resucitó. Y espero y creo que «volverá». Pero su resurrección es un misterio que trasciende la historia fenoménica y no puede ser «materializado» en ella

Y su «venida» es también algo que está fuera de la futurología, porque es imprevisible en cuanto al tiempo: «*El día y la hora nadie los sabe, ni siquiera los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre*» (Marcos, 13, 32). Y es inimaginable en cuanto al «cómo».

En la historia lo que queda es la cruz de Jesús. Y el creyente ha de reflexionar sobre eso.

Los teólogos luteranos ven en la teología de la cruz un antídoto contra la soberbia humana. Ya Pablo indicaba este camino.

La cruz de Jesús pone al descubierto pliegues muy profundos de la condición humana.

[140] Delante de Jesús crucificado tenemos que bajar la cabeza. Y el que no la baje, allá él. Porque la cruz desvela el pecado del hombre. El fue llevado al patíbulo porque era Hijo del hombre (en sentido mesiánico escatológico), es decir, «Este Hombre (increíble) que no tiene pecado». Y lo llevaron al patíbulo los hombres, que son pecadores. Entre todos. Lo condenaron las autoridades del gran imperio civilizador y colonizador, creador del orden, el derecho y la «pax romana». Pusieron sus manos en el asunto los jefes religiosos de la religión de Yahve Dios y los hombres piadosos de aquel tiempo. Probablemente intervino en el complot uno de los extremistas del tiempo, de los guerrilleros anticolonialistas, los zelotes. Porque Judas Iscariote era probablemente un zelote.

Podríamos decir, en traducción contemporánea, necesariamente inexacta, pero útil para acercarse a una comprensión real, que en el turbio asunto de perder a Jesús intervinieron las derechas, el centro y las izquierdas, aunque estas últimas en medida mínima. Si Jesús volviera a

la tierra, podrían crucificarlo en los Estados Unidos, en el Vaticano y en la U.R.S.S. A lo mejor, por ese orden.

Es verdad que esta toma de conciencia profunda de la condición pecadora del hombre tiene el peligro de ir a dar en una espiritualidad de evasión; que en lugar de redimir al hombre de su pecado, se convierte ella misma en instrumento a favor de la injusticia y, en consecuencia, en una estructura de pecado.

El mismo Martín Lutero no escapó a este peligro, como demuestra su actitud ante la guerra de los campesinos en Alemania.

Por eso la teología de la cruz no se puede quedar sólo en ese reconocimiento de que somos pecadores. Sería mutilarla y quitarle su fuerza.

Hay que proyectar la teología de la cruz sobre la historia. Concretamente sobre la visión de la historia que nos viene del libro del Éxodo y de los profetas de la Biblia.

[141] La religión del Éxodo y de los profetas es una religión de esperanza. Dios se interesa por la historia y quiere liberación, justicia hecha a los obreros y a los pobres, liquidación de la opresión de los poderosos y de los ricos explotadores. Y Dios es poderoso para cumplir su palabra.

Desde el punto de vista de esta esperanza y de esta teología de la historia, el reino de David y los dos reinos que de surgieron, Israel y Judá, constituyeron un fracaso. Este fracaso, pasando por la destrucción de Samaria, capital del reino septentrional, el año 721 antes de Jesucristo, culmina en la destrucción de Jerusalén el año 587 antes de Jesucristo.

Esto agudiza la esperanza mesiánica de los profetas que actúan en el destierro y después del destierro,

Vendrá el Mesías y realizará las promesas de Dios.

Jesús de Nazaret predica la inminencia del reino de Dios. De este modo se coloca inequívocamente en la perspectiva de los profetas de Israel.

También el canto de María, en los capítulos de la infancia de Jesús, que son como un prólogo del Evangelio de Lucas, acentúa la continuidad con las perspectivas proféticas:

*«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador,
porque se ha fijado en su humilde esclava.
Pues mirad, desde ahora me felicitarán todas las generaciones
porque el Poderoso ha hecho tanto por mí:
él es santo y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los arrogantes,
derriba del trono a los poderosos
y levanta a los humildes,
a los hambrientos los calma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
[142] Auxilia a Israel su siervo,
acordándose,
como lo había prometido a nuestros padres,
de la misericordia*

en favor de Abraham y su descendencia, por siempre». (Lucas, 1, 46-55).

El Evangelio de Marcos, que es el más antiguo, nos presenta a Jesús penetrado de una firme conciencia de ser el Mesías. Los otros tres Evangelistas abundan en el mismo sentido.

La fe de la primera generación cristiana (la fe pascual de los discípulos) era que Jesús es el Mesías. Esta es mi fe, y creo que es la fe genuina de los cristianos.

Pero la perspectiva del Éxodo y de los profetas de Israel era de una intervención política de Dios en el plano de la historia. No exclusivamente política, pues claramente nos hablan de una conversión de los corazones, pero sí también directamente política.

Posiblemente la politización del mesianismo entre los contemporáneos de Jesús era un exceso que traicionaba el sentido profundo de la expectación de los profetas. Pero en ésta la dimensión directamente política parece innegable. La destrucción de Jerusalén es una intervención divina: éste es el centro del mensaje de Jeremías. La restauración será obra de Yahve Dios: es el gran anuncio del segundo Isaías (*capítulo 40 a 45 del libro de Isaías*). Yahve Dios cambiará el corazón de la gente de su pueblo, como dice de un modo emocionante Ezequiel, y edificará un pueblo en que habrá justicia (*Ezequiel, 11, 17-20*). Más de medio siglo antes de Ezequiel, Sofonías había descrito ese pueblo nuevo como una sociedad sin clases (*Sofonías, 3, 11-13*).

Jesús supone un cambio de perspectiva, porque se presenta como un Mesías no político. (Es decir, él, que es el Mesías, resulta que no es un líder político).

Pero de ningún modo es un espiritualista de evasión. Ya he dicho que respecto a la antítesis «idealismo», por un lado, [143] «materialismo histórico», por otro, a Jesús no se le puede colocar en el polo del «idealismo». Para Jesús obras son amores y no buenas razones:

«No basta decirme: —¡Señor, Señor!—, para entrar en el reino de Dios; no, hay que poner por obra la voluntad de mi Padre del cielo. Aquel día muchos me dirán: —Señor, Señor, ¡si hemos profetizado en tu nombre y echado demonios en tu nombre y hecho muchos milagros en tu nombre! —Y entonces yo les declararé: —Nunca os he conocido. ¡Lejos de mí, malvados!» (Mateo, 7, 21-23).

Le mismo indica —ese «realismo»— una bella parábola que nos dejó exclusivamente Mateo:

—«A ver, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero diciéndole: —Hijo, ve hoy a trabajar en la viña. Le contestó: —No quiero—; pero después recapacitó y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Este contestó: —Por supuesto, señor—, pero no fue. ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad del padre?

Contestaron ellos: —El primero.

Jesús les dijo: —Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera para entrar en el reino de Dios, Porque Juan os trajo el camino recto y no le creísteis; en cambio los recaudadores y las prostitutas le creyeron. Pero vosotros, ni aun después de ver aquello habéis recapacitado ni le habéis creído» (Mateo, 21, 28-32).

Jesús no es antipolítico. Ni mucho menos contrario a las «izquierdas»,

Entre los doce discípulos elegidos, uno pertenecía al grupo de los zelotes (Simón, el zelote, el «guerrillero» diríamos muy exactamente hoy). Pero es verosímil que estuvieran en la misma línea otros. Según el Evangelio de Lucas, todavía el día [144] de la pasión, dos del grupo de los doce irían armados de machete. «Ellos dijeron: —Señor, aquí hay dos machetes» (Lucas, 22,

38). Según el Evangelio de Juan, uno de los que llevaban machete era Pedro (Juan, 18, 10). Llevar machete entonces era como hoy llevar una metralleta.

Es verosímil que procedieran más o menos de los guerrilleros, además de Simón el relate, Simón Pedro, Santiago y Juan, apodados por Jesús «hijos del trueno», y Judas Iscariote, cuya traición se explica con máxima probabilidad en función de ilusiones políticas defraudadas. (Habría esperado que Jesús tomara el mando de la guerrilla, dada su actitud de oposición a la opresión y de insobornable independencia frente a los poderes «establecidos»).

Pero la vocación de Jesús no es directamente política.

Jesús anuncia el reino de Dios, lo hace palpable en la fuerza liberadora que emana de su persona, y llama a los hombres a «convertirse», a cambiar de mente, haciéndose disponibles para ese reino de justicia, no por una especulación religiosa «idealista», sino con decisiones concretas, que tocan a lo económico. El rico recaudador taqueo, según un relato del Evangelio de Lucas, al entrar Jesús en su casa, se puso de pie y dijo:

—Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien le he sacado dinero, se lo restituiré cuatro veces. Jesús le contestó: —Hoy ha llegado la salvación a esta casa; también él es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hambre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo.

Jesús no se preocupa demasiado de que sus discípulos relates conserven sus machetes. Pero no los envía a guerrear con las armas, sino «a predicar con poder de expulsar demonios» (Marcos, 3, 14-15).

En esta lucha profética, Jesús sucumbe. Es condenado al patíbulo por el tribunal romano. Condenado como jefe de gue- [145] rrilleros, sin haberlo sido. Condenado al suplicio de la crucifixión.

¿Qué luz proyecta esta cruz de Jesús sobre la historia y sobre las responsabilidades históricas de los hombres que creen en Jesús?

* * *

La cruz de Jesús no es una invitación a la evasión espiritualista, representada en su tiempo más bien por los fariseos y, de un modo distinto y más radical, por los esenios.

Lo que sí representa la cruz de Jesús, y esto es muy importante, es la secularización de la política y de la historia. Se acabó la concepción teocrática: Dios que interviene fenoménicamente en la política, que establece la política que hay que seguir.

Los judíos esperaban el enviado de Dios para que resolviera el problema político.

Vino el enviado de Dios, Jesús, y no resolvió el problema político. No quiso ser líder político. No era esa su misión. Fue profeta. Pero el profetismo no bastó para resolver el problema político. Y el problema político queda abierto.

Porque Jesús no dijo que los hombres se desentendieran del problema político. Dijo todo lo contrario, aunque no con esas palabras y de un modo expreso. Porque dijo que lo que quería sobre todo es que se diera de comer, de beber, de vestir, que se resolviera el problema de los emigrantes y el de los encarcelados. Y todo esto, si se toma en serio, es político y plantea todo el problema político.

El *Abba Padre* de Jesús (nombre que él dio a Yahve Dios) sigue estando harto de la opresión

a que el pueblo está sometido, de su aflicción y de sus sufrimientos. Pero en Jesús nos ha revelado que no es él quien arreglará esos problemas en el curso de la historia. Somos nosotros los que tenemos que arreglarlos. Si podemos y hasta donde podamos. Pero con toda seriedad. Y con toda libertad y responsabilidad.

[146] Porque, más acá del horizonte histórico, la máxima intervención de Dios que podíamos esperar, es Jesús. Y Jesús no es una solución política. Pero tampoco es la exclusión de una solución política. Es la invitación a que se busque. Y a que la busquemos nosotros. Procurando inspirarnos personalmente en él, pero sin querer convertir esa inspiración en un plan político, porque no puede serlo.

* * *

La cruz de Jesús nos está invitando a profundizar nuestro concepto demasiado infantil de la providencia y la omnipotencia de Dios.

En Jesús se nos revela una impotencia de Dios. Porque Jesús, que es el Hijo de Dios, sucumbe en el empeño de proclamar el reino de Dios y de librar al hombre de las potencias de opresión.

Y, de algún modo, es verdad que Dios no puede hacer más de lo que hizo enviando a Jesús.

Mi reflexión parte de la fe en Dios, creador y fin del mundo y del tiempo histórico, Padre — misteriosamente— de la humanidad.

Dios es omnipotente. Pero los creyentes tendían a pensar en una omnipotencia, por decirlo así, cuantitativa. Dios era poderoso como pueda serlo el hombre, pero sin límites. Si comparamos a los factores causales de la naturaleza, de la historia y de la biografía de los hombres con jugadores de ajedrez que mueven las fichas sobre el tablero, a Dios tendíamos a concebirlo como un espectador que está por encima y, cuando quiere, mete desde arriba su mano para intervenir en el juego, moviendo él una pieza a su arbitrio. Y puede siempre meter la mano y jugar sobre el mismo tablero de los jugadores. Por eso sería omnipotente.

Yo creo que la omnipotencia de Dios hay que concebirla como absolutamente misteriosa y como cualitativamente distinta. No es que Dios sea más potente que el hombre o que las fuerzas de la naturaleza. Es que es potente de otro modo. Ese [147] modo es superior, pero se nos escapa. Dios puede más de todo lo que podamos imaginar. Pero lo puede radicalmente de otro modo, que nosotros no podemos imaginar.

De aquí que, desde nuestro punto de vista, se pueda hablar de una cierta impotencia de Dios.

Algo de esto nos sugiere el grito de Jesús en la cruz, que es el verso de un salmo:

«A media tarde Jesús gritó muy fuerte: —Eloí, Eloí, lemá sabaktani (*que significa*. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») (Marcos, 15, 34).

Si el mundo avanza evolutivamente, como parece claro, y la historia temporal va adelante como por tanteos (dialécticamente o como sea), entonces la omnipotencia de Dios no puede ser antropomórficamente interpretada, como un poder «cualquier cosa» en el plano fenoménico temporal.

Más bien la omnipotencia de Dios sería que El tiene la primera y la última palabra, y que esa última palabra es integradora y da sentido a lo que no lo tenía: «Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin» (Apocalipsis, 22, 13).

A veces se me ocurre una comparación muy lejana y elemental, pero que quizá sugiere algo: si a una complicada fórmula matemática la encierro en un paréntesis y le pongo un exponente, el valor de la fórmula cambia totalmente; pero, para uno que estuviera metido dentro del paréntesis, no cambiaría.

Pero todos estos intentos de vislumbrar el sentido de la acción y providencia de Dios son juego de niños. Mejor quedarse en la desnudez de la fe, que afirma sin comprender, y de la esperanza, que es una esperanza abierta, imposible de «materializar», «infinita». Y que por eso mismo, lejos de convertirse en cobertura de evasión y de conformismo, nos arroja en medio del mundo, a ver qué hacemos nosotros.

Porque en cada momento y *ahora* nos están interpelando Yahve Dios, que quiere justicia y liberación en el mundo, y [148] su enviado Jesús, que proclama la buena noticia del reino de Dios, que es liberación real y no indiferencia estoica.

Según el Evangelio de Juan, oír esa interpelación y ponerse en marcha, es participar en la resurrección. En este Evangelio se ponen en boca de Jesús estas palabras:

«Quien oye mi mensaje y da fe al que me envió, posee vida eterna y no se le llama a juicio; no, ya ha pasado de la muerte a la vida» (Juan, 5, 24).

* * *

Pero quizá es hablar demasiado de un misterio que nos sobrepasa.

Lo importante sería que el misterio de la cruz de Jesús le sirviera al creyente en Jesús para captar algunas cosas básicas:

- que una religión de evasión espiritualista, de conformismo y de opio del pueblo, no es la religión de Jesús; que, en el tiempo de la historia, Yavé Dios no nos dará hecha la solución de los problemas de justicia y liberación;
- que debemos en el tiempo de la historia buscar justicia y liberación bajo nuestra responsabilidad con los instrumentos de la praxis histórica;
- que todos debemos reconocer que somos pecadores, que sólo Jesús es el Mesías;
- que nuestra esperanza en el retorno de Jesús glorioso es un misterio, que no debemos utilizar como un «dato» para el planteamiento y solución de los problemas históricos;
- que nuestro misterio de esperanza, si es genuino, nos hará disponibles, en el amor al hombre y no al dinero, para la búsqueda histórica «realista» (contra el «idealismo») del bien de la multitud: porque Jesús ha venido *«para servir y para dar su vida en rescate por la multitud»* (Marcos, 10, 45).

* * *

[149] La cruz de Jesús obliga al hombre a bajar la cabeza. Pero le lleva a levantar el corazón.

Quiero decir, que para el creyente, la cruz de Jesús es una fuente de esperanza y una invitación a la plegaria.

Porque, para la fe, la muerte de Jesús en la cruz no es una mediación de castigo, sino de redención.

Que Jesús es redentor de la humanidad, que hay redención y que esa redención no es «idealista», (no es «música celestial»), esa es mi fe. Yo creo. Y pido perdón.

Cómo «funciona» esa redención, es otra vez misterio. Mejor dejarlo en la inefabilidad de una esperanza abierta.

La idea del «sacrificio expiatorio» está llena de trampas, en que es muy fácil meter la pata. Nada de compraventa de vindictas por sangre inocente.

Sabemos del amor de Dios, que da a su único Hijo al mundo, para que el mundo se salve. Y sabemos del amor y de la fidelidad de Jesús, que no retrocede ante la muerte, y que, en vez de condenar, perdona.

Y por eso, esperamos siempre, a pesar de todo.

Y nuestra esperanza nos empuja a caminar con paciencia, y con toda la energía y clarividencia que podamos, los caminos «reales» de la historia.

La esperanza misteriosa la llevamos en el corazón. Y es un misterio de «gracia», que podemos «pedir» a Yahve Dios.

* * *

Algunos tienden a pensar que, si admitimos el valor de la ciencia para la solución de los problemas históricos, no tiene sentido que hagamos oración a Yahve Dios.

Probablemente son gente que no entiende demasiado ni de ciencia ni de oración.

Pienso que, cuanto más profundamente científico sea un hombre de ciencia, más caerá en la cuenta de que con su ciencia no tiene al universo metido en un puño. Un filósofo marxista no creyente ha dicho que no se puede «materializar» adecuadamente en términos científicos la totalidad de lo real. Y menos que nada, la realidad de la historia humana.

[150] Por lo que toca a la oración, la que no nace de superstición, sino de genuina fe, es una llamada a las puertas del misterio. Aquí sí que no podemos «materializar» demasiado. Esperamos siempre. Y sabemos que siempre podemos ser escuchados. Pero no sabemos nunca del todo el «cómo».

No veo por qué un creyente en Jesús no pueda ser, por ejemplo, un socialista científico. Ni veo por qué un socialista, genuinamente científico y misteriosamente creyente, no iba a poder decirle al inconmensurable Yahve Dios, con una limpidez de niño: «Venga a nosotros tu reino». Mientras trabajaba con toda su alma, científicamente, por el socialismo.

Lo que pasa es que ni la ciencia auténtica ni la fe genuina tienen la envarada «seriedad» de que se revisten la religiosidad farisaica o el cientifismo filisteo. Es esa «seriedad» la que haría incompatibles ciencia y plegaria, fe y praxis liberadora en la historia.

San Pablo (o quien sea el autor de la carta a los Colosenses) dice que Dios quitó de en medio el recibo impagado de lo que debíamos a la ley de preceptos, clavándolo en la cruz.

Yo creo que en la cruz de Jesús también la «seriedad» de los fariseos y de los filisteos fue clavada y quitada de en medio.

Y al hombre se le dio libertad para la fe en Yahve Dios y para la praxis histórica.





QUERER A JESUS

Voy a terminar mi librito con dos textos evangélicos. Uno del Evangelio de Marcos y otro del apéndice al Evangelio de Juan. Es decir, lo más antiguo y lo más moderno dentro de los Evangelios.

En uno y otro nos vamos a encontrar que lo único que nos queda a los cristianos, como cristianos, al final, es tener a Jesús y quererle.

El texto de Marcos es el relato de la transfiguración del Señor. No es una crónica, sino una indicación sobre el sentido de la fe pascual en Jesús resucitado.

Es probable que el Evangelio de Marcos, en una primera redacción, haya constado sólo de los trece primeros capítulos, es decir, que no haya contenido el relato de la pasión. Y es seguro que la brevísima relación de las apariciones, con que se termina en su forma actual, es una añadidura de otra mano. El Evangelio de Marcos termina en realidad con la visita al sepulcro de tres mujeres (María Magdalena, María la de Santiago y Salomé), con el hallazgo por ellas del sepulcro abierto [152] y vacío, con la visión de un joven vestido de blanco, que les anuncia que Jesús ha resucitado, y que avisen a sus discípulos y a Pedro que lo verán en Galilea. Y después de esto, con el temblor, el desconcierto y el miedo de las mujeres.

Por eso, en el Evangelio de Marcos, el relato de la transfiguración hace las veces de los relatos de las apariciones y quiere darnos el sentido de la fe de los cristianos en el resucitado.

Este es el pasaje:

«Cogió Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan y subió con ellos solos a una montaña alta y apartada. Allí se transfiguró delante de ellos: sus vestidos se volvieron de un blanca deslumbrador, como no es capaz de blanquearlos ningún batanero del mundo.

Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús.

Intervino entonces Pedro y le dijo a Jesús:

Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Estaban tan espantados, que no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube:

Este es mi Hijo amado, escuchadlo.

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos» (Marcos, 9, 2-8).

Este relato significa algo muy importante. Vislumbramos la vida misteriosa y transcendente de Jesús resucitado. Pero no estamos nosotros todavía en los esplendores de la resurrección.

Pretender, como Pedro aquí, que podemos evadirnos ahora de la tierra histórica para situarnos en una montaña gloriosa, es no entender nada, no saber lo que decimos.

[153] En realidad no vemos a nadie más que a Jesús solo con nosotros. El Jesús del Evangelio de Marcos, libre y liberador; que no quiere ser humanamente mesianizado; que va a ser entregado en manos de los hombres, que lo matarán; pero que, después que lo hayan matado, resucitará.

La resurrección es también para nosotros una esperanza misteriosa. Pero en esta vida nuestra que estamos viviendo, la misteriosa esperanza todavía no la «vemos». Si la «viéramos», ¿qué esperanza sería? *«Esperanza de lo que se ve, ya no es esperanza»*, dice Pablo de Tarso (Romanos, 8, 24).

Aquí y ahora no vemos más que a Jesús solo con nosotros. Nuestra fe en la resurrección de El no nos saca a nosotros de la tierra, no nos transfigura. Lo que hace es que ese Jesús que anda por los caminos del mundo, siga de veras estando, El solo, con nosotros.

* * *



El otro texto es del capítulo veintiuno del Evangelio de Juan, que es un apéndice. Nos narra una aparición de Jesús resucitado a seis discípulos, a la orilla del lago de Tiberíades.

Jesús se presenta, hace bajar de la barca a los discípulos y les invita a que desayunen. Ninguno de ellos se atrevía a preguntarle quién era, sabiendo muy bien que era el Señor.

[154]

«Después de comer, le preguntó Jesús a Simón Pedro:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Contestó Pedro:

—Señor, sí, tú sabes que te quiero.

Jesús le dijo:

—Lleva mis corderos a pastar.

Le preguntó otra vez:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Contestó:

—Señor, sí, tú sabes que te quiero.

Jesús le dijo..

—Cuida de mis ovejas.

Le preguntó por tercera vez:

—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

A Pedro le dolió que le preguntara tres veces si le quería, y le contestó:

—Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.

Jesús le dijo:

Lleva mis ovejas a pastar. Puedes estar seguro: si, de joven, tú mismo te ponías el cinturón para ir adonde querías, cuando seas viejo extenderás los brazos y será otro el que te ponga un cinturón para llevarte donde no quieres.

Dijo esto aludiendo a la muerte con que iba a glorificar a Dios. Y añadió:

—Sígueme» (Juan, 21, 15-19).

Según este texto, lleno de ternura y de una impalpable ironía, toda la fuerza y la sabiduría de Pedro se reduce a querer a Jesús.

Ser cristiano, en último término, es querer a Jesús y escuchar la invitación que nos dirige: —Tú, sígueme.

Esto, ¿no es mucho más sencillo que el enorme catafalco que los hombres de iglesia hemos montado, y que la gente apenas puede soportar?

[155] Pero, por otra parte, ¿no es mucho más difícil?

Si alguno, quienquiera que sea, puede decirle a Jesús con la desgarradora sinceridad de Pedro: *«Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero»*, a ése, que nadie se atreva a cerrarle la puerta, a decirle que él no puede seguir a Jesús.

He escrito este libro para ayudar a que así sea.

Pozo del tío Raimundo,
día de los Reyes Magos,
año 1975 después de Jesucristo.

